



# LA ESPAÑA MODERNA







AÑO 25.

NUM. 296.

LA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
**Director: JOSÉ LÁZARO**

—————  
**AGOSTO 1913**  
—————

**CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»  
Calle López Hoyos, 6  
MADRID**



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

---

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.



# CRÓNICAS DEL TIEMPO DE ISABEL II

(Continuación.)

## Coreografía.

El año 1850 es célebre en la historia de la coreografía madrileña, porque en él se coloca el período álgido del entusiasmo del público por las cinco estrellas del arte que bailaron en los teatros de la corte: la Pepa Vargas, la Manuela Perea, conocida por la *Nena*, la Petra Cámara, la Guy Stephan y la Sofía Fuoco.

La Vargas estaba en el teatro del *Instituto* (1); la *Nena*, en la *Cruz*; la Cámara en el *Príncipe*, y la Guy Stephan en el *Circo*.

La Vargas conquistaba aplausos frenéticos con el *Ole*; la *Nena*, con *El jarabe gaditano* y la Cámara con *El polo del contrabandista*. La Guy se presentó el 15 de Marzo con el baile de gusto francés, *La aurora*, y después con *El lago de las hadas* o *Gisela*.

Terminados los compromisos que la *Nena* tenía con la empresa de la *Cruz*, pasó al *Instituto*, y apareció en el escenario

---

(1) La Vargas nació en Cádiz, el año 1828. A los once años bailaba en Gibraltar; luego pasó a su pueblo natal, a Santiago, Vigo, a Zaragoza y Barcelona en 1843, y apareció en Valencia el año 1849, como primera bailarina.



de aquel teatro el día 3 de Mayo, con un baile nuevo, compuesto por el maestro Oudrid, *Curra la macarena*.

Dardalla era un empresario que entendía el negocio: reunir en el mismo teatro dos primeras bailarinas, era contar con seguras entradas. El gran acontecimiento se verificó el 28 de Mayo, cuando la Vargas y la Nena trabajaron juntas en *La zandunga*, boleras a tres, compuestas por el maestro Hipólito Gondois. Las acompañó el bailarín Atané.

Otro acontecimiento fue el beneficio de la Nena, el día 5 de Junio, en que bailaron separadas: el *Ole*, la Vargas; el *Ole*, la Nena, y juntas, *Las majas de rumbo*. Baste decir que aquel día no se abrió el despacho de billetes, porque estaban vendidas desde el anterior todas las localidades.

Figuraban en este tiempo la insinuante y picaresca Adela Guerrero, con sus sonrisas, sus quiebros y sus monadas; la Antonia Martínez, hermosa mujer de esbelto cuerpo y admirable musculatura; su hermana Adela, bonita y elegante, de negros ojos y pulido pie; las tres hermanas Guerrero, hijas del maestro bailarín del mismo apellido; las hermanas Senra, la Conchita Ruiz, la Cubas, la Valle, la Quintero, la Picazo, la Bustamante, la Calleja, la Fontanella y la Romero, alias la *Cuchillera*.

En 1850 bailaba *El ole* en los *Basilios*, con gran aplauso, Rosalía Bustamante.

El 15 de Marzo se presentó en el *Circo* la Guy Stephan con un baile ya conocido, por falta de tiempo para preparar otro: *La aurora*. Luego hizo *Gisela o el lago de las hadas*.

El 15 de Abril fue la salida de la Sofía Fuoco, con *Los cinco sentidos*, en el teatro citado.

El 11 de Mayo trabajaron en la misma noche, aunque no juntas, la Guy y la Fuoco, haciendo aquélla *La Aurora*, y ésta *Catalina o la hija da las hadas*.

En Junio hicieron en una función: la Fuoco, un acto de *Catalina* y otro de *Los cinco sentidos*, y la Guy, *La madrileña* y un acto de *La corte de Luis XIV*, en que representaba el papel



del Conde de Richelieu. Entusiasmo indescriptible del público.

Se puso de moda el peinado a la Fuoco. «Este peinado—decía un periódico,—puesto muy en relación con los tiempos de Luis XIV, aparta de la cara el pelo que tanto la adorna, debiendo poseer una belleza superior la niña que tome por modelo la cabeza de la célebre bailarina. Únicamente el calor de estación podrá generalizar una moda que no a todos los rostros favorece.»

El 26 de Junio, en el beneficio del bailarín español Atané, tomaron parte las dos estrellas extranjeras y la Vargas, con la compañía de baile del *Instituto*.

La Vargas y la Cámara dieron algunas representaciones de baile en el *Circo* con la Antonia y la Carmen Martínez, y con Ruiz, haciendo *Las mozas juncales*.

Merece citarse el beneficio de la Guy, en que tomó parte la Fuoco, y el de ésta, en que la otra correspondió con igual galantería; pero superó a todo el beneficio del maestro Skoczdo-pole, en que bailaron la Guy, la Fuoco, la Vargas y la Cámara, repitiéndose la función, para cerrar la temporada coreográfica, el 28 de Julio, a beneficio de las dos bailarinas españolas.

La Guy Stephan tenía gracia, voluptuosidad, elegancia; la Fuoco corrección, seguridad. Por las referencias que a ellas hacen los revisteros de la época, se deja traslucir que no eran mujeres guapas como la Cámara, la Vargas y la *Nena*, a quienes no se nombra sino acompañando encomiásticos calificativos de su belleza; sin embargo, aquellas dominaban, sin ningún linaje de duda, el arte a que se habían dedicado.

De la Fuoco decía un periódico, reseñando un baile que se había estrenado en el *Circo*:

«La que se sobrepuja a sí misma en el baile de que vamos haciéndonos cargo (*Céfiro y Flora*) es la Srta. Fuoco, que despliega en él todas las prodigiosas facultades de fuerza en la musculatura, ligereza y gracia que aplaude y admira el público de Madrid; hace pasos nuevos tan originales y difíciles, unos batidos tan ligeros y menudos, que la vista no puede se-



guirlos; otros lentos, prolongados y variados hasta lo infinito; ejecuta unos molinetes tan sostenidos y tan diversos, y sorprende, en fin, con una diversidad tal de posturas graciosas y difícilísimas, que consigue arrebatarse el entusiasmo de los espectadores.»

De la Guy Stephan decía otro diario:

«París, la moderna capital de la Europa civilizada, la corte que puede considerarse como la reina de las artes y de las letras, es su patria. Allí recibió las primeras lecciones de su arte, y allí pudo, más adelante, ponerlas en práctica, para que infinidad de coronas y ramilletes la recompensasen continuamente de las dificultades con que habrá tenido que luchar la que se cuenta hoy en el número de las cinco bailarinas que la Europa admira (1). Londres, Milán, Burdeos y otras ciudades principales han tributado con aplausos de verdadero entusiasmo, un homenaje justo al relevante mérito de la Guy Stephan. Al presentarse otra vez ante el público de Madrid ha hecho alarde de nuevas dificultades vencidas, de pasos tan difíciles como graciosos.»

La época del delirio por el baile se halla comprendida entre los meses de Abril a Junio, ambos inclusive, de 1850. La competencia de la Guy Stephan y la Fuoco, hizo estallar una enconada rivalidad que dividió en dos bandos rabiosos e irreconciliables a los espectadores. Los *fuoquistas* y los *guiyistas* se hacían una guerra encarnizada, cubriendo todas las noches de ramos y coronas de flores el escenario del *Circo*, al punto de que un periódico de aquellos días calculaba en quince o veinte mil duros el importe de las flores arrojadas como se ha dicho, en una temporada que no pasó de tres meses.

Hubo desafíos, rompimiento de amistades, disgustos y desavenencias entre las familias. Los partidarios de la Guy representaban la burguesía, la gente de dinero; los de la Fuoco

(1) La Carlota Grissi, la María Tanglioni, la Fanny Cerito y la Sofía Fuoco.



eran títulos de Castilla, gente de sangre azul; aquéllos llevaban para distinguirse, un clavel rojo en el ojal del frac o de la levita; éstos, un clavel blanco. Tanto se exasperaron los ánimos, que cuando bailaba una de las sílfides, no iban al teatro los entusiastas de la otra. El célebre banquero y hombre de negocios, D. José de Salamanca, arrojó una noche a la Guy una pulsera de brillantes entrelazada en un ramo de flores, hecho que se discutió largamente en los cafés y en las tertulias, y que produjo una conmoción entre los *chismófilos*, como el acontecimiento europeo de más importancia.

Un escritor coetáneo (1) publicó en cierta revista literaria unas redondillas, describiendo el estado de apasionamiento del público por las bailarinas, y condoliéndose amargamente de ello. Copiaremos algunas estrofas para que el lector pueda formarse idea:

Tirad la pluma, poetas,  
y esperad tiempos mejores;  
dejad vosotros, autores,  
el campo a las piruetas;  
id, y del arte en las ruinas  
dad sepulcro a vuestra pena,  
mientras que invaden la escena  
los pies de las bailarinas.

.....

Por eso vivís penando  
privados de los placeres,  
mientras hay cuatro mujeres  
que se enriquecen bailando.  
Vates, suspirad aquí  
las inventivas amargas  
contra la Mena y la Vargas,  
contra la Fuoco y la Guy (2).

.....

(1) D. Juan de la Rosa González.

(2) Cuando se publicaron estos versos no bailaba la Petra Cámara en Madrid.



La Nena y la Vargas van  
 en el baile a competir,  
 y es excusado decir  
 si las dos se esmerarán.  
 Todos los espectadores  
 están llenos de ansiedad,  
 porque aquí cada deidad  
 tiene sus adoradores.  
 Los de la Nena, *nenistas*  
 se apellidan muy formales,  
 y por razones iguales,  
 los de la Vargas, *varguistas*.

.....  
 Las dos quitan el sosiego  
 con su hermosura y donaire:  
 la Nena, es hija del aire,  
 la Vargas, hija del fuego.

.....  
 Cuando la Vargas levanta  
 su falda, mirando al cielo,  
 muestra su pierna modelo (1),  
 sus brazos y su garganta,  
 entre aplausos y entre antojos;  
 al mirar tanta belleza,  
 una chispa de impureza  
 refleja en todos los ojos.  
 Cuando columpia la Nena  
 su flexible cuerpecito,  
 y adelanta el pie bonito,  
 una aclamación resuena;  
 y ella, entre aplausos mecida,  
 al público desvanece,  
 pues con la danza parece  
 que se evapora su vida.

---

(1) El rey de Nápoles había dado un decreto, poco tiempo antes, para que las bailarinas no salieran escotadas, y que vistieran un pantalón de seda sujeto al tobillo.



Toda la Prensa de la época refleja el estado de ánimo del público, que parecía obsesionado por las bailarinas. *La España*, periódico sensato, decía en 20 de Junio:

«En todas las funciones en que toman parte las bailarinas, hay lo que estamos cansados de repetir: aplausos, bravos, ramos, coronas y ¡que se repita! ¡que salga! La Vitadini y Musich, aunque han cantado muy bien, apenas han sido aplaudidos. ¡A qué tiempos hemos llegado! ¡Para la música, para este arte encantador, nada! ¡Para las piruetas, todo!»

Sin embargo, cuando en Noviembre apareció otra vez la Fuoco en Madrid, el público del *Teatro Real*, olvidando por completo sus entusiasmos del mes de Julio, la aplaudió tíbiamente; y eso que la empresa dispuso la representación de bailes a estilo de los que tanto furor habían hecho en el Circo. El 3 de Diciembre se representó *El Diablo Cojuelo*, en tres actos y nueve cuadros, por la Fuoco, la Laborderie, la Villeti, Massot y Dor, introduciendo un *paso español* para la primera bailarina, con música de Gondois. También hicieron *Aureocel o la reina de las mariposas*.

Aunque había pasado el furor por las bailarinas, no dejaban de llamar algo la atención, llevando gente al teatro donde trabajaban; así es que las empresas procuraban contratar alguna de las tres españolas que figuraban como estrellas de primera magnitud: la Petra Cámara, la Pepa Vargas y la Nena.

La novedad de 1851 fue la presentación, en el escenario del *Instituto*, de Fanny Stanley, una amazona que estaba conquistando grandes aplausos en el circo de Mr. Tournaire. Guerrero la enseñó en pocos días a bailar el *Ole* y la Prensa hace elogios de su gracia y habilidad.

Después bailó el *Vito gaditano* y *Los marineros de Cádiz*.

La Petra Cámara se preciaba de muy señoril. Enferma repentinamente la Nena, que se había anunciado para tomar parte en una función de los *Basilios*, a beneficio de D. José María García, la Cámara se prestó gratuitamente a suplir la falta de su compañera.



La empresa del *Real* pretendía renovar los triunfos que las bailarinas habían obtenido en el *Circo*, y contrató a Fanny Cerito, que tenía una fama europea, para que hiciera el baile en cuatro actos, *Stella o las dos novias*, con la Villeti, la Méndez, la Leblond, Massot y Saint-Leon. El público la recibió bien, pero sin entusiasmo.

La Stanley pasó del *Instituto* a *Variedades*, y el 2 de Setiembre de 1851 se despidió para Londres.

1854. Diciembre.—*Real*.—*La cantinera*, baile compuesto por Saint-Leon y dirigido por Massot, en que tomaron parte la Lammereaux, la Medina y la Méndez. Tenía el baile las partes siguientes: *Paso de la cantinera*, *Mazurka*, *Paso de la inconstancia*. *Vals stirio* y *La Rodroskka*.

De 1853 a 1854 estuvieron en París, contratadas, la Vargas y la Nena, y en Alemania la Petra Cámara. También cuentan las gacetillas de los periódicos, que una Pepita Oliva había recorrido los teatros de Berlín, Hamburgo, Dresde, Munich y Viena, y ésta debe ser la Pepita Durán, cuyo matrimonio con un caballero inglés fue causa de un ruidoso pleito, promovido entre los hijos de la bailarina, que al parecer estuvo casada primeramente con el bailarín Antonio Oliva. La Pepita nunca figuró entre las estrellas del arte coreográfico matritense.

La Pepa Vargas hizo una excursión por Europa, terminando en San Petersburgo, de donde llegó en Julio de 1885, como ya hemos indicado; y en una función a beneficio de los enfermos del Hospital de San Jerónimo se presentó en el *Circo*, con un baile compuesto para ella, y titulado *El regreso de la Vargas a España*.

Por entonces figuraban la Josefa Rodríguez, bailando en el *Instituto* el *Zapateado de Cádiz*; la Concha y la Lola Ruiz, que bailaban en el *Circo*, y más adelante, el año 1856, trabajaron en el teatro de la *Zarzuela* la Carmen Chavarri, procedente de los teatros de Barcelona y Valencia, y un tal Camprubí, que bailaron *La linda cracoviana*.

Después de seis años de ausencia, durante los cuales reco-



rrió los principales teatros del extranjero, apareció en Madrid la famosa Manuela Perea, trabajando de Enero a Abril de 1858 en el teatro de *Novedades*, en cuya época salió otra vez de España, contratada para Londres.

Por el mes de Enero de dicho año 1858 vino al *Príncipe* la Guy Stephan, haciendo con un Mr. Paul el baile en dos actos, titulado *El delirio de un pintor*. Aunque ya no causó la expectación del año 1850, todavía consiguió llevar gente al teatro, y la empresa de la *Zarzuela* contrató a esta bailarina en Abril de aquel año.

Para substituir a la *Nena* se contrató en *Novedades* (Mayo de 1858) a Rosa Spert, nueva en Madrid.

La empresa del *Real* puso en escena (Marzo) el baile en cuatro actos, titulado *La Fonti*, para la salida de la primera bailarina Olimpia Priora. Había pasado el furor de las bailarinas.

### Volatines.

Derribado el *Circo de Paul*, sin duda alguna, porque el local no reuniría condiciones de seguridad, Madrid careció de funciones de gimnasia durante la primavera de 1850, y al llegar el verano, un tal Mr. Tourniaire improvisó, para dar este género de espectáculos, en un solar o jardín que existía en la misma calle del Barquillo, un poco más arriba de donde había estado el citado circo de Mr. Paul Laribeau, un nuevo circo, por el estilo del anterior, abriéndolo al público en 17 de Agosto de dicho año.

Allí llamaba la atención la hermosa Florentina Dorfin, montando a la alta escuela la yegua Tagliony, y allí se aplaudía la especie de pantomima titulada *La hija del bandido*, en que Fanny Stanley, otra célebre amazona de quien ya hemos hablado, ejecutaba de pie, sobre un caballo, una escena conmovedora, figurando que defendía a su padre perseguido por los gendarmes.

Conquistó muchas simpatías el clown Casasa, quien el día



de su beneficio, 6 Febrero de 1851, decía en el cartel: «Al cabo de tres años que estoy haciendo necedades en los circos de Madrid, al fin me ha tocado una vez tener parte en una función de beneficio, y prometo a los concurrentes que serán tantas las trivialidades que haré, que los que tengan humor alegre se reirán, y los que tengan pesares también se reirán de ver reir a los otros.»

Por fin, Paul Laribeau se decidió a construir su circo *de una manera sólida, decente y cómoda para los espectadores*, según prometía en el anuncio, *introduciendo grandes mejoras, tanto en la obra como en la techumbre de plomo con que había cubierto el edificio*. Se inauguró éste el 6 de Agosto de 1851, con una compañía de monos sabios y perros amaestrados, dirigidos por Mr. Delafioure, y una prestidigitadora llamada Mme. Raggi. Los monos y perros gustaron, y fueron llevados a Palacio, porque la Reina había mostrado deseo de verlos.

Paul titulaba sus funciones *Suarés recreativas*, españolizando el primer vocablo. El local era un paralelógramo alargado, pero que resultaba cuadrado a la vista, y la gente decía que Paul había hallado *la cuadratura del circo*.

Setiembre de 1850.—*Circo Hipódromo*, de las afueras de la Puerta de Santa Bárbara. Se daban por las tardes funciones en que tomaba parte Francisco Hernández, el madrileño, discípulo de Mr. Paul, haciendo bailar con los pies una gran *bola esférica*. Terminaba la función con la pantomima *El sargento Marcos Bomba*.

Por esta época se abrió en la calle de Alcalá, frente a la iglesia del Carmen, un *Anfiteatro gimnástico español*, dirigido por los Sres. Carrasco y Serrate.

Tourniaire trabajó con su compañía en el Hipódromo de las afueras de Santa Bárbara, en la Plaza de Toros, y en una plaza de toretes que había frente al Parador de Salas.

1855. *Instituto*.—Compañía acrobática que hacía la pantomima *El boticario burlado*.

Agosto.—Tomó el *Circo de Paul* un tal José Serrate, *pri-*



*mer artista grotesco*, como director de una compañía ecuestre y gimnástica, en que figuraban Victoria Galán, Juan Vico, y los jóvenes Ronconi y Méndez. Daban en el escenario representaciones de bailes.

Con no menos actividad que la construcción del Teatro de la Zarzuela se estaba levantando un Circo-teatro en la Plaza de la Cebada, y en Julio de 1856 ya se decía que se pensaba abrirlo al propio tiempo que el coliseo de la calle Jovellanos. En efecto, el 22 de Noviembre de aquel año se verificó la inauguración con una compañía ecuestre y gimnástica, bajo la dirección de Serrate, ya conocido del público, y de Mr. Garnier. Trabajaban allí el clown Rafael Díaz; la joven Matilde, que hacía difíciles ejercicios sobre un caballo al trote; Pascual, con sus juegos malabares; Angela, Rosa, Tari, Enrique, Coqui y Víctor.

El local estaba decorado con novedad, aunque no exenta de mal gusto. El telón era de terciopelo carmesí bordado de oro, y no hacía buen efecto; las galerías de platea y entresuelo formaban un solo anfiteatro, que arrancaba desde casi el centro del patio, variación que no satisfizo al público; los antepechos de los palcos estaban formados por un balconaje de hierro que dejaba ver los trajes de las señoras, y esto sí gustó.

Se estrenó una pantomima, titulada *Los dos amigos heridos ante las murallas de Varsovia, escena histórica, y gran batalla entre polacos y cosacos*.

La empresa no hizo negocio, y cesó a fin de año el *Circo Olímpico de la Plaza de la Cebada*, que con este nombre se le designó al inaugurarle.

Mr. Paul tuvo celos de que otro hubiera querido disputarle el monopolio de este género de diversión, y volviendo a su antigua y reconocida actividad, algún tanto decaída en esta ocasión, reformó su circo de la calle del Barquillo, y trajo una selecta compañía que principió a actuar en los primeros días de Enero de 1857, dirigida por Mr. Carlos Price, con la que vinieron los clowns Blondeau, Neitz y Braquet.



Estrenó *El oso y el centinela*, «episodio de la guerra de Crimea, pantomima militar, en la que se representaban combates y evoluciones a pie y a caballo entre los cosacos y las tropas aliadas».

En Febrero sufrió Carlos Price una caída trabajando en la cuerda floja, por lo que se retiró algún tiempo de estos ejercicios, marchando a su país para reponerse. También uno de los Braquet (eran dos hermanos) cayó a la pista desde una altura de ocho varas, y estuvo algunos días sin trabajar.

Isabel II se divertía con las funciones de circo; en 11 de Enero del año citado de 1857 estuvo a ver la compañía de Mr. Paul, y al apearse del coche, saludó afablemente, como era su costumbre, al empresario, y conversando con él, entró en el palco regio.

En Noviembre de 1857 anunciaban Price e hijo, directores de la compañía, que contaban, como aliciente para dar variedad al espectáculo, con 38 caballos.

En Enero de 1858, Carlos Price ejecutaba sobre un caballo una escena titulada *El valentón del Perchel*, en que imitaba el majo, el aragonés y el torero.

Durante los domingos y días festivos de 1857 y 1858, se dieron en la Plaza de Toros algunas funciones de circo ecuestre y gimnástico por los hermanos Buslay, el joven Torras, Mr. Picot y otros. Julio Buslay subió en un *mongolfier*, colgándose por los pies en un trapecio.

El 13 de Junio de 1859 se inauguró el *Circo de Price*, situado al final y en la izquierda de la calle de Recoletos, que entonces no tenía salida a la de Serrano. En el local cabían 3.000 espectadores. Los primeros artistas que trabajaron en este circo fueron: Frank Pastor y la Irma Monfroid, con ejercicios ecuestres; Perelli, montando a la alta escuela y presentando caballos amaestrados; los hermanos Mariani, que ejecutaron por primera vez la *Escalera aérea*, colocada ésta horizontalmente y a gran altura; y por fin la encantadora y simpática María Kennebel, que se hizo popular en Madrid, hasta



el punto de que el maestro Cárcar la dedicó una galop, y otro compositor, una polka que se tocaba en todos los bailes públicos. Vino también al Circo Fanny Stanley, pero ya no hizo el furor del año 1851.

En 1859, los concurrentes al *Circo de Price* se habían dividido en dos bandos: uno que era partidario de la Kennebel, y otro de la Monfroid; el empresario sacaba provecho de esta competencia de artistas. Los ejercicios de la Kennebel eran de más mérito; pero la Monfroid era más hermosa, y tenía una figura escultural que procuraba exhibir en todo lo posible.

Julio de 1859.—Se presentó en el *Circo de Paul* una compañía de perros y monos sabios que hacían *La toma de Sebastopol*, «escena militar, exornada con fuegos artificiales, toques de clarines y tambores y demás accesorios».

Agosto.—*Teatro del Circo*.—Compañía anglo-americana que imitaba las escenas salvajes del Centro de América. Uno de sus individuos saltaba de palco a palco, superando en agilidad al orangután; otro, llamado Franklin, daba 50 saltos mortales seguidos, y, por último, Rochete manejaba con gran facilidad una bala de 53 libras de peso.

### Toros.

Figuraron de 1850 a 1859:

Espadas: Montes, Julián Casas (el Salamanquino), José Redondo (el Chiclanero), Cayetano Sanz, Lavi, Muñoz, Cúchares, el Morenillo, Pepete y el Tato, que toman la alternativa en 1853; Gonzalo Mora, Mendivil y José Muñoz el Pucheta, en 1854; Manuel Domínguez y José Carmona, en 1856, y el Regatero, en 1858.

Banderilleros: Regatero y Bocanegra (1850); Pablo Herráiz y Tragabalas (1851); el Tato y Pucheta (1852); Bejarano (1855); el Gordito (1857); Villaviciosa (1858), con el Galleguito, Muñiz, Minuto, Blayé, Pulga, Mariano Antón y Manuel Carmona.



Picadores: Gallardo, J. Martín el Pelón, Muñoz, Chola, el Habanero, el Coriano, Sevilla, Alvarez, Pinto, Varillas, José Trigo, Charpa, Castañitas; Arce, Juan Fuentes, Francisco Calderón, desde 1851; Sandino, 1852, y Lorenzo Sánchez, 1854.

Montes tuvo la desgracia de sufrir una cogida, saliendo herido de gravedad en una pierna. Fue el caso que al disponerse a dar muerte al primer toro, que estaba muy entero porque se le había trabajado poco, le dió varios pases de muleta; pero el bicho, que se volvía muy ligero, alcanzó al maestro en una de las vueltas, y arrojándolo al suelo, lo recogió por una pantorrilla, suspendiéndolo en el aire y causando al público un espanto indecible; los capotes acudieron inmediatamente, y sacaron al toro, libertando al maestro de otra cogida. El Chiclanero tomó el estoque y la muleta, y con una serenidad y maestría admirables, despachó al toro de una magnífica estocada (21 Junio 1850).

En la novillada del 23 de Marzo de 1851 fue cogido por el toro, Isidro Santiago Llano (Barragán), y falleció de sus resultas en el Hospital a los pocos días.

El 3 de Mayo de 1852, José Fernández de los Santos (Bocanegra), al salir de una suerte de banderillas, recibió una cornada, de la que murió el día 5 de aquel mes.

El espada Manuel Jiménez Meléndez (el Cano) fue cogido en 12 de Julio de 1852 al dar una estocada al toro. Trasladado a su domicilio, calle de León, 25, se vió que no presentaba caracteres mortales la lesión; pero en el delirio de la calentura se arrancó los vendajes, y se produjo una hemorragia que le causó la muerte el día 23.

Antonio Sánchez Villanueva (Oliva) era banderillero, y en una corrida dada el 29 de Abril de 1855, presenciando la fiesta entre el público, bajó, con traje de calle, al redondel para banderillar un toro, a lo que accedió la Presidencia, por tratarse de un torero de profesión. Al parear fue alcanzado por el toro, y recibió una cornada, de la que falleció al día siguiente.



El picador Carlos Puerto sufrió una cogida el 24 de Junio de 1853, que le causó la muerte.

Domingo Rivera Mayo (el Tuerto) fue cogido por el toro al picar montado en un burro, en una fiesta de mojiganga, y sufrió un golpazo en el pecho, de cuyas resultas murió en el Hospital, cinco días después, el 7 de Enero de 1859.

El espada José Muñoz (Pucheta), más famoso por sus dichos y actos políticos que por su destreza como matador de toros, murió el 16 de Julio de 1856, a consecuencia de las heridas recibidas defendiendo una barricada en las afueras de la Puerta de Toledo, durante la revolución de aquel año.

Montes murió en Chiclana el 4 de Abril de 1851, víctima de unas calenturas perniciosas, y el Chiclanero falleció en Madrid en la calle de León, núm. 24, el 28 de Marzo de 1853, a causa de una grave afección al pecho. En la corrida del 5 de Abril siguiente salieron enlutadas las cuadrillas, en señal de duelo, lo que les valió un aplauso unánime de toda la plaza.

Cuando se casó la hermana del Rey D. Francisco de Asís con el Príncipe Adalberto de Baviera, asistieron, el 16 de Enero de 1859, a una corrida de novillos, y habiendo demostrado su sentimiento por no ver la mojiganga, a causa de haber llegado tarde a la fiesta, la empresa ordenó que aquella se repitiera, con gran contento de los Príncipes y aplauso del público.

Febrero 1850.—En una corrida de novillos se presentó un camello, propiedad de Félix Jiménez, vecino de Cabra, y el dueño montado en el para los madrileños raro animal, picó uno de los embolados de la corrida, suerte que ofreció pocos lances.

En el *Diario de Madrid* de 25 de Mayo de 1851 aparece el siguiente comunicado curioso:

«Habiendo llegado a noticia del picador Andrés Hormigo que el de igual clase, José Muñoz, anda vertiendo ideas contra la opinión del que suscribe, éste está muy pronto a encerrarse en las Plazas de Madrid o Aranjuez a trabajar una corrida de



las ganaderías que la empresa determine, y entonces el público podrá juzgar quién es más picador, trabajando los toros a palo seco en toda regla, tomando la suerte en las tablas, tercios y medios, y castigando según el arte previene.

»El picador Hormigo se sujeta al favor de un público tan inteligente, y el producto del que pierda será destinado a los establecimientos de beneficencia.

»Es muy extraño que un lidiador que vive del arte trate de perjudicar la opinión de un compañero; y la honra de un funcionario público está en la plaza, en la cabeza del toro y en el fallo de un público inteligente.»

Iban haciéndose tan populares las zarzuelas, que en la Plaza de Toros se presentaron dos mojigangas tomadas de asuntos de aquellas obras líricas: una sobre *Escenas en Chamberí*, y otra sobre *Jugar con fuego*.

En Mayo de 1851 exhibió Mr. Brice, en el solar del derruido Circo de Paul, en la calle del Barquillo, una colección de fieras, y en Setiembre echó a luchar algunas de ellas en la Plaza de Toros. Una pantera de Ceylán con ocho perros de presa, de dos en dos; una hiena del Cabo de Buena Esperanza, con cuatro perros, también de dos en dos; y un león del desierto de Sahara con un toro, llamado Cariñoso, de la ganadería de D. Vicente Martínez, de Colmenar de Oreja. El domador era monsieur Sentenach.

Agosto de 1851. — Se presentó en la Plaza de Toros una cuadrilla de indios, negros y pegadores portugueses, bajo la dirección de Francisco Rodríguez Alegría, torero sevillano. «El singular y temerario arrojo — decía el cartel — con que ejecutan las suertes de lancear a cuerpo descubierto a los más bravos toros; la lucha que sostienen con ellos los portugueses a brazo partido, hasta rendirlos y sujetarlos, y la maestría con que el caballero portugués, Antonio de los Santos, maneja el caballo y quiebra rejoncillos, constituyen un espectáculo enteramente nuevo, causando la admiración de los concurrentes.»



Los indios y portugueses trabajaban a pitón embolado, y al toro lo mataba un torero de la cuadrilla española.

Una Sociedad de aficionados, titulada *La lid taurómaca*, celebraba particularmente corridas de becerros, no sabemos dónde, y dió una en Setiembre de 1854 en la *Plaza de Toros*, a beneficio de los heridos en las barricadas de la revolución de Julio.

El público tenía afición a las corridas con división de plaza, y se dieron algunas en esta década. En la que se verificó en Setiembre estoquearon en plaza dividida José Rodríguez (Pepete) y José Muñoz; y en plaza entera, Francisco Arjona Guillén.

En esta década consta que hubo los siguientes toros, llamados *de banderas*:

12 Abril 1851.—*Vinatero*, de Romero Balmaseda: tomó 26 varas y le mató el Chiclanero.

25 Junio 1854.—*Leoncito*, de Cabrera: tomó 26 varas y le mató Cayetano Sanz.

20 Setiembre 1857.—*Gitano*, de Aleas: tomó 27 varas y le mató Cúchares.

### Variedades.

1850.—Lo que había sido iglesia del convento de los Basilios, calle del Desengaño, entre Valverde y Barco, fue convertido en un salón de recreo, donde se exhibían vistas, figuras de movimiento, cuadros disolventes y fuegos *chromatrópicos*. El espectáculo tenía el nombre de *Poliorama*.

En la *Galería topográfica* del Paseo de Recoletos, de la que ya hemos hablado, se rifaban regalos entre los concurrentes. Después puso vistas de sucesos de actualidad, como las batallas de la guerra de Oriente. Terminó esta Galería el 29 de Junio de 1856, por causa del derribo del edificio, en cuyo solar se construyó la Casa de Moneda.

El *pez inteligente* se enseñaba en la calle de Peligros, nú-



mero 3. Decía el anuncio (Febrero de 1850): «Este pescado interesante entiende las palabras y obedece a la voz; ejecuta diversos ejercicios y responde a todas las preguntas que le dirige su amo, siendo lo más admirable que el Sr. Menay le hace pronunciar la palabra *papá*. No se mantiene más que con peces, comiéndose cada día 30 libras.»

Febrero 1850.—Exposición de animales: orangután, zorra y tortuga, en la calle del Olmo, núm. 20. Cuatro cuartos la entrada.

Cuadros disolventes, Alcalá, 10.

1851.—En la calle del Príncipe, núm. 5, principal, se exhibió un gigante de veintiséis años, que tenía 11 palmos y medio de altura y pesaba 16 arrobas; era natural de Alzo (Guipúzcoa) y se llamaba Joaquín Eleizegui.

1858. Abril.—Exposición de figuras de cera en la calle de Alcalá, edificio del ex-convento de las Vallecas, esquina a la calle de Peligros. Entrada, 2 reales, con opción a una rifa de objetos de cera, imitación de todo género de frutas.

Junio.—Se exhibía una momia egipcia en el Postigo de San Martín, núm. 17.

Paul trajo a su circo, en Enero de 1854, un prestidigitador, Mr. Gilardi, con lo que consiguió dar variedad a las funciones. La noche que éste trabajaba, ponía el empresario en el cartel *soirée misteriosa*. En Setiembre trajo otro, Mr. Robes Bousignes, y un ventrílocuo llamado Bonilla, discípulo de un tal Tapia, que se hizo muy célebre en Madrid, aunque no sabemos que se presentase en ningún teatro. Tapia, además, cantaba con mucho gusto canciones andaluzas, y compuso algunas que no llegó a escribir, de suerte que desaparecieron con él. Pertenece a una distinguida familia de esta corte.

Otro prestidigitador vino al *Príncipe*, en Junio de 1857, Mr. La-Roche Lambert, en unión de la Sra. Lola Cabanyes (española). Dieron cuatro sesiones de sonambulismo, magnetismo a distancia, catalepsia cadavérica y transmisión del pensamiento.



No estuvo afortunado en las experiencias de magnetismo, y el público le obsequió con una silba estrepitosa.

En 1859 se presentaron dos prestidigitadores: en el *Príncipe*, Vincenzo Mancero Bonanno, y en el *Circo*, Rafael Macaluso. Julio de 1857. Trabajó en el Circo de Paul el ventrílocuo Sr. Myr.

Agosto de 1858.—Teatro de *Tirso de Molina*. Magia egipcia por el prestidigitador Sr. Bosco.

Con motivo del nacimiento de la Infanta Isabel, se celebró en la Plaza de Toros (Febrero de 1852), una fiesta que se denominaba *Justas y torneos*; éstos se verificaron entre seis bandas, que se componían de cristianos (*sic*), sarracenos, templarios, griegos, ingleses, y escoceses, luchando por grupos en esta forma: cristianos con moros, templarios con griegos y escoceses con ingleses. Primeramente hicieron evoluciones al galope, saltos de vallas, carreras de cintas y luchas romanas; después, formados en ala, rompieron lanzas unos bandos con otros del modo que queda expuesto y, por último, el jefe de los cristianos justó con el de los moros, venciendo, como era lo lógico, y se iluminó la plaza con luces de bengala.

Parece que la fiesta resultó rayana en mogiganga.

Mayo de 1852.—En el *Instituto* exhibió José Piantanida unos muñecos autómatas, con los que se representó la comedia de magia *Marta la hechicera*.

Julio del mismo año, en el *Circo de Paul*: el *microscopio fotoeléctrico*, por el profesor de mecánica Mr. Lambert, quien dió a conocer la luz Drumont, con la que iluminó algunas noches la calle del Barquillo.

Mayo. Se verificó una gran función de fuegos artificiales en el patio del Retiro, que estaba delante de lo que es Museo de Artillería, exponiendo los adelantos del arte D. Joaquín Minguet y D. Vicente Llorens, conocido por Ponent. Las sillas, 8 reales; la entrada general, 4.

Olona contrató para la *Cruz* (Marzo 1854), y parece que tuvo acierto en ello, una compañía, dirigida por Mr. Keller,



para hacer *Cuadros mímico-plástico-aéreos*. Presentaron, entre otros muchos, *El triunfo de Galatea*, *Lluvia de oro*, *Batalla de las Amazonas*, *El hambre*, *La reina de las flores*, *La Crucifixión* (de Rafael), *El suspiro del Salvador* y *El descendimiento de la Cruz* (de Rubens).

En Enero de 1852 se había exhibido en este teatro el *Panorama del Misisipi*; un lienzo que tenía cuatro millas de largo y que iba pasando a la vista del espectador.

1854 Mayo. *Exposición óptica*, vistas copiadas del natural por el profesor, Mr. Nicolino Calyo: Sevilla, Granada, WASHINGTON, Nueva York etc. La exposición estaba instalada en el piso bajo del Ministerio de Fomento (hoy derruido), en la calle de Atocha, esquina a Relatores.

1856. Setiembre.—Poliorama y polistereorama. Gabinete de óptica recreativa. Colección de vistas de ciudades y paisajes. Carretas, 18, principal. Entrada, dos reales.

1857. En Mayo volvió a exhibirse en la casa de la Platería de Martínez el antiguo *diorama* con la vista del Monasterio del Escorial. Allí concurrió el autor de estas *Crónicas*.

1857. *Circo de Paul*.—Cuadros disolventes.

La aerostación tenía también sus partidarios.

Febrero de 1850.—Se anunció para subir en la Plaza de Toros el globo de Mme. Arban; pero se estropeó el aerostato, y se suspendió la función, realizándola poco tiempo después un hijo de Madrid, llamado Mieg, en un globo que estaba formado por 940 varas de lienzo.

Abril 1850.—Mr. Grellón hizo varias ascensiones en un mongolfier, en el solar del antiguo *Circo de Paul*.

Enero 1851.—Los ingleses C. Clifford y A. Goulston anunciaron que iban a subir en el globo *Royal Cremorne and Normandie*, montados en un caballo vivo; pero después de haberlo anunciado varias veces, no se pudo verificar la ascensión.

Noviembre 1851.—Mr. Adrián Ranchón efectuó varias ascensiones, en tres globos unidos, realizando la fiesta en el patio grande del Retiro, delante del actual Museo de Artillería.



Se exhibían por Navidad funciones de *Nacimiento* en los locales siguientes:

Teatro de la *Cruz*.

Salones de *Capellanes*.

Teatro del *Numen* o de San Fernando, calle de Jesús y María, núm. 28.

Teatro del *Recreo*, plazuela de las Descalzas.

Teatro de la *Unión*, calle de Toledo, frente a la Plaza de la Cebada, casa que se quemó en 1854.

Teatro de la *Plaza de Antón Martín*, esquina a la calle de San Juan.

Teatro del *Recreo*, en el Pasadizo de San Ginés.

El antiguo teatro de *Buenvista* se alquilaba para funciones de aficionados, y se abría al público por Pascuas de Navidad para presentar el *Nacimiento*. Se dió al local entrada por la calle de Silva.

En el teatrillo del *Recreo*, en la plaza de las Descalzas, además del *Nacimiento*, se representaba un baile mágico, titulado *Chivatón en la selva encantada*, del que conservamos el más grato recuerdo, y que era el encanto de los chicos en aquella época.

Café de *San Antonio*, calle del Pez, núm. 1. Por un real se enseñaba un diorama; la entrada solía ser gratis para los parroquianos.

Terminó el año 1859 con la presentación, en el teatro de *Tirso de Molina*, de la *compañía mimico-danzante de niños florentinos*.

Noviembre de 1851.—En la Carrera de San Francisco, número 8, se construyó un *Circo de gallos*. Entrada, 2 y 3 reales. A los abonados se les regalaba un ejemplar impreso del Reglamento aprobado por la autoridad.

En Febrero de 1858 se anunciaba el *Circo gallístico de Recoletos*, calle de este nombre.

Agosto de 1852.—*Juego de pelota* en las afueras de la Puerta de Santa Bárbara. Grandes partidos de tres navarros con



tres vizcaínos. Figuraban como principales José Muguruza (Catanar), y Felipe Rodríguez (el Barquillero). La entrada, un real; había ambigú.

Durante esta década aparecen anuncios de juego de pelota en el punto citado y en el jardín del Ariel, Paseo de la Castellana, hacia lo que hoy es calle de Fernando el Santo. La entrada aquí costaba una peseta. En Abril de 1859 jugaban partidos *a ble*, Pello a mano, contra el Barquillero a guante y el Tolosano a mano.

Hubo *Carreras de caballos* en Mayo y Octubre de 1850. En estas últimas corrieron *Ibrahym*, del marqués de Bedmar; *Nape*, de D. Pedro Britggs; *Clementina*, de D. Ignacio Figueroa; *Capricho*, del conde de Salvatierra; *Musulmán*, del señor Marchessi, y *Alcalde*, del duque de Riánsares. Ganó los premios primero y segundo *Clementina*; el tercero, *Musulmán*, y el cuarto, *Alcalde*. Asistió la Real familia.

Lucieron vistosos y elegantes trenes la duquesa de Alba, el conde de Salvatierra, el joven marqués de la Vega de Armijo, la duquesa de Frías, la condesa de Villa-Gonzalo, la de Vilches, la señora de Ceriola y la duquesa de Fernán-Núñez que se presentó con un coche a la Dumont, con dos postillones y cuatro hermosas yeguas coronadas de rosas.

1854.—Carreras de Mayo—Se corrieron caballos de los duques de Riánsares, San Carlos y Alba; de los marqueses de Bedmar y de Villamejor, y de D. José de Salamanca.

Ganaron: *Cerrito* y *Lila*, de San Carlos, y *Almansa*, de Salamanca.

1856. Mayo.—Asistieron los reyes y el general Espartero. Ganó los tres premios que se ofrecían D. José de Salamanca con sus magníficos caballos.

Octubre.—También asistió la reina, y ganaron los primeros premios los caballos de Salamanca y Bedmar.

1858. Mayo.—Según los revisteros, las carreras de caballos se aclimataban con gran dificultad en Madrid, ofreciendo poca animación, pues casi siempre figuraban los mismos nombres



entre los socios que se disputaban los premios: el duque de Alba, el de Fernán-Núñez y D. José de Salamanca.

Este, decían, presenta buenos caballos; pero, sobre todo, tiene un gran *jockey*.

### Bailes públicos.

Mr. Paul Laribeau, que se había quedado sin circo, se unió con D. Antonio Hermán, dueño de los *Salones orientales* o *Pasaje de la villa de Madrid*, hoy de Mateu, entre las calles de Espoz y Mina y Victoria, y dieron grandes bailes de máscaras durante los meses de Enero y Febrero de 1850, en aquel amplio local, decorado con elegancia, en competencia con los que ofrecía el *Café del Iris*, de la Carrera de San Jerónimo. Aquí se colocaron muchos espejos, que era la moda, y se llamó al Sr. Arche para que dirigiera la orquesta. En ambos bailes costaba la entrada 20 reales.

En Agosto de este año se estableció un *baile serio* en el *Parador de Sierra*, que disponía de un magnífico salón cubierto, y además presentaba ejercicios de gimnasia, todo por la modesta cuota de un real. Había otro baile público en el *Parador de la Cruz*, junto a la Puerta de Atocha; un real billete.

Al año siguiente, en 1851, abierto al público el *Teatro Real*, se aprovechó también para dar bailes de máscaras, habiendo unido la platea y el escenario.

La sala de descanso que hoy corresponde al Conservatorio se utilizó también para baile, y así había dos al mismo tiempo con sus correspondientes orquestas, una dirigida por un tal Pérez, y otra por Mollberg. El director de todo era Espín y Guillén. La entrada 30 reales.

En la *Cruz* también se dieron bailes de máscaras, a 14 reales billete.

En ambos coliseos se bailaba rigodón, vals, polka, redova, mazurka, schotisch, varsoviana y gran galop infernal para terminar.



Este año de 1851 había bailes de máscaras en la Carrera de San Francisco, núm. 8; en el *Liceo Matritense*, calle de Capellanes, núm. 10, y en la *Plaza de Toros*, por la tarde. Aquí las máscaras, es decir, las personas disfrazadas, entraban de balde; pero los que iban sin disfraz pagaban 2 reales, teniendo opción a sentarse en los tendidos y gradas.

Se ofreció el aliciente de cucañas con un jamón y dos docenas de chorizos, y fuegos artificiales por el pirotécnico Abdón Domínguez.

En el baile de piñata del *Teatro Real* se sortearon 20.000 reales en onzas de oro, divididos en tres lotes. En el de la *Cruz* se introdujo en 1851 la novedad de un juego que hizo concurrir mucha gente. Veamos cómo lo describe el anuncio:

«A las tres y media en punto de la mañana empezará el juego de los *huevos perfumados*. Este consiste en colocar en cuatro puntos distintos del salón igual número de mesas: en cada una habrá un huevo lleno de agua de colonia u otro perfume agradable, con el objeto de que al romperse proporcione grato olor. Las señoras, a quienes se dedica este juguete, formarán cuatro círculos alrededor de las mesas, y en primera línea, alternando entre sí, vendados los ojos con un antifaz, a diez pasos distantes del objeto, marcharán con dirección a la mesa, llevando un macito en la mano con el fin descargar un solo golpe sobre el huevo, a distancia de una vara.

»La señora que consiga romperlo, obtendrá por el mérito del acierto un décimo de billete de la Lotería que se ha de sortear el 13 del presente, y que recibirá en el acto, y además una fineza en el ambigú hasta el importe de 100 reales.

»Concluída esta diversión, desde los puntos que designe la autoridad, se romperá una lluvia de caramelos de rosa, y entre ellos, seis contendrán los números de igual cantidad de décimos para el expresado sorteo de la Lotería moderna.»

Costaba diez reales el billete personal.

Mr. Paul, que era hombre aprovechado, utilizó su *Circo* para dar bailes de máscaras, y en Enero de 1852 se inaugura-



ron aquí las primeras reuniones de este género, que en el transcurso de los años llegaron a hacerse famosas.

Los bailes públicos del *Circo de Paul* consiguieron hacerse populares entre modistas, estudiantes y demás gente alegre.

La empresa los titulaba *Soirée madrileña*.

En 1856 dirigía la orquesta D. Narciso Maymó, quien después fue músico mayor de la banda de Ingenieros militares.

1855. Abril.—Aparece por primera vez en los anuncios el baile público del *Jardín del Ariel*, Paseo de la Castellana, pasado el sitio donde hoy está la calle de Fernando el Santo. Entrada, un real.

Había otro baile en el *Jardín de Estrada*, en el Paseo de Recoletos, frente al Banco Hipotecario. Se destinó también a esta diversión el teatrillo de *Buenavista* por una sociedad que se titulaba *El Ramillete*.

En 1856 aparece el famoso baile *La Camelia*, en el Paseo de Recoletos (Jardín de Estrada).

1857.—*La Juventud artística*, sociedad de baile establecida en la Ribera de Curtidores, núm. 10, «donde podían satisfacer su deseo los aficionados a los bailes de buen tono». Así decía el anuncio.

En el *Teatro Real* seguían dándose bailes de máscaras, con escogida concurrencia. La decoración del escenario se hizo nueva en 1857, pintada por Eusebio Lucini, en igual forma que la sala del teatro, presentando los mismos órdenes de palcos con sus molduras y demás adornos. Se puso una lucerna en el escenario; el ambigú en el pórtico y vestíbulo de la plaza de Oriente; y se facilitó gratis el guardarropa. La orquesta estuvo dirigida por el Maestro Skoczdepole, y el billete costaba 22 reales.

También se daban bailes de máscaras en el teatro del *Príncipe*, a 12 reales billete. El ambigú, servido por el famoso Perona, y la orquesta dirigida por Luis Cepeda.

Estaban de moda en París y Londres unos rigodones que se titulaban *Lanceros*, y se introdujeron en los salones de



Madrid, por haberse bailado en casa de la condesa de Montijo. Se hizo una edición con la explicación de las figuras interlineada en la música, por el maestro de baile D. Antonio Miquel.

También cayó en gracia (1858) una redowa del pianista Dámaso Zabalza, titulada *Mi Juanita*.

Había predominado durante muchos años el rigodón entre la gente de buen tono; pero en la década anterior se puso de moda la *polka* y sus similares el *vals*, la *redowa*, la *mazurka* y el *schottis*. El rigodón era una variante de las antiguas contradanzas, y Bretón de los Herreros se burló de este baile en un romance muy conocido, cuando dice:

El baile de sociedad,  
¿merece este nombre? No,  
bien que lo llamen así  
los tontos de profesión.

Lo que fue danza animada,  
insulsa parodia es hoy,  
o ridícula fatiga  
sin placer ni diversión.

¿Qué sustancia, don Remigio,  
saca usted de un rigodón,  
arrastrando el pie dengoso,  
ora adelante, ora en pos?

Miradlos: ellos y ellas,  
más serios que un facistol,  
danzan como si danzaran  
así, de orden superior.

Apenas el aire agita  
la leve falda de *gro*,  
o de un zanquilargo *fraque*  
el escurrido faldón.

Si Laura te da una mano,  
lo hace... por amor de Dios,  
y con guante, y de los cinco,  
tres dedos sisa el pudor.

Vino la *polka*, y sin abandonar el rigodón, se hizo aquélla



dueña de los salones, porque el género resultaba más del agrado de los jóvenes.

Decía Barbieri en un artículo publicado en Febrero de 1853:

«Si me propusiese hacer la apología del baile moderno, ¡cuánto podría decir en contra del célebre romance de Bretón de los Herreros! Aquella Laura, no sólo da la mano, sino que se estrecha íntimamente contra el seno de su galán, y reclina su pura y delicada frente sobre la clavícula de él; aquellas figuras *sin espíritu y sin voz*, giran, saltan y se mecen voluptuosamente, con la más completa independencia de etiqueta. Aquellos bailes que hacían desear al poeta

... el brioso *bolero*  
y la *jota* de Aragón,  
y el *fandango* saleroso  
y el *polo* jaleador,

han sido sustituidos por otros que, si bien no llegan con mucho a tener la poesía oriental de nuestros bailes populares, tan llenos de ligereza y gracia, en cambio tienen más franqueza y atractivos *más positivos* en su autorizado *sans façon*».

Barbieri confiesa que había bailado y bailaba, «acusándose de este pecadillo que pesaba sobre su conciencia».

Se lamenta de que en España no se hubiera dado toda la importancia debida a la música de bailes, haciendo venir del extranjero la compuesta por Strauss, Lanner, Musard y Bosissio, y tributaba un elogio al maestro Juan Molberg, cuyas dotes artísticas eran relevantes para el género. «Las composiciones de Molberg—decía—son siempre graciosas y juguetonas, y no pueden escucharse sin percibir aquel movimiento nervioso precursor de la danza.»

En Febrero de 1859 se dieron en el Teatro Real *bailes coreados*, es decir, que las piezas de baile se acompañaban con un nutrido coro de ambos sexos, y, para que hubiese más ruido, una banda militar. Dirigía la música el maestro D. Leandro Ruiz.



En *Capellanes* alternaban dos orquestas, dirigidas respectivamente por Cascante y Maimó, de modo que los concurrentes podían estar bailando sin cesar toda la noche. En un baile de beneficencia tocó al violín Andrés Fortuny unas variaciones sobre *El Carnaval de Venecia* y una polka compuesta por él, titulada *Mi Pepita*, para hacer *pendant* con *Mi Juanita*, de Zabalza.

En el verano de 1859 se inauguró el baile público del *Jardín del Tivoli*, situado donde hoy el *Hotel Ritz*. Era de la fábrica de chocolates de la *Compañía Colonial*, y además de baile, había *cuadros disolventes*; espectáculo adecuado para un baile que se efectúa de noche en un jardín.

A fines de esta década seguían funcionando *Capellanes* y *Paul*, los dos grandes y famosos salones que se disputaban la predilección de la gente joven.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)



# TORRIGIANO

---

¡O fuerza de mi destino infeliz!  
PALOMINO. Museo pictorico II, 235.

El escultor Pietro Torrigiano, o, con más exactitud, Pierodi Torrigiano d'Antonio, nacido el 24 de Noviembre de 1472 en Florencia, procedía de una familia que en sus orígenes se dedicó a la venta de vinos al pormenor; pero que, enriquecida más tarde por el comercio, obtuvo del Papa el título de Marqués, y aún lo conserva. Su madre se llamaba Dianora Tucci. La suerte le tenía destinado a ser célebre, menos por sus obras, que por lo que de él se escribió en la vida de Miguel Angel, aquella entrada en la Capilla de Masaccio que le valió al maestro su lesión del rostro para toda la vida, pero que también había de hacer su suerte. Casi parece que Torrigiano debió a este arrebató de su juventud toda su inmortalidad, una inmortalidad erostrática (1).

El hecho es conocido por el relato de dos amigos y admiradores del lesionado que en su furor contra las personas del delincuente no hacen ninguna atenuación; el tono de invectiva de su relato ha sido sostenido hasta el día por todos los que tuvieron ocasión de mencionar el suceso, tanto en la descripción de acción, como en la motivación del hecho. «Este

---

(1) Il se rendit célèbre de bonne heure en lui cassant la nez d'un coup de poing. E. MUNTZ en la grande Encyclopedie, XXXI, 187.



escultor sólo ha tenido enemigos en sus historiadores» (1). Su acción le persiguió durante toda su vida, y aun se ensañó con él durante su muerte, retrasando su justificación durante largo tiempo; sepultando sus obras en el olvido. En su obra principal, el célebre templo de la Ciudad del mundo, su nombre había desaparecido hasta que en el siglo XVIII un aplicado coleccionador de documentos (2) descubrió que el desconocido artista llamado Maestro Pedro T. era aquel florentino conocido por la vida de los pintores de Vasari. También en los últimos lugares en donde trabajó en el Sudoeste de Europa era rehabilitado su nombre por aquel mismo tiempo, con ocasión de una obra admirada de siempre allí por los aficionados, y mencionada por el propio Aretino.

Así, pues, un «¡descubrimiento!» El lector temblará. Pero el descubrimiento de Torrigiano siempre es de mejor gusto que el descubrimiento de... Miguel Angel.

El suceso no es relatado por testigos oculares, ni por contemporáneos; pero Benvenuto Cellini lo oyó unos treinta años más tarde de propios labios del agresor; lo refiere en su autobiografía, empezada en el año 1558 e impresa en 1728. VASARI le conoció por él, sin haberlo presenciado; escribió lo que había leído en Florencia como *Dicesi*. CONDIVI, el biógrafo de Miguel Angel, menciona el hecho al fin de su librito, escrito a la vista del Maestro, sin comentarios. En 1519, Torrigiano, tras una ausencia probablemente muy larga, volvió repentinamente a su patria. Benvenuto, entonces de diez y nueve años, le vió varias veces en el taller de su amigo el orfebre Marconi, que le dió trabajo. La única descripción de su figura procede de aquel tiempo, pues no conservamos retratos; era un hombre gallardo, valiente y de desusada fortaleza, más soldado que artista, de voz sonora y de lenguaje expresivo y elo-

(1) The poor scultor has, however, had enemies only, for his historians. Sir W. STIRLING, *Annals of the Artists of Spain* I, 112.

(2) El inglés George Vertue.



cuenta; su mirada, el fruncimiento de sus cejas, sugestionaban. Torrigiano iba allí a buscar ayudantes para un monumento que debía ejecutar en el extranjero, «para mí rey», según él decía; este rey era Enrique VIII. Los modelos de los dibujos y trabajos del joven Benvenuto le hicieron la impresión de que este artista era antes escultor que orfebre; trató de ganarle por brillantes promesas: *io ti farò valente e ricco*. En esto mostróle aquel un dibujo del cartón de la batalla de Cascina; teniendo en la mano la hoja, le contó lo siguiente:

«Este Buonarroti y yo íbamos de muchachos (*fanciulletti*), a la iglesia del Carmine, para estudiar en la capilla de Masaccio. Solía él burlarse (*uccellare*) de todos los que allí dibujaban, tanto que en cierta ocasión, como me sintiese herido por sus palabras, se apoderó de mí una cólera (*stizza*) inusitada; levanté el puño cerrado y descargue sobre sus narices un puñetazo de tal índole, que sentí deshacerse (*fiaccare*) bajo mi mano los huesos y los cartílagos como si fueran una oblea (*cialdone*). Así dibujé yo en su cara un dibujo que conservará mientras viva.» (Según CONDIVI, los cartílagos (*cartilagine*) quedaron casi deshechos.) «Estas palabras—prosigue Benvenuto—me enajenaron de tal modo su simpatía, yo conocía ya a Miguel Angel, que, lejos de consentir en ir con él a Inglaterra, se me hizo insoportable desde entonces su presencia.»

El otro historiador, VASARI, en su corta biografía de Torrigiano, acentúa la odiosidad del hecho rebajando la índole de la causa que le inspiró.

No dice nada de la ocasión, pues consideró el insulto como una manifestación de su carácter. El móvil no fue otro que la envidia (*mosso da crudel invidia*). Empieza con una especie de sermón sobre este odioso pecado mortal, mostrándole en sus más repulsivas formas, y afirmando que suele ir acompañado de poca inteligencia. Comienza la historia de su vida no sin contradecirse, en un tono pesimista desusado en esta clase de panegiristas: «En Torrigiano vemos más orgullo que arte, si bien sabía mucho», etc. Pinta su aspecto como el de un Fra-



cassa: «Era de natural tan presuntuoso y soberbio, y a la vez tan robusto y de carácter tan atrevido y agrio, que a todo el mundo se imponía. Incapaz de soportar que nadie se le pusiera delante, estropeaba los asuntos cuando no podía utilizarse de ellos. Y si alguien se le quejaba, respondía con las peores palabras. Sentía especial aversión contra Miguel Angel al verle tan aplicado en su arte. En su casa trabajaba las noches enteras y los días de fiesta; de este modo se adelantó a todos y se ganó el favor de Lorenzo. Así llegaron un día a las manos...»

Como vemos, VASARI olvida la provocación. Ya sabemos que Bounarroiti gustaba de mortificar con burlas a sus discípulos, y cuando por anécdotas posteriores llegamos a conocer sus donaires contra Leonardo de Vinci, o contra el hijo del Francia, no nos imaginamos sus bromas tan inocentes. Ahora bien; Torrigiano era el mayor de los dos; le llevaba a su discípulo unos tres años, y cuando éste entró a trabajar con él, ya se había hecho conocer aquél por sus trabajos en terracotta; el *garzon*, recientemente admitido, hasta entonces aprendiz de pintor en el taller de Ghirlandaio, tomaba estas cosas con interés y hasta con emulación (*emulazione*, dice Vasari). La rivalidad es, en tales relaciones útil y deseable, pues sacude la indolencia genial y juvenil. En el tiempo de su aprendizaje, que, como es sabido, fue desusadamente corto, comenzaría a sentir sus facultades, sentimiento que se manifestaría en la presunción propia de la mocedad. Nada es más sensible que el empaque crítico de un joven que mira a los demás por encima del hombro.

VASARI se expresa como si tuviese la envidia por un defecto completamente desusado, aun en la edad juvenil; en cambio, un crítico ha adquirido la convicción (y en un grado mucho más extenso) de que ningún pintor habla nunca con elogio de otro pintor (1). La codicia es en los artistas una pa-

(1) W. HAZLITT: On judging of pictures.



sión más funesta, según Alberti y Leonardo. VASARI escribió veinte años después de la muerte de Torrigiano; no le conoció de vista; emperrado en su papel de acusador, habla de su doloroso fin en un tono nada mesurado: probablemente, estaba bajo el influjo de la idea de que su libro sobre Miguel Angel habría sido leído. Sus invectivas hallaron eco durante más de tres siglos. Pero tampoco se puede desconocer la parcialidad en el relato de Cellini. En éste es de observar también, que los caracteres de mala cabeza y fanfarrón que le atribuye le cuadran también al autor, si bien no se atribuyen a Torrigiano las culpas y disoluciones que a él. Cellini empleó su espejo para retratarle; pero también pudo Torrigiano hablarle a él como él hablaba a Torrigiano: con los lobos hay que aullar.

Era natural que la aparición de este novato, de carácter ardiente y de pasmoso talento y vivo espíritu, le excitase a él, que hasta entonces había sido el primero en la clase; de aquí se siguió la rivalidad ante las notables muestras de favor del poderoso Médicis. Miguel Angel provenía de una casa noble, venida a menos, mientras que la familia de Torrigiano era plebeya: únicamente su brillante talento le pudo proporcionar la entrada en la escuela creada originariamente para descendientes de casas nobles. Ahora bien; es de suponer que el joven Bounarroti, con tales excelencias, no se distinguiese por su modestia.

Las consecuencias del suceso de la capilla de Masaccio fueron, como hemos dicho, muy graves para Torrigiano, y casi podríamos decir que no guardaron proporción con el hecho. La fama de su acto lo persiguió durante toda su vida, como las furias arrojándole de todas partes. La primera fue la prematura terminación de los años de aprendizaje, la separación de aquella Academia del jardín de San Marcos, de la cual Miguel Angel, más tarde, decía haber sido su mejor y aun su única escuela, y, como consecuencia, la pérdida de buenos e inteligentes camaradas.

El herido cayó en un desmayo, y fue sacado del recinto



«como muerto»: Lorenzo de Médicis se indignó de tal modo por el magullamiento de que había sido víctima su favorito, que el agresor no tuvo otro remedio que marcharse de Florencia. Pero esta fuga era en realidad un destierro, pues como se comprende, su vuelta a Florencia era imposible para siempre; «errante y fugitivo», había de ser la divisa de su vida. Pero lo más doloroso era, naturalmente, la pérdida del ambiente artístico florentino, del contacto con el arte toscano, entonces en rápida evolución. Y, sin embargo, no faltan pruebas de que era hombre capaz de entenderse con los valores recientemente creados. VASARI no oculta que en su colección conservaba estimables dibujos de Torrigiano. *Fierezza y buona maniera* le atribuye esto en el trazo abundante y lleno de carácter y estilo moderno. En su lápiz no había ningún rasgo adulator.

Pero estos dibujos se han perdido, con casi todas las obras públicas que ejecutó en Italia. Y como las generaciones siguientes iban hinchando la leyenda, pronto se formó alrededor de esta figura la aureola de un bravo, de un matón de la escultura.

Era circunstancia especialmente fatal, que allí donde Miguel Angel aparecía, el suceso adquiría nueva celebridad. La deformación de sus facciones (que por cierto un cirujano de hoy podría remediar), cosa especialmente sensible para un escultor, despertaba el odio personal contra su autor de todas las personas que se acercaban al lesionado. Dondequiera que el nombre de Buonarroti era venerado, oíase también el de Torrigiano unido a aquél, como el de Judas Iscariote al del Salvador. Y por todas partes por donde iba el expatriado, sabía que había sido expulsado de Florencia. ¡Qué vida más insoportable! Para respirar con libertad, y creyendo haber puesto fin a la carrera de escultor, se hizo soldado. Pero el talento se mostraba imperioso, por lo que buscó un lugar donde ejercitarlo en el extranjero.

Pero, ¿qué era lo que había hecho en realidad para pasar a la posteridad con semejante *sambenito*? Aquel puñetazo era



solo el acaloramiento de un mozo ardiente, es decir, un acceso. Si en vez de dar con Miguel Angel, hubiera dado con otro, pronto se hubiera olvidado el accidente. Pero es propio de nuestro mecanismo psicológico el fallar las causas según la parte que el afecto desempeña en ellas. El escultor Guillaume sintió la desproporción entre la culpa y el castigo, creyó deber admitir que tenían razón en Florencia en temer—*plutôt un coup de haine qu'un malheur*.—Pero en este punto no podemos presentar ningún sólido indicio. El que veía al maestro Miguel Angel con su nariz aplastada, sentía involuntariamente el insulto como hecho, no a un muchacho de quince años, sino al venerado maestro; a pesar de que pudiera considerarse como título de gloria la lesión sufrida en los años de escolar.

WILSON ha tratado este asunto sobria, pero acertadamente, y es uno de los que más razonablemente han escrito sobre Miguel Angel.

«Era —dice— el uno, tan fogoso y apasionado como el otro. Y no era comprar muy cara la moderación en el discurso, y en el continente, obtenerla a costa de la rotura de la nariz.»

Con su destierro de Florencia, empieza para Torrigiano una larga época tormentosa. De las noticias que VASARI pudo reunir, se ve que la vida de aquel mozo de veinte años se repartió entre el taller y la campaña. Siguió las banderas del Duca Valentino en la guerra de la Romagna (1493-1500). Ultimamente parece que pasó a Roma, donde en 1492 el Papa Alejandro había encargado al Pinturicchio la decoración pictórica de la nueva residencia papal, del palacio edificado por Nicolás V en la colina del Vaticano (terminado en 1495).

Fue encargado del relieve del techo abovedado de la Torre Borgia, de «estuco dorado». Este trabajo de segundo orden debió ejecutarle con poco entusiasmo: los motivos, extraños a veces del estilo ornamental que allí dominaban, no pertenecían por cierto a lo más divertido del Renacimiento. Luego sirvió militarmente en la lucha entre Florencia y Pisa, bajo el Con-



dottiere Paolo Vitelli, el cual se atrajo las sospechas del tirano, y fue decapitado en Florencia en 1 de Octubre de 1499.

Sólo se sabe de un trabajo en el cual quiso mostrarse escultor. El Cardenal Piccolomini, un sobrino del célebre Papa Aeneas Sylvius, había mandado construir una capilla en la catedral de Siena; el bello altar ejecutado por el lombardo Andrea Bregno, en 1485, carecía aún de las estatuas de mármol, de los nichos. Torrigiano se encargó de ellas; empezó una de San Francisco, que dejó a medio concluir. La casualidad quiso que al viejo Cardenal le recomendaran a Miguel Angel para estas estatuas, el cual ejecutó cuatro. Debió impresionarle la pretensión de acabar un mármol bosquejado por su antiguo camarada.

El contrato apelaba con insistencia a su nobleza: *per suo honore et cortesia et humanità*. Esta imagen se puede ver terminada en la catedral de Siena; pero es una cara de monje redonda y lamida, en quien nadie reconocería al santo de Assís. La ejecución fue, por consiguiente, encargada por Miguel Angel a manos no muy felices. Y esta es la única escultura italiana que lleva el nombre de Torrigiano.

Cuando murió el Papa Borgia, volvióse al desterrado Pietro Médici, hermano mayor de su antiguo protector, entonces jefe de la casa. Este trató de obtener su rehabilitación cerca del rey de Francia. Torrigiano llamó la atención por su bravura, y recibió el grado de alfiere; entre los soldados era llamado el *valente alfiere*. Estuvo en la batalla de Gaeta, en la que Gonzalo de Córdoba aniquiló a los franceses.

Este gran capitán de la época, *Turcorum et Gallorum terror*, según la inscripción de la cúpula de su iglesia-panteón de Granada, fue el que engañó a César Borgia en Nápoles, y le hizo inofensivo, conduciéndole cautivo a España. Pietro Médici halló un prematuro fin en Garigliano. Se ve, pues, que la mala estrella perseguía a Torrigiano. *Vasari* dice que en su carrera militar no llegó a capitán, lo que le desalentó.



### El monumento de la Abadía de Westminster.

Desde aquel día aciago para la casa de los Médicis faltan las noticias durante una década, hasta que le volvemos a encontrar en Londres viviendo en el distrito de San Pedro, Westminster. Si su destierro de Florencia cae todo lo más tarde en 1492 (año de la muerte del Magnífico), y su llegada a Inglaterra lo más pronto en 1509, su peregrinación debió durar siete años. Una naturaleza menos elástica hubiera sufrido mucho; quien aparece dotado de tan raras y complejas facultades, en cuanto encuentra lugar seguro y un asunto donde trabajar, ha de vivir consciente de su misión en el tumulto de la vida. Pues el genio no se puede recoger como un capital; en el arte elevado sólo es posible subir o bajar.

El rey Enrique VII puso, en el vigésimo año de su reinado, el 24 de Enero de 1503, la primera piedra de una capilla en la Abadía de Westminster, en el sitio en donde en las iglesias anglicanas solían estar las Lady Chapel; una de estas capillas de María, procedente de Enrique III, fue derribada entonces. La destinó en el testamento de 22 de Abril de 1509 para última morada para él y para su esposa Isabel de York. Así, pues, el florentino fugitivo fue llamado para construir su monumento, renacentista, el primero de este estilo en Inglaterra, en medio de aquel encanto romántico del estilo de los Tudors, cuya gala principal (*orbis miraculum*) era la capilla, entre aquellas bóvedas fantásticas y estalactíticas de la capilla de Enrique VII.

Y nunca se dudó allí que armonizara con aquel ambiente y con aquel orden de ideas histórico. ¿Cómo fue confiársele tal monumento nacional?

Torrighiano fue recomendado a los albaceas, sin duda alguna, por comerciantes y banqueros; pues encontramos, entre las firmas del contrato de 26 de Octubre de 1512, cuatro nombres de italianos que, por cierto, no son florentinos: Benedetto



Morrelli de Lucca y sus socios Giov. Campanarj y Giov. Battista Morrelli. Según VASARI, se había ganado crédito en este círculo por pequeños trabajos en bronce y mármol. El contrato le llama *de civitate Florencie pictorem*.

Los italianos ilustrados eran muy bien acogidos en la corte de Enrique VII; llegados a Inglaterra por causa de los negocios, por ejemplo como colectores pontificios, vivían en relación íntima con el monarca, como secretarios latinos, agentes diplomáticos y oradores, humanistas y músicos; se tenía gran opinión de su habilidad e inteligencia.

Wolsey fue su protector, según se desprende de una carta (1518), único escrito que tenemos de su mano. Confiesa allí que del cardenal dependía su vida y su honor; sin él, sólo veía ante sí calamidades y ruinas (1). En sus manos estaba también la economía del negocio. Aquellas expresiones fuertes (*calamitas, ruina*) no eran frases, por cierto. De todos los extranjeros, los italianos eran los más odiados del pueblo; Torrigiano mismo fue testigo de un sangriento motín, en el año 1517, en el que fueron saqueados los barrios flamenco y francés, y los italianos sólo se salvaron por sus buenas armas (2).

Desde el siglo XIII, los italianos sostenían relaciones comerciales con Inglaterra, y habían proporcionado a los plantagenets dinero para sus grandes guerras, hipotecando en garantía las rentas del Estado. Sabido es que bajo Eduardo III, los Peruzzi y los Bardi hicieron bancarrota por sus préstamos a Inglaterra.

(1) Cum praecipue salus mea et honor in favore et auxilio Amplisime Dominitatis tuae consistent... quibus si forem privatus non sine magno de decore mea oriretur calamitas et ruina. Inserto en la obra de ALFREDO HIGGINS, sobre los monumentos florentinos en Inglaterra; en *Archäolog. Journal*, Londón, 1894, pág. 199.

(2) Los relatos de Torrigiano sobre este punto debieron obsesionar (coloreados a su manera) a Benvenuto en el pasaje tantas veces citado: le alaba constantemente por su *braverie con quelle bestie di quelli Inghilesi*.



Esto daba origen a una dificultad para su colocación como maestro-director. Pues estaba consagrado exclusivamente a dirigir a los trabajadores ingleses; ya el idioma constituía un impedimento, y otro mayor la escuela de formas góticas en que aquéllos estaban educados. Asimismo, el plano del monumento era cosa inusitada para un florentino; en el Renacimiento toscano las tumbas sueltas son raras.

Esta situación puede también reconocerse en la obra; la verja es aún gótica, pero ya estaba muy adelantada cuando Torrigiano llegó. En otro punto se desvió de lo dispuesto en el testamento; éste habla de tabernáculos para las sagradas estatuítas, esto es, hornacinas góticas; en su lugar puso guirnaldas. Guirnaldas como éstas desempeñan en la sala de los Borgia un papel principal.

Sin embargo, es cosa probada que tan importante obra no se le hubiera confiado al italiano sin una completa y cumplida autorización. Cuando se firmó el contrato ya estaba, probablemente, en el Sur de la Capilla el monumento de la madre del difunto rey, Margarita de Beaufort, condesa de Richmond. Cierto que faltan documentos auténticos sobre su fecha de erección y sobre su autor; pero la coincidencia, tanto en el plan como en el estilo, no permiten suponer otra; por consiguiente, el monumento del rey debió considerarse como *a glorified versión* del de su madre.

Apenas había pasado unos cuatro meses desde la muerte del primer Tudor, las fiestas de la coronación y matrimonio de su hijo de diez y ocho años estaban en su apogeo cuando murió esta venerada, discreta y talentada dama, cuyo pensamiento de toda su vida fue el matrimonio de su único hijo con la heredera de York, como ya había convenido con la viuda de Eduardo IV en tiempo de Ricardo III. Toda una generación pudo recordarla en el momento de cumplirse sus ambiciosos y patrióticos deseos.

En la tumba de mármol negro descansa la figura de bronce de la anciana con largo manto vidual; a sus pies el unicor-



nio; la faz, descarnada, así como las manos, han sido probablemente modeladas de un vaciado; pero la impresión es tal, que Dean Stanley pudo llamarla «la más hermosa y venerable figura de todas las que encierra la Abadía de Westminster». Rostro, manos, capucha, son negros; los ropajes, dorados.

La tumba está adornada con ocho grandes escudos de metal, de industria inglesa, con guirnaldas de mármol negro; los lados más largos, articulados por pilastras de bronce acanalladas, con capiteles de forma antigua. Esta pompa heráldica recuerda la importancia de los problemas genealógicos en el destino de las naciones.

La figura aparece cercada por un baldaquino. También éste es una contribución inglesa a la obra del extranjero; pero no se ha conservado intacto. Sobre la cabeza se ve una cabecera calada que no guarda ninguna relación con las pilastras que la soportan. Estas están compuestas de siete aberturas, en forma de ventanas ojivales semejantes a campaniles. Por la cornisa corre una inscripción latina de Erasmo.

El monumento del rey tiene una historia singular. Al principio, Enrique VII destinó el palacio de Windsor (Lady Chapel) para su última morada; entonces el sitio delante del altar mayor en Westminster estaba destinado para tumba del último Lancaster, Enrique VI, sobre cuya canonización había negociaciones con Roma. Ya había encontrado maestro; el plano estaba hecho y la ejecución repartida entre los respectivos técnicos. También este proyecto venía de un italiano, Guido Mazzoni, llamado Paganino, en inglés Pageny, y muy conocido por la iglesia de Módena. El rey Carlos VIII de Francia le descubrió en Nápoles, y le llevó consigo a París (1495), le hizo caballero y le encargó de su monumento en Saint Denis. No volvió a Italia hasta 1516.

El monumento de Carlos VIII destruido en tiempo de la Revolución (1), tenía la forma predilecta en Francia y Borgo-

(1) Se conserva un pequeño dibujo en la *Histoire de l'Abbaye Royale de St.-Denis*, de FELIBIENS. Paris, 1706, pág. 553.



ña de tumba calada, con la doble estatua orante de los difuntos, arrodillada ante el reclinatorio con la corona y la Biblia; abajo, en el suelo, extendido como cadáver desnudo. Este raro uso se conservó durante todo el siglo xvi, hasta los últimos Valois. La figura del rey, pues, arriba rodeada de cuatro ángeles con los escudos de Francia y Jerusalén; en las superficies laterales, estatuillas alegóricas en nichos redondos (*enfancements ronds*).

Ahora bien; se ha conservado un documento con las cuentas del monumento del año 1509 (1), del cual aparece que aquella tumba de Carlos VIII, sirvió de modelo al rey para la suya encargando a Mazzoni un dibujo de la misma. Las diferencias sólo consisten en las personas representadas; la forma es exactamente la misma. También aquí el rey está solo, arrodillado entre cuatro lords que reemplazan a los ángeles heráldicos. El retrato del rey se adivina más arriba por la descripción de otra estatua, igualmente orante, que había destinado en el testamento para Eduardo el Confesor. Era una imagen de madera forrada de planchas de oro: el monarca, de armadura con las armas de Inglaterra y Francia, tiene en la mano la corona «que Dios le concedió por su victoria contra el enemigo en su primer campaña». Estaba en el destruido monumento, probablemente entre la estatua dorada de Eduardo y la de San Juan Evangelista. En el sitio de las mujeres alegóricas puso sus diez patronos. La ejecución del modelo de Mazzoni fue confiada a un Master Esterfelde; en el año de 1509, estaba tan adelantado, que la terminación podía ser calculada en año y medio. Se cree que la actual verja gótica procede de Esterfelde.

No se sabe lo que llevó al rey a confiar aquel monumento a los italianos y a diseñar su construcción, con arreglo a la tumba de Carlos VIII y a su disposición, tan desusada en Inglate-

---

(1) *Calendar of State papers*. Henry VIII, I, nr. 775, pág. 109. Enrique ha escrito allí: «A remembrance of certain names and preecees for making of a tomb.»



rra. Pero hay quien cree que en aquel tiempo, en Windsor, se habló del monumento de Saint-Denis. Al lado de éste en una columna del coro, había un epitafio, una tabla de cobre dorado, en la que, debajo de las hazañas del inmortalizado, además de las aventuras de Nápoles y de la anexión de la Bretaña, no se olvidaba la ayuda prestada al Duque de Richmond para conseguir el cetro de Britania.

*Cepit et Henricus regno depulsus avito  
Bellata auspiciis scepra Britannia tuis.*

Con el mismo Carlos, cuando era príncipe, fue desposada en otro tiempo Isabel de York; le llevó el título de Delfinesa. La hermana de Carlos VIII, Ana de Beaujeu, regente bajo la minoría de edad, fue la que recibió en París al Duque refugiado en Francia entre las asechanzas de Ricardo III, haciendo posible y ayudando la preparación de su audaz empresa.

Según los documentos, el trabajo fue repartido entre ocho maestros, todos ellos londinenses. Según el modelo (*patrone*) del Master Pagery, los reales *masons* Roberto Vertue, Roberto Jenyns y John Lebons, debían levantar los muros de la tumba en mármol blanco y negro (L. 80), el escultor Lawrence Ymbar (*carver*, así es llamado luego por Torrigiano mismo), debía hacer los modelos en madera de las 19 figuras (L. 64); el broncista Humphrey Walker, la fundición y el cincelado (*repairing*, L. 604); el orfebre Nicholas Ewen, el dorado (L. 413) y los pintores Jonh Bell y John Maynard (este es el único apellido no inglés), la pintura (L. 40). En suma: con el coste del mármol, L. 1.257 6s 8 d. En el contrato con Torrigiano se estipularon L. 1.500.

Este proyecto, tratado de palabra entre Enrique VIII y Mazzoni fue desbaratado a última hora a la muerte del rey, y por cierto, según se cuenta, porque no hubo de gustar a su sucesor Enrique VIII. Y no por razones estéticas. Sobre los motivos, sólo nos puede dar luz el nuevo proyecto que tres años



después fue contratado con otros italianos. Felizmente, en aquella sazón apareció Torrigiano en Inglaterra.

El proyecto de Mazzoni difería notablemente de las formas usuales en las tumbas de los reyes enterrados en la Abadía de Westminster, sobre todo, en la introducción de la tumba doble. El nuevo retrocedía a los antiguos sepulcros cerrados en forma de altas. Pero la principal causa de que a Enrique VIII no le gustara, no estaba en la forma.

El rey aparece arriba, arrodillado entre sus vasallos, sin la reina; pero dentro de la tumba en el grupo de cadáveres entre los tabernáculos, estaba ella a su lado (1). ¿Por qué esta extraña vuelta atrás? Era la legítima heredera de la Corona; de derecho hubiese debido recibir como esposo al Duque de Richmond. El debió su éxito como pretendiente frente a la casa York, a las esperanzas de paz que el pueblo fundaba en la reunión de las dos razas.

Las aspiraciones de la casa de Lancaster eran en general dudosas, pero tan discutibles aparecían las aspiraciones de Enrique Tudor como heredero de esta casa. Estas se fundaban en la línea de su madre, la hija del duque Jhon de Pomerset, nieto ilegítimo de John de Gaunt, duque de Lancaster (1362). Sólo al desaparecer todos los descendientes legítimos de esta casa se volvieron los partidos al duque de Richmond.

Pero éste se rebelaba tenazmente contra el papel de duque consorte; trataba de alejar de sí a aquella sombra de participación en la soberanía con Isabel. Dilató el casamiento hasta su coronación y reconocimiento por el Parlamento, que le manifestó su predilección; trató también de conseguir la sanción del Papa Inocencio VIII. Desde su destierro y persecución

---

(1) Esto se deduce con certeza del documento de 26 de Diciembre de 1509. The Imager says, that thwo images lying on the tomb and the king's image Kneeling on the tomb are Worth, if perfectly done, 8 L. each image.—y luego: That Drawswerd Seriff of York, says, that the two images, lying *in* and the King's image Kneeling *on* the tomb, he would deliver ready wrought, etc.



(desde los cinco años) alimentaba profunda antipatía contra los adictos a la casa York, a los cuales siempre trató como enemigos; esta antipatía llegó a envenenar su dicha conyugal al lado de una virtuosa, amable y paciente esposa.

Esta obsesión de las antiguas facciones parece que duró en aquel carácter duro, reservado y agrio hasta después de su muerte; quiso aparecer en el monumento como señor indiscutible.

Pero esta postergación de la legítima heredera del trono, que sólo por bondad había podido llevar la *crown-matrimonial*, debió sublevar a todos, y con mayor razón a su hijo Enrique VIII. Y la variación sólo se le puede atribuir a él. Pues el alto, popular e histórico valor asociativo del monumento como símbolo de la reconciliación y la paz tras casi un siglo de guerra civil, sólo se debe a ello. ¿Quién no recordará las solemnes palabras que cien años más tarde el más alto poeta ponía en boca del victorioso Richmond después de la batalla de Bosworth, como expresión de los votos de una nueva era de paz y de dicha?

«Y cuando recibamos el sacramento  
 Se unirán la rosa blanca y la roja.  
 El cielo sonríe ante esta dichosa alianza,  
 Después de haber gemido por su enemistad.  
 ¿Quién será lo bastante traidor para no decir: Amén?  
 Inglaterra, presa de la locura, se devoraba a sí misma.  
 El hermano, ciego de rencor, vertía la sangre de su hermano.  
 El padre degollaba a su propio hijo;  
 El hijo movía guerra a su padre;  
 Toda esta odiosa discordia  
 La engendraban la casa de York y la de Lancaster.  
 Mas por fin Richmond e Isabel,  
 Herederos legítimos de aquellas dos casas,  
 Por la bendición de Dios se unen.  
 ¡Que su descendencia (si así te place, ¡oh Dios!)  
 Asegure la paz por los siglos  
 Y dé días de dicha al reino!



Señor, destruye el poder perverso  
 Que pudiera resucitar aquellos días  
 En que Inglaterra lloraba sobre torrentes de sangre.»

El monumento de la Abadía de Westminster, o mejor dicho, el descubrimiento de su autor, sacó de la oscuridad el nombre de Torrigiano y lo transmitió a la posteridad. VASARI sólo supo hablar de *infinite cose* que aportó de Inglaterra. El mismo Canciller Bacon, en su *Vida de Enrique VII*, publicada en 1621, decía de él solamente: «Allí reposa en una de las más soberbias y fastuosas tumbas de Europa (1), más rico en la muerte que lo que había vivido en su palacio de Richmond. Sólo desearía que pudiera parecer a los biógrafos lo que parece a las gentes en ese monumento.»

Quien se haya formado una idea de la personalidad de Torrigiano por la literatura y comparezca delante de este monumento, no dará crédito a sus ojos. Quizá se pregunte si en dicha historia no hay una mixtificación. El *homo bestiale e superbo* de Ascanio Condiar, el «brutal perdonavidas y bravo (2), el aventurero que consumió sus mejores años como soldado de la fortuna bajo las banderas de los Condottieri y pretendientes italianos (en una «Historia del Arte del renacimiento», francesa, figura como ejemplo de la supuesta tendencia del Renacimiento a la venganza y al suicidio): se levanta ante nosotros como una obra monumental de suma perfección, digna de los más gloriosos días del arte toscano. No hay allí huellas de un carácter impetuoso, de una fantasía falsamente genial. El «hombre grosero» (H. GRIMM) ha trazado en el retrato de Isabel de York una imagen ideal de la más noble belleza real femenina. «Desesperación de los imitadores» le llamaba un historiador eclesiástico (Fuller) del tiempo de Commonwealth (1655). «Si faltase todo otro testimonio—dice el arqueólogo

(1) One of the stateliest and daintiest tombes in Europe.

(2) Un artículo sobre «Sculptor and Bravo», publicado en 1886 en *Magazine of Art*.



JOHN CARTER (1780),—esta obra por sí sola bastaría a justificarle la más alta estimación y admiración de todos los críticos y aficionados.»

El viajero que entra en la Abadía, ve a los pies del monumento una tabla con el nombre del más grande Señor que tuvo Inglaterra. La cripta de Oliver Crómwell y de los suyos fue profanada bajo Carlos II de Estuardo en el año de 1661; los cuerpos llevados a Tyburn, colgados, decapitados y quemados. De aquí un calambour que habla en honor de la verdad histórica de Tomás Carlyle: «Había descolgado al Protector de la horca de donde estuvo pendiente dos siglos. Casi dan tentaciones de aplicar esta figura a Torrigiano.»

El monumento debe la impresión que produce en todos los tiempos (desgraciadamente, algo aminorada por la alta verja) a la armonía entre la variedad de elementos figurativos y ornamentales, a lo cual contribuyen también las tres clases de material empleado, bronce dorado, mármol negro y mármol blanco (éste en la base y en las estrías). Pero lo que le pone por encima de muchos de su clase son las dos cabezas de los reyes, por decirlo así, el alma de aquella complicada obra de arte! Y, sin embargo, aquí le falta al artista la impresión y el recuerdo de la vida (1).

Hubo mascarillas de las cuales se empezó a hacer el modelado. Paganino fue el que suministró el modelo del conjunto; los modelos de las figuras habían sido ya encargados a Lorenzo Imbar. A estos vaciados deben las cabezas su veracidad de retratos. Pero no vemos en aquellos rasgos llenos de vida ninguna huella de la mascarilla. También las manos juntas en actitud de orar están reputadas entre los artistas como mo-

---

(1) Una cabeza de piedra, de expresión desencajada, supuesto modelo del rey moribundo (*in the agony of death*), antes en poder de Horacio Walpole, hoy del Duque de Northumberland, firmada Torrigiani opus A.º MDIV, es fantástica. Grabada en CARTER 'specimens. London, 1780, tabla LXIX.



delos de verdad natural hasta en las finas arrugas de la piel y en las venas. Parecen como copiadas del modelo vivo (1).

Respecto del rey muerto a los cincuenta y dos años, recuérdese que estaba prematuramente envejecido. En su fisonomía recuerda a los bustos de los humanistas; alguien ha pensado en Erasmo; a esto contribuye el gorro; STANLEY, encuentra en él algo del *churchman*. Estúdiense el sobrio y auténtico retrato de la National Portrait Gallery, aquel rostro enflaquecido con la mirada acechante de los pequeños y penetrantes ojos, los labios finos y apretados, y se comprenderá cómo estilizó el italiano las facciones del fundador de la casa de los Tudor. Tampoco se desconocerá en su noble cabeza al astuto político, al hacendista exacto, económico hasta la avaricia, al hombre frugal.

La reina al lado suyo parece su hija; sólo alcanzó los treinta y siete años de edad (nació 11 Febrero 1466, murió 1503). Es contada entre las bellezas que ocuparon el trono de Inglaterra; su madre Isabel Woodville hechizó en otro tiempo a Eduardo IV con sus gracias. Su figura era mayestática (medía 5,6); sin embargo, el rey era aún más alto, como puede verse en el monumento. Su figura la encontramos en el cuadro de Holbein, que sólo se ha conservado como cartón; y en copias (por ejemplo, en Hamptoncourt).

¿Quién podrá contemplar sin emoción aquellas facciones? Las líneas, puras y armoniosas están en relación con la expresión de dulzura, bondad y paciencia. Así nos representaríamos a Cordelia; su voz no sonaría de otra manera: *her voice was ever soft, gentle and low*. Con algunos *ritocchi* hubiera podido el maestro hacer de ella una Dolorosa.

Se piensa en la terrible historia de familia, en los terribles y penosos sucesos de los años de Ricardo III. Pero también sus diez y siete años de trono fueron una escuela de paciencia.

---

(1) W. HOZLITT: *Essays on the Five Arts*, 1873, pág. 289.



Pudo decir con su madre: He tenido pocas alegrías en el trono de Inglaterra. Era el buen genio del rey, el cual, por cierto, no la hizo traición. Las antipáticas durezas de su carácter se mostraron más pronunciadas después de la muerte de su mujer.

La impresión de las figuras está realzada por la solemne sencillez de la drapería; los mantos, amplios hasta los pies, de los cuales sólo sobresalen las manos. Los atributos y pompas de la majestad están suprimidos.

Los grupos de santos en las seis guirnaldas, a los lados de la tumba, difíciles de ver, no han encontrado hasta aquí gran estimación.

El testamento del rey enumera estos sus diez patronos (*myne accustomed avowries*). Los llama: San Miguel, los dos Juanes, San Jorge de Inglaterra, San Antonio, rey Eduardo, San Vicente, Santas Magdalena y Bárbara. Cuando más tarde se substituyeron los tabernáculos del primer término por guirnaldas, hubo que añadir otros dos, y se eligió a la Madonna y San Cristóbal.

El escultor quiso dar vida por todos los medios que disponía a estas figuras. No sólo los caracterizó por los atributos y ropaje, fisonomía y acción; quiso hacer de su proximidad casual grupos animados, colocándolos en escena, en lo que se reveló el realista. Ciertamente recordó las puertas de San Lorenzo en Florencia; comparadas con las de Donatello, sus figuras tienen la ventaja de la variedad, por la introducción de mujeres; no se hubiera contentado con las composiciones italianas, a menudo infantiles o insignificantes. El goce que le proporcionaban aquellas figuras se revela en el prolijo cincelado, en el juego de las fisonomías y en los variados ropajes. No carecen de cierto humorismo. El antiguo soldado revélase en la exacta documentación de las armas de algunos belicosos santos y arcángeles en sus actitudes severas y hasta bravas. El patrón de Inglaterra, en el cual no pudo evitar la *pose* de Donatello, no presenta, en verdad, un gesto muy tranquilizador;



el compañero de San Jorge, San Antonio Abad (el hocico del cerdo asoma tras de la capucha), se acerca a él con las manos suplicantes buscando un asilo contra los espectros. También la majestad de Eduardo el confesor, es algo amenazadora: en la diestra tiene el célebre anillo que dió como limosna al mendigo; el mendigo era el Evangelista Juan. Muestra el precioso anillo a San Vicente Ferrer, que debía ir a Inglaterra: le llamaba el primer Lancaster Enrique IV; tiene la Biblia, con la cual recorre Inglaterra. En las mujeres descúbrese estudios de antiguas estatuas vestidas, el asunto exige aquí profundidad contemplativa; la Magdalena se aparece a Santa Bárbara; Santa Ana está sumida en la lectura de la Biblia. La Madonna, con San Miguel, pesan las almas. Este eleva la diestra mostrando el camino del cielo. Ella le da el niño; la leyenda le describe como especial amigo de este niño, por el cual alcanzó el puesto de lugarteniente del reino de Dios, y fue recompensado con las insignias de la balanza y del peso.

A la cabecera y a los pies de los durmientes se agrupan parejas de ángeles con blusas ajustadas a la cintura y sosteniendo escudos; puras figuras florentinas de amable seriedad infantil, que solo aquella privilegiada generación supo alcanzar. Tienen en las manos banderolas y emblemas, espada y peso. Una tercera pareja de niños desnudos flanquea el escudo a los pies de la tumba. El perfil asoma con una gran *rosa tudor* entre el dragón y el galguete.

La ornamentación está concebida en el gusto más noble del Renacimiento: obsérvense los cantos de las estrías de mármol blanco, y los fragmentos del altar desaparecido en la mesa de comunión de Deán Stanley en el Oeste.

Pero no termina con esto la ornamentación figurativa del monumento. También en los lados exteriores de la verja construída por artistas ingleses, se había pensado poner nichos góticos para estatuitas en dos filas, en los cuatro ángulos y en los paños de las dos puertas, en conjunto veinticuatro. Solo seis de estas figuras de bronce ha respetado las inclemencias del



tiempo. Estas son: un San Juan Evangelista, con el cáliz (1); San Jorge, en armadura con el dragón a sus pies; el Apóstol Santiago, de peregrino; un anciano, en cuya capa aparece una poderosa cabeza (en relieve), quizá la de San Dionisio. Estas estatuas fueron modeladas por Torrigiano, pero la ejecución no es suya; mejores son las historias.

En la patria del artista no encontramos ninguna obra paralela con el monumento de Torrigiano, en Inglaterra un *Unicum* sin relación con ningún otro anterior. Pero ¿quién no recuerda la cripta casi coetánea en el Sudeste de Francia: la iglesia de San Nicolás, en Brou; la creación de Margarita de Austria? El testamento de la hija del emperador Maximiliano está hecho en el año en que murió Enrique VII. La primera piedra de la iglesia se colocó un año antes de la terminación del contrato de Londres (1511). Y esta joya del *flamboyant* francés, también última reminiscencia de la moribunda Edad Media, puede ser comparada con la capilla de Enrique VII. Ambos templos fueron solo el estuche para el monumento funerario. Una diferencia salta a la vista: el monumento borgoñón está estilizado en armonía con el edificio, el inglés en aguda oposición. Pero esta diferencia es sólo la mitad: las formas florentinas de Torrigiano eran sólo una vestidura; el asunto era la traducción de un texto de la Edad Media, septentrional, a su idioma meridional; como San Eustaquio en París, una catedral gótica con la máscara del Renacimiento. La tumba del Duque Filiberto en el centro del coro, la figura yacente rodeada por ángeles plañideros con armas y epitafio, escudo y cuchilla, los lados de la abierta tumba, con los haces de columnas en forma de tabernáculo para las estatuitas, el mármol blanco y negro, todos estos detalles los volvemos a encontrar en el monumento del rey de Inglaterra, y en el primer proyecto de Mazzoni no

---

(1) Una reproducción de esta estatua se encuentra en la lujosa obra: *Westminster Abbey, historically described* by H. J. FEASEH, London 1899.



falta la figura del muerto en la tumba, de la cual Torrigiano prescindió luego.

El florentino se impuso en el monumento inglés como retratista; su superioridad en este punto, comparándole con todo lo demás de la Abadía, es innegable. De aquí, que su talento fuese solicitado en este sentido. Altos empleados palatinos, con los cuales él estuvo en contacto como ejecutores testamentarios, obtuvieron de su mano monumentos y retratos.

Conocido era el nicho funerario del Dr. John Yong, archivero real, antes en la capilla (*Rolls Chapel*), hoy en el Museo del archivo oficial (*Public Record Office*), en Chancery Lane, fechado en 1516. El doctor había presenciado la colocación de la primera piedra en la capilla en Westminster. Las figuras son de arcilla pintada sobre el sarcófago de piedra con la estatua yacente; aparece en la luneta el busto de Cristo entre dos querubes, que se mueven sobre nubes, disposición semejante a la que vemos en el monumento de Mateo Cividale de San Romanus, en Lucca (1490); sólo que Cristo se muestra allí de media figura, esto es, como *Ecce-Homo*. Recientemente, el Director del Wallace-Museum, Claude Phillips, descubrió allí una variante en mármol de esta cabeza de Cristo (1). También el bello marco, acabando con la rosa de Tudor está dentro de su estilo. El rostro difiere de la manera del Renacimiento en su frialdad simétrica característica; se nota la rigidez de las arrugas verticales de la frente. Esta tabla de mármol es el resto de un monumento perdido.

Se ha descubierto recientemente un medallón relieve de bronce, bordeado por el collar de un caballero de la Jarretera. Representa a una persona de nombradía de la corte de tres reyes ingleses: Sir Thomas Lovell (m. 1524), canciller y presidente de la casa municipal, para el cual Torrigiano había construido una sepultura de mármol en Holywell Nunnery. El me-

---

(1) A roundel by P. Torrigiano, by CLAUDE PHILLIPS; en *The Art Journal*, 1904, Enero.



dallón se encontraba antes sobre la puerta de su quinta de Norfolk, East Herling Manor; pasó a la colección Angerstein y recibió, finalmente, un puesto de honor sobre la condesa de Richmond, en Westminster. Un hombre astuto, un carácter muy en su puesto en la época de Ricardo III y de los dos Tudors; las profundas arrugas de las mejillas dan al perfil una expresión de desconfianza en los hombres. Su nombre no es desconocido a los lectores de *Shakespeare*. Primero, aparece en el Rey Ricardo III, muy a tiempo, si bien en rara situación para un High Steward de las Universidades de Oxford y Cambridge, en el consejo en Tower, donde el Duque de Lloster le encarga a él y a Catesby la ejecución de Lord Hastings, para lo cual les mete prisa:

Come, come, despatch; 's is bootlers to exclaim;

para después tender a Wütrich la cabeza del infeliz hidalgo.

Pero después rompió con Ricardo y fuese a Bretaña con el conde de Richmond, con el que asistió a la batalla de Bosworth. En el Rey Enrique VIII, el poeta le hace hablar de una ley suntuaria fijada en lo alto de la puerta de palacio, con descripción humorística de las modas de París; en el segundo acto se despide de otra víctima de la tiranía, el duque de Buckingham, a su paso desde la sala de justicia al calabozo (1).

El monumento de Westminster no estuvo acabado hasta el año 1518; por consiguiente, su construcción duró seis años. Pero, entretanto, el rey le solicitó para nuevos trabajos. «Lo mejor en él—dice HEINE—era su sentido de las artes plásticas y de la preferencia por lo bello nacieron quizás sus peores simpatías y antipatías.» Ojalá tuviéramos sus trazos en la interpretación de este Florentino. En el palacio de Hampton-court se ve, sobre la chimenea de la cámara de audiencias de la reina, un medallón de escayola en una tabla de Renacimien-

(1) THEODORE A. COOK, The Torrigiano Bronze. *The Monthly Review*. Agosto 1903.



to, atribuido a Torrigiano. Es un trabajo italiano no indigno de él, pero hay detalles que indican una fecha posterior. El bello óleo (núm. 269) que hay que poner después de la cédula reformadora en el año 1536, esto es, tres lustros después de la partida de Torrigiano, muestra rasgos juveniles, mientras que aquel relieve se acerca al barbudo de Holbein, tan vulgarizado en Inglaterra. También pudo tomar parte en el busto en bronce del Kensington-Museum.

El rey, por consiguiente, no dejaba en paz a su artista. Pues en relación con el altar adosado al monumento para las misas de ánimas, quería ver que la ejecución empezaba. El contrato de Marzo de 1517 señalaba el 1.º de Noviembre como término de la construcción. Estaba tan enamorado del monumento de sus padres, que no pudo resistir al deseo de asegurarse para sí y para la reina Catalina otro semejante, aunque más suntuoso; como cosa de una cuarta parte más grande. Debía estar terminado en cuatro años; el contrato de 5 de Enero de 1518 señalaba como honorarios 2.000 libras.

Para tan importantes trabajos creyó Torrigiano acrecentar sus facultades por medio de un viaje a su patria, viaje que para su porvenir había de ser fatal. Dirigió al cardenal una solicitud de licencia con el fin de hacer una recuesta de ayudantes. Tenía en perspectiva mil libras por el altar. El rey había costado esta suma a un comerciante de Lucca, fiador del artista, el cual se la iría entregando a éste en el curso del trabajo, según lo juzgase prudente. Pero después de esperar el permiso durante mucho tiempo, decidió hacer el viaje, *insalutato hospite*. Esto pareció una fuga, y así se consideró en la corte.

El caso es que Torrigiano apareció en Florencia en casa de Benvenuto, a principios de 1519. Este se excusó, pero en otra parte obtuvo mejor resultado. Han sido hallados tres contratos con escultores y pintores florentinos, fechados en Setiembre y en Octubre, por los que debían acompañarle durante cuatro años y medio en sus viajes, recibiendo el primer



año tres florines de oro mensuales, etc. Es lo notable, que estos viajes artísticos habían de extenderse también a Francia, Flandes y Alemania. Debía tener planes para después de acabar sus trabajos en Inglaterra.

A poco de desaparecer de Londres el cónsul allí residente de Florencia, Ricardo de Ricasole, dirigió un escrito a la Signoría (18 de Junio) con el fin de reprender a Torrigiano. Se estaba en la convicción de que había partido con intención de no volver y dejar sin hacer los trabajos que debía empezar.

Recientemente, MILANESE en el inagotable archivo florentino halló un documento, del cual se deduce que Torrigiano abandonó allí a una viuda, Felice de Mors, hija del florentino Piero de Mors, la que le reclamaba su dote. Debió celebrar el matrimonio, en un momento en que se complacía con la perspectiva de un porvenir asegurado en la corte de Inglaterra. ¿O quizá había tenido en el tormentoso período de 1500, la temeridad de imponerse el yugo matrimonial?

Pues no debe caber duda alguna, si bien faltan testimonios escritos de ello, de que Torrigiano volvió a Inglaterra. Uno de los artistas ajustados, el pintor Antonio, llamado Toto del Nunziata, discípulo de Ridolfo Ghirlandaio, aparece poco después de esto en Inglaterra como *sergeant painter* del rey Enrique. Y el altar es acabado en estos años (hasta 1522) en estilo italiano, con esculturas en la ornamentación de terracota y mármol que le era usual, paralelas al monumento del rey. El altar no existe ya; fue convertido, a la introducción de la Reforma, en tumba para Eduardo VI, el último Tudor, y en la época de la revolución destinado por Sir Robert Harlow. En la «Historia genealógica de los reyes de Inglaterra, de Sandford (1653), se encuentra un grabado de esta obra.

Era un altar-tabernáculo; el baldaquino de mármol blanco, de nueve pies de alto, descansando en cuatro magníficas columnas de bronce con ricas basas de mármol coloreado; la tabla del altar estaba sostenida por columnas cuadrangulares de mármol blanco, de las cuales dos se han recuperado reciente-



mente; fueron empleadas, en unión de un rico piso, por Dean Stanley en la *communion table*, construída por éste. Debajo del altar se veía la figura del Salvador, difunto, en terracotta coloreada; el retablo mostraba un relieve de la Resurrección, y a la espalda también el «Nacimiento». El baldaquino estaba coronado por las armas reales entre dos ángeles arrodillados, probablemente en terracota barnizada a lo Robia.

### El viaje a España.

Tampoco este éxito, así como el monumento en perspectiva al regente, consiguieron retener en Inglaterra a Torrigiano. Pero sobre esta segunda fuga—la última y fatal etapa en su inquieta vida—estamos completamente a oscuras respecto de la fecha del motivo y demás circunstancias, incluso de la impresión que produjera en sus protectores. No creemos que se le dejase marchar en paz. Ciertamente, nunca le fue bien entre los ingleses: los italianos en el extranjero no solían adaptarse al ambiente que les rodeaba.

Tampoco se sabe nada de la travesía, hasta que aparece en el lejano Mediodía. Pero el objeto de este viaje puede llevarnos a conjeturas sobre sus proyectos y ocasiones.

No es un salto en las tinieblas. En el viaje a Italia debió enterarse del entusiasmo del español por los monumentos de mármol en el nuevo estilo. Desde la campaña napolitana de Gonzalo de Córdoba, el italianismo estaba de moda en los generales y embajadores españoles; los encargos de estos arrogantes señores y su oro indiano habían ya puesto en conmoción a los escultores de Carrara y Génova. Domenico Fancelli de Settignano había firmado en Alcalá, en 15 de Julio de 1518, un contrato para el monumento del gran Ximénez († 15 Noviembre 1517); pero murió prematuramente en Zaragoza (21 Abril 1519). El joven rey Carlos quiso erigir a sus padres un monumento en Granada; el 15 de Febrero entraba en Barcelona.



De todo esto llegarían rumores a los oídos de Torrigiano en Florencia. Que en el curso del año 1520 se había firmado un contrato en Barcelona con un escultor español para dicho monumento, era noticia que apenas podía haber llegado a Inglaterra.

¿Cómo pudo emprender el camino hasta el otro lado de las columnas de Hércules? Probablemente, desde un puerto flamenco por el mar de Vizcaya, pasando por Lisboa. Pues desde la creación de las factorías portuguesas en Amberes (1503), era ésta una vía comercial muy activa para el Sudoeste.

No encontramos documentos de los años de Andalucía, último acto de la vida española de Torrigiano; todo hay que fundarlo en lo poco que VASARI, probablemente de círculos mercantiles de allí, pudo tomar directa o inmediatamente.

Los escritores de arte españoles del siglo xvii le citan, pero sólo con ocasión de Miguel Angel, copiando a VASARI. El mismo sevillano PACHECO, ese celoso coleccionista de las celebridades de su ciudad natal, calla sobre las obras de Torrigiano, celebradas por Vasari. Sólo posteriormente se le ha hecho justicia. Palomino, en su Museo pictórico (1724), fue el primero.

Pudiera creerse, con CEAN BERMÚDEZ, que Torrigiano se dirigió primeramente a la ciudad para la que estaba destinado el monumento imperial: Granada. Allí se enteraría a su llegada de que ya estaba ajustado. En la Capilla Real, donde se debía erigir, estaban ocupados con obras de marmolería, en 1520, dos italianos: un florentino (Francesco) y el maestro Martín de Milán (1). Si reconstruimos las circunstancias de entonces, podría creerse que conseguiría allí una posición adecuada a sus ambiciones.

Granada estaba entonces en el dintel de su apogeo; debía llegar a ser un centro del estilo plateresco. Ya en 1510, Ro-

---

(1) MANUEL GÓMEZ MORENO: *Guía de Granada*, 1893, págs. 286 y 297.



drigo de Mendoza había hecho una leva de lombardos en Génova para la decoración de su palacio Calahorra en Sierra Nevada. Pocos años después (1525), aparece allí Diego de Siloe, el maestro de la Catedral, la primera iglesia española del nuevo estilo. Pero lo que se ha atribuido a Torrigiano en época anterior a ésta, como, por ejemplo, la estatua de la Caridad sobre la puerta de la sala capitular, no ha resistido a la crítica.

Estos compatriotas que allí encontrara, quizá le aconsejaran que se trasladara a Sevilla, la más rica ciudad de España, puerto del comercio trasatlántico. Y el consejo no era sino excelente.

Hombres como él eran recibidos allí con los brazos abiertos. Había una colonia de italianos, especialmente de banqueros y comerciantes florentinos; la calle al Norte de la Catedral se llama todavía *calle de Italianos*.

En este templo estaba hacía años empleado un interesante florentino llamado Miguel. Solicitado primeramente para el sepulcro del obispo Diego de Mendoza (muerto en 1503), tenía entre manos entonces (1519) las esculturas de la puerta del Norte, magnífico resto de la antigua Mezquita. Allí se ve de él una Anunciación, a sus lados dos imponentes estatuas de los apóstoles Pedro y Pablo, y un relieve muy movido, la Purificación del templo, en terracotta.

Torrighiano pronto advertiría que la demanda de obras del arte que él cultivaba era más viva y abundante que en Inglaterra, donde los fundadores no salían del círculo de la corte. Pero la dirección era otra. La iglesia española había cultivado siempre celosamente la plástica, allí donde era vista más como ocupación de la fantasía religiosa, que como satisfacción de vanidosos pruritos de aficionados. De aquí que se prefiriese la arcilla y la madera, que permitían crear en poco tiempo abundante número de obras de gran poder expresivo. Ahora bien, la especialidad de Torrigiano era la terracotta.

VASARI habla de muchas obras de Torrigiano, disemina-



das aquí y allá, obras que se han buscado desde el siglo XVIII, especialmente en el Convento de Jerónimos del Guadalquivir (fundado en 1414). Para este extenso, rico e importante *Convento* de Buena-Vista hizo tres obras: un Crucifijo, un San Jerónimo y una Madonna. Según esto, parece que pasó en el retiro de aquella santa casa, con sus numerosos patios, algunos años de trabajo feliz. Asilo envidiable, donde se perdía la mirada sobre un bosque de limoneros y cipreses, se dominaba la ciudad hasta tropezar con la Catedral. Es una ruina desde 1843.

El San Jerónimo ha conservado allí vivo su recuerdo. Interesaba a los artistas por la profunda ciencia anatómica que revelaba, allí donde hasta el siglo XVII no hubo escuela alguna de arte, servía de academia para el estudio del desnudo. Goya se expresó en un viaje a Andalucía, con entusiasmo sobre esta figura de arcilla. Dos veces la visitó, permaneciendo una hora estudiándola y declaróla, en conversación con Cean Bermúdez, como la mejor escultura española moderna. Los frailes tenían este su tesoro al lado del altar, en una gruta de roca adornada con árboles y pájaros. Después la construyeron un tabernáculo de caoba con su cúpula sobre columnas; debía poder ser vista por todos lados, pues por todos daba buena perspectiva. Los franceses lo trasladaron al Alcázar.

Es la figura del penitente, ya tratada por Leonardo con la cruz de ramas en la izquierda y una piedra en la diestra, con que se golpea; sin embargo, la acción es menos viva que en Leonardo. Tampoco nos muestra al penitente padre de la Iglesia como suele representársele, en la extrema senilidad: es una cabeza noble, descarnada, adornada con luengas barbas; la severa musculatura sin contorsiones ni sequedad adecuada a las funciones propias de la actitud. El rostro, lleno de vida, que parece un retrato (en los ojos sin brillo se puede leer la gravedad de la contemplación o ensoñación), edificaba a los frailes; el brío plástico, los bien calculados contrastes, la sabia armonía de forma y movimiento, fue para los hombres del oficio



una revelación. VASARI cuenta que había servido de modelo un viejo *dispensiero* de la casa florentina Botti.

Aún más sensación parece haber hecho en su tiempo el Crucifijo de Terracotta que VASARI denomina la más admirable obra de toda España, y que PALOMINO aún vió. La reprodujo para Buena Vista, pero los dos se han perdido.

Por el contrario, ha aparecido recientemente una Madonna en terracotta pintada, que está hoy en el Museo al lado de San Jerónimo. Los escritores españoles del siglo XVIII no la conocían, pero desde su publicación en el *Museo Español de Antigüedades*, tomo IV, 1875, ha despertado en todas partes la atención hacia el maestro. A HERMAN GRIMM le hacía la impresión de una «muy viva obra que recordaba las creaciones de Miguel Angel» (1). La posición, sentada de frente con la mirada perdida, recuerda a la Madonna de Brujas (2). Parece mirar a los fieles con expresión de clemencia; pero en realidad mira al Niño Jesús al que enseña una pequeña esfera (mismo modelo del mundo); el niño la mira atentamente pero sin tender la mano hacia ella.

Un crítico ha elevado contra la paternidad de esta obra, la objeción algo anodina de que había entonces en España no pocos escultores de primer orden a los cuales se pudiera atribuir. Pero el que haya visto las Vírgenes de aquel tiempo de Pedro Millán y las posteriores de Montañés, no se le escapará el sello exótico de aquel grupo. Todas ellas tienen un sello de solemnidad hasta la seriedad melancólica, al lado de la cual choca la especial frialdad y la característica de los asuntos de las obras italianas, si bien el tipo indica un modelo indígena, como

(1) En 1756, la vió el viajero italiano Norberto Caimo; de ella dice: «Un eccellente statua di S. Girolamo, formata di terra cotta dal grand emulo del Buonarota Torrigiano. Da qualunque lato rimirasi quella, si rimane quasi estático. Le ttere d'un Vago italiano. Tomo III. Pittburgo, 1764, página 125.

(2) Louis Biardot tuvo la ocurrencia de que la Madonna de Bruigs pudiera ser de Torrigiano. Musée d'Espagne. París, 1843, p. 323.



puede comprobarse en los ojos grandes, los altos arcos de las cejas; la boca pequeña y la barbilla fina. En España es cosa inusitada una Virgen con los pies calzados y el pie izquierdo sobre dos almohadones. El niño con el cabello cortado al rape, en vez de los tirabuzones, es típico. Si hay detalles del realismo florentino, se reconoce también algunos rasgos de sus obras de Londres como la manera más convencional del peinado en los pliegues del borde del vestido, etc. También las bellas manos de la Virgen, recuerdan las de las efigies de los reyes en Westminster. La duda sobre esta estatua, es un ejemplo del tan frecuente escepticismo indocto.

De esta Madonna existe una réplica en mármol de Carrara, cuyo origen está aún completamente rodeado de tinieblas. Está en la iglesia de la Universidad (*Casa profesa*), en un pilar a la derecha del Presbiterio, probablemente desde el siglo pasado, como alguna de las obras meritísimas salvadas del desamparo de la exclaustación en aquel asilo cinquecentista, por el canónigo López Cepero. Espíritu y técnica nos indican un autor italiano. En la nobleza de las líneas, en el carácter casi infantil de la Virgen, nos parece la fina cabeza más propia de una imagen de la Virgen que el original demasiado realista; si bien es una copia, tiene más unidad, parece más de una vez que la Terracotta siempre un poco dura.

### **El busto de la Emperatriz.**

También en Sevilla fue donde ejecutó una obra, esta vez no eclesiástica, un retrato imperial. Ha desaparecido, pero nos da para su biografía el dato de que estuvo en relación con el emperador Carlos V. Quizá su último trabajo fue el busto de la joven emperatriz Isabel, hija de Manuel, rey de Portugal, y de María de Castilla (nac. en Lisboa el 24 de Octubre de 1503). Sábese esto por el único autor contemporáneo que, fuera de aquellos tres florentinos, pensó en Torrigiano, FRANCISCO D'HOLANDA, muy conocido por la conversación con Miguel



Angel. «*Il fit en argile le portrait de l'Imperatrice, que Dieu ait en sainte gloire.*»

Este viajero portugués había reunido una lista de los primeros, de los corifeos en las artes, fundada en sus observaciones en Italia y España. El conde RACZYNSKI los trae traducidos del francés en su libro (pág. 56). Francisco los llama «Aguilas», término de su propia inventiva, «porque todos ellos dejaban muy atrás a los otros, y por las nubes penetraban hasta el sol.» A menudo cita sólo a un águila, cuando son varios los clasifica; cita también sus obras maestras como testimonio. Allí aparece también Torrigiano, y por cierto, sólo como águila en la terracotta *plástica*. En este género, nuestro portugués era competente; su carrera la había empezado como modelador de arcilla.

La noticia de FRANCISCO debía parecer discutible. Porque el matrimonio del emperador con la princesa se verificó en el año 1526. Ahora bien; según la creencia más generalizada entonces, Torrigiano había muerto ya en 1522. Por otro lado, no parecía probable que FRANCISCO se hubiese equivocado, pues estaba en condiciones de conocer el asunto perfectamente. Nacido y educado en la corte portuguesa, su padre fue un célebre miniaturista y oficial de Heraldos. El mismo se educó en casa del infante D. Fernando (1497). Y cuando en 1537 adquirió importancia, visitó en Valladolid a la Emperatriz, allí residente, a la que tenía que entregar cartas de su cuñada Leonor, la hermana de Carlos, y tercera esposa de Manuel. La dió el encargo de que robase (*de furtado*) en Barcelona un retrato del Emperador, y se lo llevara.

La única manera posible de deshacer aquella contradicción cronológica, es pensar que hizo el busto de Isabel siendo ésta infanta, y que fuese a Lisboa en 1519 en su travesía de Inglaterra o Flandes a España. Pero se sabe desde 1879 que Torrigiano vivió en Sevilla hasta el año 1528. Pero después presenció la entrada y el casamiento del Emperador que se celebró allí en 1526 con inusitada pompa. El 10 de Marzo bendijo



el Legado pontificio, Cardenal Salviati, a los novios en la iglesia. Los recién casados permanecieron allí hasta el 18 de Mayo. A la entrada de Isabel el 3 de Marzo se habían construido siete arcos triunfales, en los que Torrigiano colaboró.

¡Cuán otra hubiera sido su vida si hubiera tenido la suerte o la habilidad de atraer sobre sí la atención de Carlos V! Podía haberle hablado de su hermana Catalina y de su perverso cuñado. Carlos podía haberle llevado a Granada, adonde quería comer el pan de boda. El encanto de la Alhambra se apoderaría de él; resolvió construir allí su palacio en estilo italiano: fue el primer palacio Renacimiento español. Carlos V tenía debilidad por los italianos, de cuya inteligencia política tenía grandes pruebas. Recuérdese que más tarde llamó a su corte a otro escultor toscano: León Leoni de Arezo, que por cierto tenía también un pasado algo obscuro. Fue condenado por el Papa, a consecuencia de un delito, a la pérdida de la mano derecha; con esta mano, pasto luego del verdugo, hizo las incomparables figuras de bronce del Emperador y de los suyos, hoy joyas del Museo del Prado.

Del busto de la Emperatriz no hay huella hasta el día, ni siquiera se ha encontrado una mención en los inventarios; debió quedar con las cosas del Emperador en España. No debió ser, en verdad, ningún trabajo vulgar, puesto que su impresión sobre FRANCISCO hizo a éste colocar a Torrigiano entre las «águilas».

### La catástrofe.

Es de suponer que el artista, frisando ya en los cincuenta, después de sus años de la nebulosa Albión, considerase la soleada Andalucía como término de su peregrinación. Sus obras despertaban admiración y hasta entusiasmo; estaban dentro de la tendencia nacional de escultura policroma que después floreció en Sevilla. Halló en la rica y prestigiosa orden un asilo. Las ciudades españolas amenazaban abarrotarse con obras



de estilo plateresco; las obras lombardas de los Apriles y los Gazini despertaban emulación; una década más por este camino, y la Historia hubiera unido su nombre al de aquellos misioneros del Renacimiento: Berruguete, Silva, Vigarni. Pero se movía en un terreno más peligroso que el de Londres en tiempo de Enrique VIII y el de Roma en tiempo de los Borgia.

Una estatua de la Virgen fue ocasión de que un señor principal quisiera tener una réplica de la obra. VASARI le llama el *Duca d'Arcus*. Efectivamente, en la historia de la ciudad aparece un grande con este título, Don Rodrigo de la casa de Ponce de León; era Alcalde mayor, se presentó como Procurador de la ciudad en las Cortes de Palencia (1523), donde aparecía por primera vez el joven rey Carlos, y en la festividad de su entrada se le ve en primera línea. Este ofrece una recompensa, lo bastante crecida para asegurar la independencia del artista. La estatua es concluída, y al punto llegan dos enviados con sacos, conduciendo el metal prometido. Pero en vez de oro y plata salen de los sacos maravedís de cobre (136 una peseta); para un florentino la suma equivalía apenas a unos treinta ducados.

Indignado por la estafa, vuelve el artista al mármol, y con un martillo rompe, destruye su obra. Tales veleidades no son raras en las crónicas del arte. Donatello hizo en cierta ocasión algo semejante cuando un genovés se atrevió a regatear el precio de un trabajo suyo. En presencia del viejo Cosimo, que trataba de encontrar un arreglo, tiró un busto de bronce, el trabajo de todo un año, desde las almenas del palacio de Médicis a la calle. Esta vez la conclusión fue más grave. El Duque se puso fuera de sí al verse privado de su bella estatua y manchado con el estigma de estafador. Vengóse tan cruel como cobardemente, denunciando al artista a la Inquisición por haber profanado una imagen sagrada. El concepto de herejía era en aquellos tribunales de la fe bastante amplio. No es verosímil suponer una acusación de protestantismo por su proce-



dencia inglesa, porque aún no se habían iniciado las veleidades reformadoras de Enrique VIII; no empezaron hasta la caída de Wolsey (1529). Préndese, pues, al italiano, se le conduce de un juez a otro, y la pena capital aparece en perspectiva; entonces resuelve substraerse a la horripilante farsa del auto de fe, y termina dejándose morir de hambre en la cárcel de Triana.

La veracidad de esta historia se funda exclusivamente en la autoridad no infalible del gran narrador VASARI. Las dudas en su verosimilitud se han suscitado por españoles como ANTONIO PONZ y CEAN BERMUDEZ. Las razones que movían a éstos para poner en duda los hechos relatados son claras: consideraban el caso como una vergüenza nacional. PALOMINO, el cual cree a VASARI, oculta el nombre del «noble», «porque era español». Hace apelación a la notoria liberalidad de los grandes de entonces que abrieron el camino a la introducción del Renacimiento. Hacen notar algunas inverosimilitudes como la de que se necesitasen dos portadores para llevar treinta ducados en maravedís. Este detalle recuerda la leyenda del Correggio. PONZ cree que su pérdida tuvo por causa una grave ofensa al Duque. LLORENTE, que compuso un libro sobre la Inquisición española directamente de las actas de su archivos (que después fue destruído), no encontró ningún proceso contra Torrigiano.

El núcleo de la historia de la estatua rota parece positivo. Por los círculos de artistas circularon durante siglos los fragmentos de mármol, un seno con una mano de mujer, *la mano de la teta* (1), hoy en la Academia; en taller se enseñaban la cabeza de la Madre y del Niño. Aquella admirable mano recordóme otra vez las manos de los reyes de Inglaterra.

Por lo demás, es poco verosímil que en tiempos tan claros, en un centro de comercio internacional, en vida de aquel Duque un relato como éste, de ser fabuloso, fuera acogido, y

---

(1) En castellano en el original.



corriera sin contradicción. Precisamente se nota en aquellos años un *apogeo* (1) en la actividad del Santo Oficio. En 1524 fue colocada en el castillo de Triana, residencia del Tribunal, una tabla que encomiaba sus beneficiosos resultados desde su creación por Fernando e Isabel (1481): 20.000 habían abjurado de la herejía, 1.000 habían sido entregados al suplicio.

Esto sucedía en el otoño de 1528.

\*  
\* \*

Así terminó el florentino Pedro Torrigiano, a los cincuenta y seis años de edad, lejos de su patria, abandonado de la ayuda de los hombres y privado de su simpatía, por su propia voluntad.

De nuevo, un arrebató había atraído sobre él el último infortunio como atrajo el primero. ¡Hijastro de la dicha! ¡Oh fuerza de un destino infeliz! (2) dice Palomino, terminando con estas palabras su biografía.

A muchos extrañará que compare a Torrigiano con Miguel Angel. Mas ¿no tuvo el mismo destino el capricho de tocarlos con cierta semejanza? El destino los formó escultores en uno de sus caprichos de generosidad, reuniéndolos en el comienzo de su vida en la aurora de los más espléndidos días del arte italiano. Felices los otros si no se hubieran conocido. Siendo profundamente desemejantes, se parecían en su carácter impulsivo en el peligro de equivocarse por faltas de medida.

El más grande de los dos fue un misántropo melancólico, amigo de la soledad; en la poesía, en el pensamiento y en el cincel; terrible cuando se desataba su lengua; pero una vez zanjada la disputa, inclinado a las resoluciones rápidas, poco a propósito para dominar a los hombres y las situaciones. En su carrera, a menudo enigmática, se encuentran los esfuerzos

---

(1) En español en el original.

(2) En castellano en el original.



infecundos de un Prometeo; pero también un poderoso natural ante las circunstancias y los objetos, ante los señores y los criados, ante el carácter y el material de sus obras.

El otro, bien armado, física y psicológicamente para la lucha de la vida, resuelto, pero incapaz de medida, crecíase ante los asuntos y las situaciones difíciles, se adaptaba a los medios más diferentes y conseguía admiradores en todos los pueblos.

Realmente, no se ha tratado de medir las grandes proporciones de sus talentos. Bounarroti, desde el principio, favorito de los poderosos, disfrutaba de su confianza absoluta, jactándose de su indulgencia, y obtenía encargos con exceso en los primeros lugares de Italia, encontrando ocasión de manifestar su grandeza en los más variados y elevados asuntos. Torrigiano, arrojado aún de aprendiz de la patria de las musas, llegando solo a los cuarenta años, y tras largos viajes, a disponer de elementos para sus grandes trabajos en un país casi ayuno del arte italiano. Y luego no dispuso más de dos décadas para su actividad creadora, mientras que el otro siguió en el yunque hasta el último límite de la edad creadora.

También Miguel Angel tuvo desgracia con dos de sus obras principales; pero ¿qué es la ejecución azarosa de alguna obra, aun cuando fuese ajena a la culpa del autor, al lado del naufragio de toda una vida? No conocemos destino más trágico en artista alguno.

El acaso deparó a los dos un monumento principesco en el primer templo de dos capitales, y Torrigiano terminó el suyo en el mismo año de 1518, en que Miguel Angel en Roma, después de catorce años de trabajo, en aquella fatal audiencia ante Su Santidad, el Médicis sellaba el hundimiento del monumento de Julio, su más audaz poesía escultórica, emprendiendo la fachada de San Lorenzo. Esto parece casi como una satisfacción, como un triunfo deparado por el acaso. Como muchos, es aquél lanzado al extranjero, donde otros retroceden, se embastecen, caen en una manera vacua. Este encuentra su arte en seguida, a pesar de todas las perturbaciones e interrup-



ciones, aun en el esquivo ambiente de España y de Inglaterra.

Erige un monumento nacional en la capilla gótica del reino británico, no emancipado aún del ambiente medioeval, y en este monumento consagra allí el arte renaciente. Nadie descubrirá en él los resabios o las reminiscencias de una vida aventurera. Aquel carácter impetuoso realiza obras que, por cierto, exigen una fría observación. Un retrasado del *cuattrocento* Florentino tiene algo del universalismo de esta era: es arquitecto y adornista, quizá también pintor, cultiva todas las ramas de la grande y pequeña escultura, la terracotta, el bronce, el mármol. Y al lado de una fuerza y verdad naturalistas, medula de su carácter, es peculiar en él un delicado sentido de la forma, el sentimiento de la belleza, aunque en algunos trabajos de poca monta se contentó con cierta estilización monótona.

Por el contrario, obsérvese la genial unilateralidad del otro. Siempre rechazó el retrato. Sólo trabajaba a gusto el mármol. Al pasar de los años de aprendizaje, empieza ya su lucha con la dificultad de terminar. Sólo puede resolver los problemas violentando su manera propia. Su arte, aun el ornamental, está limitado al cuerpo humano.

En verdad que el destierro perpetuo fue para Torrigiano una fatalidad. Quedó al otro lado de la línea, en donde empieza la sobresaliente grandeza de Miguel Angel: en la creación de una humanidad propia, de un nuevo mundo. Ante sus revelaciones sacaremos esta consecuencia: Torrigiano tiene poco que decirnos. Aquí cesa toda comparación; Miguel Angel pertenece a otro orden más alto en la gloriosa jerarquía de los mortales creadores.

CARLOS JUSTI



# PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

---

## PRÓLOGO

Hoy en que la ficción se presenta bajo formas tan ingeniosas y verosímiles, tal vez es necesario decir que el relato que sigue es, en cuanto le ha sido posible al autor, atento hasta la minucia, escrupulosamente exacto. Si no fuera exacto en el estricto sentido de la palabra, su publicación sería burlarse de quienes pudieran sentir la tentación de leerlo. Se les ofrece como un documento, como el testimonio escrito de condiciones, de educación y vida religiosa que han desaparecido para no volver nunca. En este concepto, es de esperar que este libro, diagnóstico de un puritanismo expirante, no carecerá de enjundia.

Ofrece también subsidiariamente el estudio del desarrollo de las ideas morales e intelectuales, durante el primer período de la infancia. Estas han sido anotadas con tanta fidelidad como conciencia, y podrán tener algún valor a causa de las condiciones extraordinarias en que se han producido. El autor ha observado que los que han relatado los acontecimientos de su infancia, han diferido redactarlas hasta el momento en que la edad ha debilitado la limpidez de sus recuerdos. Otro defec-



to, quizá más habitual aún de estas especies de biografías, es que son sentimentales y están falsificadas por la admiración y la piedad que el escritor experimenta por sí mismo. El autor de estos recuerdos ha pensado que de emprender el examen de sus tiernos años, debía hacerlo mientras que su memoria permanezca todavía perfectamente intacta, y antes de que hayan apelado a su juicio las influencias de la vejez.

Solamente en un punto se aparta el relato de la absoluta exactitud. Salvo error, a excepción del hijo, una sola de las personas mencionadas en este libro vive aún. No obstante, ha parecido preferible, para evitar todo lo que pudiera parecer una falta de miramientos, cambiar los nombres de varias de las personas de que se trata.

Es raro que la historia de una lucha completamente espiritual, mezcle lo divertido con la ironía y la discusión de los más graves asuntos. La cosa, sin embargo, ha sido aquí inevitable. La mayor parte de los libros cómicos, cierto es, se esfuerzan en ser divertidos desde el principio hasta el fin, mientras que la teología se avergüenza de despertar siquiera una sonrisa. Pero la vida no es así, y este libro carece de valor si no es realmente un trozo de vida. La situación descrita aquí ofrece una mezcla extraordinaria de cómico y de trágico, y es inútil explicar a los que sientan todo lo patético, que esta comedia aparente oculta una verdadera tragedia.

## CAPITULO PRIMERO

Este libro es el relato de una lucha entre dos temperamentos, dos conciencias y casi dos épocas. Concluye, como era inevitable, con una ruptura. De los dos seres humanos de que se trata, el uno estaba destinado a seguir una marcha retrógrada; el otro no podía evitar el ser arrastrado hacia delante. Llegó un momento en que no hablaban ya el mismo lenguaje, en que no compartían las mismas esperanzas y no les sostenían las



mismas aspiraciones. El que vive tiene, por lo menos, el consuelo de pensar que, hasta el fin, se conservaron mutuamente sentimientos de respeto y una melancólica indulgencia.

Su afección recíproca se vió asaltada por fuerzas, a cuyo lado no son nada los cambios producidos por la enfermedad, la ausencia, los reveses de fortuna. Es una dolorosa satisfacción el que ambos fueron capaces de obedecer a la ley que manda honrar y mantener los lazos estrechos de la familia. Si así no hubiera sido, no se habría contado nunca esta historia.

La lucha empezó temprano, pero no evidentemente desde la primera infancia. Para dar a conocer a mis lectores las condiciones de vida, bastante extraordinarias, de estas dos personas, y dar una idea de sus temperamentos, que eran tal vez radicalmente opuestos, es necesario contar desde luego con toda sinceridad e independencia lo que yo puedo recordar, añadiendo algunos detalles que debo, como se verá, a tradiciones de familia.

Pobres, pero de buena cepa, mis padres no eran ya jóvenes; vivían aislados, y mostraban una sensibilidad extrema y altiva, de la que no se daban cuenta. Pertenecían a lo que se llama la clase media, y, otro parecido más entre ellos, ambos descendían de familias que, después de haber gozado de mucha holgura en el siglo XVIII, habían disipado poco a poco su fortuna. En las dos casas, este declinar del dinero fue acarreado por una disminución de energía moral. En la familia de mi padre fue lento el caso; en la de mi madre fue muy rápido. Mi abuelo materno, nacido en la opulencia, compró, en los primeros años del siglo XIX, en seguida de casarse, una finca en el Norte del país de Gales, en las pendientes del Snowdon. Parece que allí llevó un tren ridículo; sostenía una jauría y daba fiestas extravagantes. Tenía una mujer que le animaba a esta vida de disipación, y tres hijos: mi madre y sus dos hermanos. Hay que decir, en elogio de mi abuelo, que se dedicó mucho a la educación de sus hijos, proclamándose discípulo de Rousseau. No hubo de seguir, sin embargo, con mucha fide-



dad los principios del *Emilio*, porque puso a su hija, desde los primeros años, profesores que la enseñaron las cosas prohibidas por Rousseau: la historia, la literatura y las lenguas extranjeras.

Mi madre era su favorita, y, en su vanidad paterna, se esforzó cuanto pudo en hacer de ella una sabihonda. Leía el griego, el latín y hasta un poco de hebreo; y, lo que era más importante, se ejercitó su espíritu en desarrollarse por sí mismo. Pero sobre las cuestiones esenciales, mi madre tenía ideas diametralmente opuestas a las de sus padres, harto acomodaticias, demasiado amigos del lujo y de los goces de la vida. En unas notas íntimas que escribió ella al llegar a los treinta años, hace esta observación: «No me acuerdo del tiempo en que no amaba yo la religión.» Más adelante se sirve de frases más expresivas todavía: «Si he de datar mi conversión cuando, por primera vez, deseé y busqué la santificación, tengo que volver a mi niñez; si he de retrasarla hasta mi último pecado voluntario, apenas ha comenzado.» La vida consagrada a los placeres que llevaban sus padres causábale un profundo disgusto, como ocurría en otras muchas jóvenes en aquellos tiempos del despertar general de la conciencia; y cuando mi abuelo, que continuó con sus desenfrenados gastos hasta la ruina completa, se vió obligado a vender su finca y a vivir en la mayor indigencia, mi madre fue la única persona de la familia que no lamentó tal cambio. En cuanto a mí, creo que hubiera querido a mi vituperado abuelo materno, aunque su conducta fuera ciertamente poco discreta. Murió él a los ochenta años, cuando yo no tenía más que nueve meses.

Por una curiosa coincidencia, la vida llevó a mis padres, por caminos semejantes, a una concepción idéntica de la vida religiosa. Mi madre, que tuvo por punto de partida la Iglesia anglicana, mi padre la Iglesia wesleyana, habían llegado, casi sin consejos, tras diversos ensayos teológicos, precisamente a la misma actitud frente a las diferentes Iglesias protestantes. Dentro de los límites en que las sectas se hallaban de acuerdo



con mis padres, las sectas eran luminosas; en todos aquellos puntos en que se alejaban de ellos, deslizábanse más o menos definitivamente en una penumbra cuya responsabilidad les incumbía, en tinieblas religiosas a las que mis padres no querían seguir. Así, por una selección razonada, mi padre y mi madre, sin violencia, se habían encontrado gradualmente fuera de todas las comuniones protestantes y se encontraban solamente con un cierto número de calvinistas, extremados como ellos, en puntos que casi se podrían llamar negativos, sin sacerdotes, sin ritual, sin fiestas religiosas, ningún ornamento, fuera el que fuese; nada más que la comunión y la explicación de las Sagradas Escrituras unían hasta cierto punto a aquellos espíritus austeros. Llamábanse ellos mismos sencillamente los *Hermanos*, y la gente les daba el nombre más largo de *Hermanos de Plymouth*.

La casualidad y la similitud de ideas juntaron a mis padres en las reuniones de Hermanos. Ambos estaban solos, ambos eran pobres, ambos absolutos y decididos en su independencia intelectual. Mi padre tenía cerca de treinta y ocho años, mi madre más de cuarenta y dos cuando se casaron. Desde un cuarto amueblado de las afueras, llevóla él directamente a la casita de su madre, en el Nordeste de Nápoles, sin un solo día de luna de miel. Mi padre era zoólogo y escritor de libros sobre historia natural; mi madre escribía también y había ya publicado dos tomitos de poesías religiosas, el primero de los cuales, no sé cómo, tuvo cierto buen éxito, porque obtuvo una segunda edición. Más adelante consagró su pluma a obras populares de edificación. No hay palabras para expresar hasta qué punto eran diferentes, en sus miras, en sus costumbres, en sus ambiciones, a los escritores de nuestros días. Ninguno de los dos conocía la literatura corriente, ni se interesaba por sus manifestaciones. Para ambos, no había habido poetas desde Byron, y ninguno de los dos había leído una sola novela de aventuras desde los tiempos lejanos en que se sumían en las novelas de Walter Scott a medida que iban apareciendo. Con-



sideraban las diferentes formas de la literatura imaginativa o científica únicamente como medios de perfeccionamiento moral que habían de tener al estudiante alejado del mundo, poner en juego todas sus facultades y permitirle ganarse la vida. Pero no hallaban verdadero placer sino en la palabra de Dios y en las discusiones sin fin sobre la Biblia, a las que tenían la costumbre de consagrarse en cuanto habían terminado el trabajo del día.

En este raro hogar, la venida de un hijo no fue aceptada con alegría, sino soportada con resignación. El acontecimiento se encuentra así consignado en el diario de mi padre:

«Ha dado a luz un hijo. He recibido la golondrina verde de Jamaica.»

Esta nota ha divertido a muchas personas; parece indicar que le interesaba tanto el pájaro como el hijo. Pero no es cosa que se deduzca necesariamente, y la tal fórmula prueba sobre todo la exactitud meticulosa de mi padre. La golondrina llegó después en el día, y el primer visitante fue inscrito primero. Mi padre lo hacía todo escrupulosamente.

Mucho tiempo después me contó que mi madre sufrió mucho en mi nacimiento y que, como yo no había dado ningún grito, me creyeron muerto. Me dejaron al descuido en otra cama de la habitación, y todos los cuidados y atenciones se concentraron en mi madre. Una vieja que, por casualidad, estaba desocupada, se acordó de mí y se esforzó en volverme a la vida. Lo consiguió, y el médico la felicitó después por su habilidad. Mi padre, cuando me contó la historia, no podía acordarse del nombre de la que me había salvado. Hubiera deseado vehementemente saber quién fue; ensalzo y bendigo con todo mi corazón a esa dama desconocida, a la que debo el conocer el embriagador encanto de la vida, sus agitaciones, sus deseos inquietos, sus placeres múltiples y hasta sus penas y sufrimientos.

Mi madre estuvo seis semanas sin poder salir de su cuarto. El día en que salió fue solemne, y constituyó una especie de



presentación en el templo. El Sr. Balfour, estimado individuo de nuestra Congregación, celebró un servicio íntimo en nuestra sala y «oró para que el niño perteneciese para siempre al Señor». Fue el primer acto de una *consagración* que mis padres no olvidaron nunca, y cuyos resultados relatarán las páginas que van a seguir. Echaron así sobre mi espíritu débil y todavía inconsciente un ropaje brillante, un velo ligero, pero impermeable, que debía, así lo esperaban, «preservarme de las manchas del mundo».

Hasta entonces, la madre de mi padre había vivido en la casa y llevado todo el peso de la misma. Consintió entonces en dejarnos. Hay que reconocer que su marcha fue un alivio para mi madre, porque mi abuela paterna era una mujer enérgica e imperiosa subida de colores, colérica y práctica, para la que no existían los intereses intelectuales. Su nuera, dulce de maneras, de aspecto etéreo, y cuyo pelo dorado y delicado cutis contrastaban raramente, sin duda, con sus mejillas rubicundas y sus bucles negros, poseía, sin embargo, una voluntad tan resistente como el acero. Entendiéronse mucho mejor viviendo separadas. Mi abuela se instaló cerca de nosotros, en una casa soleada, en donde vivía rodeada de sus tesoros de familia: algunos muebles del siglo XVIII, miniaturas y brillantes porcelanas puestas en estantes.

Entregado a los solos cuidados de mi madre, me convertí en objeto de su solicitud; pero a esos felices instintos maternos que sostienen la fuerza y la paciencia de toda verdadera madre, y que se notaban siempre presentes en ella, se mezclaban ciertas resoluciones espirituales que pocas veces se encuentran. Tienen, cierto es, una vaga relación con las de muchas madres piadosas, pero son pocas las madres que persiguen su fin en todos sus detalles con una voluntad tan firme. Me lo han revelado sus notas íntimas consignadas en un librito; notas que hoy, a casi sesenta años de distancia, las ven por primera vez ojos que no son los suyos. He aquí lo que ella escribía cuando yo tenía dos meses:



«Se lo hemos dado al Señor, y confiamos en que si llega a la edad de hombre, el Todopoderoso manifestará claramente que le ha elegido por suyo. Si el Señor nos lo quita pronto, no dudaremos de que se lo ha llevado consigo. Sin embargo, si le place al Señor llevárselo, espero que nos evitará el dolor de verle largo tiempo enfermo, presa de largos sufrimientos. Pero en esto, como en todo, su voluntad vale más que cuanto pudiéramos elegir. Que la vida de nuestro hijo sea larga o no, ya ha sido una bendición para nosotros y para los Santos, induciéndonos a orar mucho y acarreándonos numerosas dificultades y algunas pruebas.»

Esta última frase es quizá un poco oscura. A mis lectores les sorprenderá y les intrigará tal vez como a mí saber de qué manera, a una edad tan tierna, puede ser una bendición para los «Santos». Dábase este nombre a los «Amigos» que se reunían todos los domingos para la santa comunión, y varias veces por semana para orar y comentar las Escrituras en la salita alquilada de Hackney que frecuentaban mis padres. Supongo que mi solemne consagración al Señor, repetida en público, en brazos de mi madre, como no era una ceremonia prescrita y habitual entre los Hermanos, despertó cierta curiosidad, y un fervor especial en los servicios subsiguientes o, por lo menos, que el corazón amante y prevenido de mi madre se lo imaginó. Sin embargo ella, que había vivido tan aislada, pretextó los cuidados que tenía que dar a su hijo para vivir más que nunca en el retiro y el silencio. Ya no encontraba apoyo espiritual y simpatía intelectual entre las personas piadosas que se reunían en la *Sala*; así designaban a nuestra modesta capilla. Escribió:

«No creo que aumentará mi felicidad vivir en medio de los santos de Hackesey. Estoy decidida a consagrarme por completo al niño este invierno, y a no aceptar invitación alguna; iré los domingos que pueda a las reuniones de la mañana e iré a ver a mi madre.»

Llevó desde entonces una vida extremadamente monótona;



pero parece haber sido feliz. Pasaba los días cuidándome y aleccionando a una sola criada. Mi padre estaba siempre en su despacho, dibujando, disecando, sentado, sin duda, ya entonces como me acostumbé a verle más adelante, completamente inmóvil, mirando por el microscopio, veinte minutos seguidos. Así pasaba la mayor parte de los días de la semana; los domingos predicaba, por lo general, uno o dos sermones improvisados. Sus trabajos de los días laborables se vieron recompensados con los elogios del mundo sabio, que le importaban muy poco, y con cortas cantidades de dinero, que le eran mucho más necesarias. Por lo menos, durante los tres años siguientes a su boda, mis padres no salieron de Londres un solo día, porque no podían permitirse los menores gastos de viaje. Apenas si recibían algunas visitas; no comían nunca fuera de su casa, ni pasaban nunca una velada con relaciones sociales. Después de comer, discutían teología, leían juntos o traducían libros científicos franceses o alemanes. Esto debía de ser una vida terrible de privaciones y de labor dura. No hay duda alguna de que era mala desde el punto de vista higiénico; pero no por ello dejaban de experimentar mis padres una satisfacción completa y sincera. Durante este año, que fue uno de los más difíciles desde el punto de vista pecuniario (yo tenía entonces un año); se trató por mis padres de salir de Londres. Mi madre escribió en sus notas íntimas:

«Somos felices y estamos contentos, porque poseemos todo lo que es necesario y agradable, y nuestra casa está santificada por nosotros con dulces asociaciones. Vivimos solos y gozamos de nuestra compañía mutua. Si nos mudamos, no estaremos ya solos. Quizá sería mejor para el niño, porque estaríamos más en el campo. Yo no deseo tener que elegir, porque como no sé lo que nos convendría más, y Dios lo sabe, deseo entregarme por completo a su decisión; si no es su voluntad que nos mudemos, suscitará objeciones y dificultades; si, por el contrario, lo quiere, infundirá en el corazón de Enrique (mi padre) el vivo deseo de tomar esta resolución, y entonces,



cualquiera que sea el resultado, dejemos todo en sus manos y no lo sintamos.»

Ninguno de los que conozcan el corazón humano tomará esta actitud resignada por una falta de decisión. No es debilidad de carácter, sino pura abnegación; un acto completamente voluntario. Mi madre, bajo la exquisita amenidad de sus maneras, ocultaba un rigorismo espiritual que se manifestaba por un constante renunciamiento a su voluntad propia. Bastábale darse cuenta de que deseaba una cosa, para sacrificarla definitivamente y someterla sin vacilación a lo que consideraba como la voluntad de Dios.

Es tal vez para mí el momento de decir que, sin saberlo, ejerció por aquella época y, de hecho, hasta la hora de su muerte, un poder magnético sobre la voluntad de mi padre. Ambos tenían caracteres firmes, pero el de mi madre era, sin disputa, el más firme. Ella fue la que hizo que mi padre tomara cierta posición definida, que conservó hasta después de mucho tiempo de haber desaparecido la que fue la causa. Desde entonces, durante la larga lucha que tendré que relatar, el sagrado recuerdo de la voluntad de mi madre se cernió sobre mi padre, guiándole, apremiándole y alentándole a continuar sin debilidad la tarea de que fue instigadora. Cuando llegó la inevitable ruptura, lo indeciblemente doloroso para el hijo, fue sentir que se separaba, no solamente de su padre, sino también de su madre.

Mi madre era puritana hasta el fondo del alma. Ni una sola palabra escapada de sus labios, ni una frase de su diario deja nunca adivinar que tuviera que soportar privación alguna. Parecía fuerte y de buena salud. También yo era de temperamento sano; el único, cuya salud dejaba que desear, fue mi padre: tuvo una crisis aguda de dispepsia nerviosa. Por aquella época hubo un ligero aumento en nuestros recursos, y, al cumplir yo los tres años, pudimos disfrutar de vacaciones y pasar cerca de nueve meses en Devonshire. Desde entonces mis padres renunciaron a aislarse en una labor sin descanso, y



cuando volvimos a Londres se mostraron menos exclusivos, menos completamente olvidados del mundo que los olvidaba». Esto fue más relativo que positivo; no sintieron nunca la necesidad de dejar su caverna por una Tebaída intelectual; mis recuerdos lo probarán con creces; pero cada uno de ellos se vió obligado por las circunstancias a ponerse más o menos en evidencia, y ninguno de los dos podía ya seguir ignorando el mundo que los rodeaba.

No he de hacer yo la biografía de mis padres. Cada cual se hizo célebre hasta cierto punto; cada cual dió lugar a discusiones bastante vivas entre sus contemporáneos, porque, cada cual en su círculo especial de lectores, fueron bastante conocidos hace medio siglo. Precisamente, porque estaban dotados ambos de un espíritu vigoroso y de talentos poco corrientes, es por lo que el contraste entre su punto de vista espiritual y el de las gentes del mismo mundo, hoy es interesante y puede ser instructivo. Sin embargo, este libro no es nueva biografía de personajes, conocidos que han tenido ya más de un biógrafo. Mi deber, tal como lo comprendo, es otro:

Este es el punto de vista del mundo;

Así fue como todos los hombres los vieron, los alabaron, creyeron conocerlos;

Yo, unas veces me mantenía reservado, otras los alababa,

A mi manera me atrevo a formularlo.

Pero este libro es examen diferente, es un estudio del otro lado, que quedó desconocido:

El de las apacibles luces argentadas y de las tinieblas insondables.

Es la descripción de un estado de alma bastante frecuente antaño en la Europa protestante, y de que mis padres fueron tal vez los últimos representantes entre las personas influyentes y cultas.

Una vida de familia, fundada en tales principios, era evi-



dentamente, para un niño, un medio muy particular. Se me permitirá que pase revista a los rasgos esenciales. Pureza perfecta, intrepidez indomable, abnegación absoluta; pero también estrechez de miras, aislamiento, carencia de perspectiva y, digámoslo francamente, ausencia de simpatía humana. Hallábase en mis padres una curiosa mezcla de humildad y arrogancia; una entera resignación a la voluntad de Dios, y un desdén no menos completo del juicio y de la opinión del hombre. Mis padres fundaban cada acción, cada actitud en la interpretación de las Escrituras y en la sumisión a la voluntad Divina, tal como se revelaba directamente a ellos en respuesta a sus oraciones. Así, cada vez que se encontraban frente a un dilema, exclamaban: «¡Expongamos nuestras dificultades al Señor!»

Estaban tan seguros de la realidad de sus relaciones con Dios, que no pedían otro guía. No reconocían en la tierra ninguna autoridad espiritual, no se sometían a ningún sacerdote o pastor, y no tomaban en consideración ninguna de las manifestaciones corrientes de la opinión religiosa. Vivían en una celda intelectual, limitada en todas partes por las paredes de su casa, pero abierta por arriba a lo infinito de los cielos.

He aquí el medio en que el alma de un niño se encontró puesta, no sobre un simple tapiz de flores a cielo abierto, ni en un jardín celosamente cuidado, sino en un reborde tallado en el jardín de una montaña, y suspendido entre la noche y la nieve de un lado y las profundidades vertiginosas del mundo del otro, con el espacio justo de suelo para permitir a una geniana elevarse penosamente hacia el cielo y abrir su rígida estrella azul sin ofrecer ningún reflejo, ninguna esperanza de salvación, a la gracil raíz que intentara traspasar sus inexorables límites.



## CAPITULO II

De las tinieblas de mi infancia se destaca un solo recuerdo, fugitivo como el relámpago. Me encuentro solo, sentado en una silla alta, puesta a la mesa de la comida, servido por varias personas. Alguien trae un asado de cordero, lo pone cerca de mí, y sale. Me encuentro solo, mirando dos ventanas bajas abiertas sobre el jardín. De repente aparece, sin ruido, en una de las ventanas un animal grande y largo (probablemente un lebre); se mete en el cuarto, se apodera del asado y se esquivo por el mismo camino. Cuando ocurrió esto, no podía yo hablar. Adquirí muy tarde el dón del lenguaje, sin duda porque nunca oía voces infantiles. Muchos años después, aludí a este recuerdo; hubo exclamaciones de sorpresa.

«¡He aquí la explicación de cómo desapareció el asado! Luego no fuiste tú el que lo devoraste en un abrir y cerrar de ojos, como pretendía tu tío A.»

Sin duda, por lo que me impresionó este incidente, se quedó grabado en mi memoria, porque todos los otros recuerdos de ese tiempo se han desvanecido.

La aventura del asado se desarrolló evidentemente entre los hermanos de mi madre, porque por aquella época, mis padres no visitaban a nadie más. Mis tíos no eran religiosos; pero profesaban un respeto filial a mi madre, que los llevaba bastantes años. Cuando se arruinó mi abuelo, mis tíos estaban todavía en la escuela. Mi madre, a pesar de su horror innato por la enseñanza, aceptó un puesto de institutriz en la familia de un noble irlandés. No se podía llegar a la morada sino atravesando, como hubiera dicho miss Edgeworth, «diez y ocho barrancos con peligro inminente de la vida», y esto para encontrarse con una mezcla indecible de opulencia y suciedad, de cortesía y ordinariez. Pero mi madre tenía un buen sueldo, y estuvo en aquel ambiente antipático realizando el trabajo que más detestaba, para poder con sus economías



ayudar sucesivamente a sus hermanos a seguir sus tres años de estudios en Cambridge. Ellos trabajaron con denuedo, y se distinguieron en la Universidad. Cuando su hermana supo por fin, en su lejana Thulé, que el menor de sus hermanos había salido bien de los exámenes, dimitió en el acto sus funciones, no sin un suspiro intenso de alivio, y volvió a Inglaterra.

No es, por lo tanto, chocante que mis tíos tuviesen por su hermana sentimientos de respeto y de afecto. Sus caracteres no les hacían criticar la manera de pensar de ella, y de otra parte, no hubieran sido capaces de hacerlo. De acomodaticio humor, instruidos y buenos, pero sin amplitud de criterio, no tenían nada del vigor intelectual y de la fortaleza de carácter de su hermana. E. se le parecía físicamente; era alto, con cutis blanco y pelo rizado de un dorado oscuro; procuraba darse un aspecto bironiano, fatal y melancólico. A. era pequeño, moreno y jovial, con pretensiones de buen sentido, y brusco y locuaz. Como niño, yo adoraba a mi tío E., que permanecía sentado silenciosamente junto a la chimenea, teniéndome entre sus rodillas, con aspecto indeciblemente triste, y sacudiendo de vez en cuando sus rizos de ardientes reflejos. De otra parte, muy injustamente, detestaba a mi tío A. porque no corría tras de mí, y hasta se creería que se dedicaba a molestar-me. Mis tíos, que se quedaron solteros, ganaban con que vivir muy holgadamente: E. dando lecciones, A. trabajando de varias maneras en la ciudad. Habían alquilado en Clapton una casuca llena de rincones, la casa en que vi el lebrél. Tenía un perfume raro y delicioso, tan misteriosamente distinto de cualquier otro, que se me saltaban las lágrimas. Ahora sé que era un olor de cigarros; el tabaco era un aroma que estaba proscrito de nuestra casa, en nombre de los más elevados principios religiosos.

Yo, como queda dicho, tardé en aprender a hablar. Me contaron que, durante mucho tiempo, no contesté sino con un aire de gravedad indiferente a todas las instancias para hacerme decir *papá* y *mamá*; un día, sin embargo, eché mano a un



volumen diciendo *book* (libro) con asombrosa claridad. No fui muy precoz, pero bastante pequeño (creo que al cumplir los cuatro años) aprendí a leer. No me acuerdo del tiempo en que una página escrita en inglés era letra muerta para mí. En una época tal vez anterior, mi madre tenía la costumbre de repetirme una poesía que siempre he considerado como compuesta por ella, y que tiene una importancia poética muy especial en la historia de mi desarrollo intelectual. He la aquí... tal como la recuerdo:

¡Qué brillante eres, linda luna!  
 Voy a dar las buenas noches a mamá;  
 Luego me acostaré en mi cama  
 Y te miraré flotar sobre mi cabeza.  
 ¡Ah! Te oculta una nube,  
 Pero puedo ver tu luz al través;  
 Trata de ocultarte... pero en vano,  
 Porque pronto te veo de nuevo.  
 Sé que Dios te hace lucir  
 Sobre mi camita;  
 Sabré todo lo que eres  
 Cuando sea mayor y sepa leer.

Pasados muchos años, cuando este último verso era un anacronismo, acostumbraba a recitar esta poesía en alta voz, hubiera luna o no.

Creo que fue mi padre el que me enseñó las primeras letras, porque, como ya he dicho, mi madre tenía horror a dar lecciones, aunque ella misma aprendiese con tanta facilidad como inteligencia. En cambio, mi padre enseñaba con todo celo y afición. Tenía, en particular, un método suyo para enseñar la Geografía, que era, a mi parecer, admirable. Me subía a una silla, mientras que él, de pie a mi lado, con un lápiz y una hoja de papel, dibujaba los arabescos de la alfombra. Cuando comprendí bien el sistema, hice otro mapa, en una escala menor, de los muebles de la habitación, después de un piso de la casa, luego del jardín, por fin de una parte de la calle. Resulta-



tó de esto que la Geografía se me presentó, clara y precisa como una representación en miniatura, pero completamente natural de las cosas, y hoy todavía es la ciencia que me cuesta menos trabajo; mi padre me enseñó también las primeras nociones de Aritmética, un poco de Historia Natural, elementos de dibujo; se esforzó mucho tiempo, pero en vano, en hacerme aprender de memoria cánticos, salmos y capítulos de las Escrituras, trabajo en el que fracasé ignominiosamente y con lágrimas. Este fracaso le molestaba y le asombraba tanto más, cuanto que siempre tuvo él una memoria de una exactitud y de una fidelidad extraordinarias. Creía que la cosa obedecía a mala voluntad de mi parte, pero por último renunció. Creo que este primer esbozo de mi educación empezó cuando tenía yo cuatro años y no se desarrolló ni modificó mientras que vivió mi madre.

Entretanto, como sabía leer, mi mayor placer era enfrascarme en los libros. El campo de mis lecturas era muy limitado, porque los cuentos, de cualquier género que fuesen, estaban severamente excluidos de la casa. No se admitía en ella ninguna ficción religiosa o profana. No de mi padre sino de mi madre, procedía esta prohibición. Tenía ella el raro y, en mi sentir, inexplicable convencimiento de que el hecho de contar «una historia», es decir, de componer relatos ficticios, era un pecado. Llevaba esta convicción hasta los más extremos límites. Mi padre, en sus últimos años, me dió algunos interesantes ejemplos de la firmeza de mi madre. En América, siendo joven, habíala impresionado profundamente *Salathiel*, piadosa novela de aventuras de un autor entonces muy popular, el Reverendo Jorge Croly. Cuando conoció a mi madre, le recomendó esa obra, pero ni siquiera quiso consentir en abrirla. Negábase igualmente a leer los cuentos caballerescos en verso de Sir Walter Scott, alegando con obstinación que no eran «verdaderos». No quería leer sino poesías líricas y subjetivas. Su diario íntimo revela el origen de esa singular aversión hacia todo lo imaginativo, pero no se puede decir que explique



la causa. En su infancia tenía la pasión de inventar historias, y lo hacía con tanto talento, que constantemente le pedían que deleitase a los demás. Pero dejémosle la palabra:

«Cuando era niña, acostumbraba a divertirme y divertir a mis hermanos inventando historias, del género de las que leía. Como tenía, a lo que supongo, un ingenio vivo y una imaginación activa, ese entretenimiento se convirtió bien pronto en el principal placer de mi vida. Desgraciadamente, mis hermanos estaban siempre dispuestos a animarme, y hallaba en Taylor, mi doncella, una tentadora más peligrosa todavía. Yo no sabía que hubiera ningún mal en ello, hasta que miss Shore (una institutriz calvinista), que lo descubrió, me sermoneó severamente y me dijo que era muy malo. Desde entonces consideré que inventar una historia cualquiera constituía un pecado. Pero estaba tan arraigado en mí el deseo de contar, que no podía resistirlo con mis propias fuerzas (tenía ella entonces nueve años), y desgraciadamente, no conocía ni la corrupción ni la debilidad de mi corazón, y no sabía en dónde hallar la fuerza de resistir. Mi ardiente deseo de inventar historias se acrecentó con tal violencia, que cuanto oía o leía, servía de pasto a mi enfermedad. No me bastaba la verdad sencilla; necesitaba siempre forjar las fantasías de mi imaginación y la locura, la vanidad y la perversidad que envilecían mi corazón sobrepasaban cuanto se pueda imaginar. Aún ahora (a la edad de veintinueve años), a pesar de mi vigilancia, mis oraciones y mis luchas, es todavía el pecado que más me tienta. Ha paralizado mis oraciones, ha entorpecido mis progresos, y, en consecuencia, me ha humillado profundamente.»

Constituye esto, sin duda un dolorosísimo, ejemplo de la represión de un instinto. Paréceme que hubo en este caso una vocación como es raro encontrarla, y más raro todavía menospreciarla y sofocarla voluntariamente. ¿Estaba mi madre destinada por la Naturaleza a ser novelista? Lo he creído a menudo, y si hubiera ella dirigido sus talentos y su fuerza de voluntad por el camino que parecía estarle abierto para ser «el



principal placer de su vida», es casi imposible que no hubiese obtenido grandes triunfos. Era algo más joven que Bulwer Lytton, de alguna más edad que la Gaskell... pero son éstas vanas y pueriles especulaciones.

En cuanto a mí, me hallaba, a lo que creo, en condiciones casi únicas entre los hijos de padres cultos. Por la regla severa a que estaba sometido, no me leyeron ni me contaron durante mi infancia ni una sola historieta. No he conocido ese goce del niño que, con sus zalamerías, hace que su madre o su aya retrase la hora de acostarle para contarle una historia que escucha él, sentado en las rodillas de la narradora, apelotonado junto a la chimenea del cuarto de jugar. Jamás, en mi infancia oí el emocionante preámbulo: «Pues señor...» Me hablaban de misioneros, nunca de piratas; conocía familiarmente los pájaros moscas, pero nunca había oído hablar de hadas; no conocía a Jack el matador de gigantes, ni a Rumpelstiltskin, ni a Robin Hood y, aunque tenía nociones sobre los lobos, ignoraba hasta el nombre de la Caperucita Roja. Hasta desde el punto de vista de mi consagración, creo que mis padres se equivocaron al excluir de mi estudio de los hechos todo lo que habla a la imaginación. Querían hacerme verídico, me hicieron positivo y escéptico. Si me hubieran envuelto en los blandos pliegues de la fantasía sobrenatural, mi espíritu, menos inquisidor, se habría tal vez contentado por mucho tiempo con seguir las tradiciones.

Me hubiera sido fácil decir que no leí durante esos primeros años; mucho más difícil es enumerar lo que leí. Primeramente, volúmenes de Historia Natural de géneros singularmente variados, algunos completamente indigestos para un espíritu tan poco formado como el mío; varios libros de viajes de carácter, en su mayoría, científicos y, entre ellos, viajes de descubrimientos a los mares del Sur, que me hacían vagamente entrever espléndidas visiones; un poco de geografía y astronomía, a las que me aficioné sinceramente; mucha teología, a la que, a pesar de mi deseo de apreciarla, no pude jamás



hincar el diente (si me atrevo a expresarme así) y a la que aprendí a seguir maquinalmente con los ojos y los labios sin comprenderla, hasta el punto de que podía leer en alta voz páginas y páginas con la entonación requerida, sin asimilarme una sola idea o retener la menor impresión. Había, por ejemplo, un tal Jukes, autor de un libro sobre las profecías, cuyas obras gustaban extraordinariamente a mis padres, y de las que desde pequeño me vi obligado a darles lectura. Prestábame a ello con facilidad, pero como un autómeta; solamente la vista de los libros de Jukes se me hizo odiosa, y nunca he tenido la más vaga idea de lo que contenían. Más adelante, la publicación titulada *The Penny Encyclopædia* (La Enciclopedia a diez céntimos) fue mi estudio diario, y durante mucho tiempo, casi mi único estudio. Tal vez vuelva hablar de esta notable obra.

Es difícil guardar un orden cronológico, ni aun aproximativo, al unir los fragmentos de los recuerdos infantiles, y, al hablar de mis lecturas, me he dejado llevar demasiado lejos; mi memoria no se remonta realmente sino hasta nuestra vuelta de ciertas visitas con un fin zoológico a los condados de Devon y Dorset, y a nuestra instalación, cuando apenas tenía yo cinco años, en una casa de Islington, al norte de Londres. Nuestra situación era entonces más desahogada; mi padre tenía que hacer con regularidad trabajos literarios bien remunerados, y nunca tuvimos una casa tan espaciosa y tan cómoda, aunque todavía muy sencilla y restringida. Mis recuerdos, algunos de los cuales están señalados por ciertos hechos, se hacen ahora precisos y abundantes. De lo que no me acuerdo sino por haberlo oído repetir muy a menudo, es de lo que se puede considerar como la única frase notable de mi infancia, que fue, en suma, poco notable, pero que puede pasar. Cuando tenía yo cuatro años justos, una señora me mostró, poco discretamente, a mi entender, un grabado que representaba un esqueleto humano, diciendo: «Mira, tu no sabes lo que es esto, ¿verdad? A lo que contesté agudamente sin vacilación: ¿No



es un hombre al que se le ha quitado la carne?» Pareció esto maravilloso, y como es probable que no se me haya explicado nunca el fenómeno, la respuesta en cuestión indicaba ciertamente la prontitud en percibir una analogía. Yo había observado frecuentemente a mi padre cuando quitaba la carne de los peces y mamíferos que había tenido previamente en espíritu de vino. Si me permito referir esta bagatela, es solamente para poner de relieve que el sistema de educación a que estaba sometido despojaba todas las cosas, y la vida humana, entre otras, de su misterio. El esqueleto gesticulante de la muerte no era para mí sino una muestra de ese plantígrado vertebrado implume que se llama *homo sapiens*.

Si pareció esta anécdota digna de ser repetida, no hay que ver en ello una de esas lisonjas dirigidas a la infancia, medio indirecto de satisfacer la vanidad de los padres. Nada había de esto, por lo que me acuerdo. Mi madre hubiera estado fuera de la humanidad si no la hubiese acariciado de vez en cuando la ilusión de que su patito solitario era un cisne. Mi padre no formaba semejante apreciación, cuando observaba con mucha ternura al acariciarme la barbilla que yo era «un lindo niño sin nada notable». Mi madre, picada en lo vivo por esta falta de apreciación, llegó hasta declarar que, según todas las probabilidades el Fellow de la Sociedad Real, sería conocido más adelante sobre todo como el padre de su hijo. Este género de bromas es frecuente en las familias de hombres conocidos.

Mi padre, convencido o no, no hacía objeciones, y el matrimonio continuaba discutiendo en mi presencia el giro que tomarían mis brillantes talentos. Mi *consagración al servicio del Señor*, limitaba mucho el campo que se abría ante mí. Mi padre, que habitó mucho tiempo en los Trópicos, y que sentía en su corazón una perpétua nostalgia por «las islillas indolentes en donde florecen las orquídeas trompetas», se inclinaba por la carrera militante del misionero, pero mi madre, a la que le interesaban poco las misiones en países extranjeros, prefería creer que yo llegaría a ser el Carlos Wesley de mi



siglo o por lo menos, tenía el candor de admitirlo, un Jorge Whitefield. No puedo acordarme del tiempo en que no oía repetir que yo sería un ministro del Evangelio.

Creése generalmente, que una vida por completo consagrada a la religión es austera y sombría, y tal vez me será difícil persuadir a mis lectores de que en realidad, en los primeros años de infancia, antes de la brecha abierta en nuestro reducido círculo por la enfermedad y la muerte, estábamos siempre contentos y a menudo alegres.

Mis padres gustaban de bromear juntos, y había cierto número de chanzas tradicionales en la familia que pocas veces dejaban de animar el almuerzo. Mis padres vivían tan únicamente por la fe, estaban tan profundamente convencidos de su comunión con Dios, que, salvo en los momentos en que su conciencia ultradelicada les convencía de pecado, no alteraba nada su serenidad. Podían incluso, hasta cierto punto, percibir el lado cómico de detalles referentes a su religión, y bromear tenuamente sobre una actitud durante la oración o el asunto de una invocación. Eran absolutamente indiferentes a las formas. Lo mismo rezaban sentados que de rodillas, puesto que los ritos no tenían ningún valor para ellos. Mi madre estaba a veces extremadamente alegre y reía con dulzura. Lo que he oído decir más adelante sobre la ingenua alegría de las monjas en el convento me ha recordado la de mis padres durante mi infancia.

Mientras que fui como ellos, sin existencia individual, arrestado como un satélite en su atmósfera, poníame alegre o serio según estaban ellos. La carencia de compañeros de mi edad, de libros de cuentos, de diversiones al aire libre, de esas mil y una ocupaciones de los niños educados en condiciones más normales, no me ponía ni triste ni enfadado puesto que ignoraba hasta la existencia de esos placeres. Jamás se mezclaban en mis sueños poblados de animales y de personajes. Poseía tres muñecos, por los que experimentaba sentimientos difíciles de desentrañar. Dos eran del sexo femenino; uno no



tenía más que un informe rostro hecho de trapos; el otro tenía la cara de cera. Pero, al cumplir los cinco años, a principios de la guerra de Crimea, me dieron otro vestido muy elegantemente de soldado con casaca roja. Acostumbraba a poner mis muñecos en tres sillas y a hablarles en alta voz, pero no me sentía en relaciones íntimas con ellos, hasta que un día nuestra criada, que apareció bruscamente y se enteró de lo que yo hacía, dijo: «¡Pero qué muchacho éste, que juega con un soldado, cuando tiene dos señoritas para charlar con ellas!» Nunca había considerado a mis muñecos como confidentes; pero, desde entonces, prodigué particulares atenciones al soldado, para indemnizarle de haber sido tratado tan injustamente por Lizzia.

La declaración de guerra a Rusia fue el primer soplo de aire exterior que penetró en nuestro claustro calvinista. Mis padres se suscribieron a un periódico, y discutían con animación los acontecimientos que se desarrollaban en lugares de nombres pintorescos que mi padre y yo buscábamos en el mapa. Puedo indicar exactamente uno de mis más vivos recuerdos de aquel tiempo. Un día que estaba jugando por toda la casa, entré de pronto en el comedor, y vi sentado junto a la puerta un sér extraordinario, un joven tan alto, tan tieso como mi muñeco y vestido con una magnífica casaca roja. En el otro extremo de la habitación, mi madre, sentada ante su mesa de escribir, con una Biblia abierta ante sí, le exhortaba a aceptar la salvación tal como se halla expuesta en los Evangelios. Me dijo que me marchara a escape y me fuese a jugar. Pero yo había tenido una visión grandiosa. El soldado de la guardia iba a marchar a Crimea, y sus aventuras (se convirtió por la exhortación de mi madre) las relató ella más adelante en el *Guarda del Alma*, tratado religioso del que se hizo, a lo que creo, una tirada de más de quinientos mil ejemplares. Aquel soldado murió en la guerra, y este hecho añadió un lustre extraordinario a la visión que de él conservaba. Todavía le veo con el pensamiento, inmenso, ceñido por su uniforme ma-



ravillosamente brillante, sentado, por respeto, lo más cerca posible de la puerta de la habitación. Esta aparición dió, desde entonces, realidad a mis conversaciones con mi soldado.

La misma victoria del Alma, anunciada el día en que cumplí los cinco años, se me quedó claramente grabada en la memoria a consecuencia de una circunstancia íntima. Estábamos desayunando en nuestro velador, al lado de la ventana, cuando mi padre, que estaba de espaldas a la luz, dió de repente un grito, y leyó en alta voz las primeras líneas de un artículo del *Times*, que anunciaba una batalla en el valle del Alma. Evidentemente, la ansiedad general había sido mucha, porque mi madre y él parecían profundamente conmovidos. Cuando estuvo seguro de que no era una victoria decisiva, interrumpió su lectura, cayeron ambos de rodillas ante sus tazas de té y sus tostadas, y mi padre dió gracias en alta voz al Dios de las batallas. Este arranque de patriotismo era tanto más notable, cuanto que creía haber puesto su «burguesía celeste» por encima de todos los deberes terrestres. A los que le decían: «Ser cristiano no le impide ser inglés», contestaba meneando la cabeza: «No soy ciudadano de ningún Estado de este mundo.» No se daba cuenta de que, en realidad, para servirme de una palabra desconocida aún en 1854, no había en la Gran Bretaña nadie tan «jingo» como él.

Otro ejemplo de la extraordinaria manera con que los intereses de la vida diaria se mezclaban en nuestro raro hogar con las prácticas religiosas, se ha quedado fuertemente impreso en mi memoria. Los tres estábamos excitadísimos por la noticia de que se había visto en Islington cierta mariposa nocturna negra, en unas cuadras subterráneas. Llámase, si no me engaño, *Boletobia fuliginaria*, y creo que es muy rara en Inglaterra. Estábamos reunidos una mañana del verano de 1855, salvo error, cuando entró volando por la ventana una mariposa de aquel género. Mi madre interrumpió inmediatamente la lectura de la Biblia, diciendo: «¡Oh, Enrique! ¿Crees que es tal vez la *Boletobia*?» Mi padre se levantó en medio de la lec-



tura del libro sagrado, examinó el insecto que acababa de posarse y contestó: «No, es una mariposa común, la *Orgygia anti-gua*. Y volviendo a sentarse, continuó la explicación de la palabra de Dios sin dar la menor excusa ni mostrar ninguna contrariedad.

En el transcurso de mi sexto año hubo una serie de incidentes poco importantes, que, a pesar de su aparente insignificancia, desempeñaron un papel principal en la historia de mi desarrollo intelectual. El recuerdo que de ellos tengo me confirma en la idea de que hay en cada alma humana ciertos rasgos característicos que le son inherentes, y no pueden atribuirse ni a una sugestión ni a la educación. Yo estaba cuidadosamente alejado, como la princesa Blancaflor en su fortaleza de mármol, de toda influencia exterior; no obstante, la vida instintiva me llegó tan inopinadamente como el enamorado de la princesa al aparecer ante sus ojos en un cesto de rosas. La conciencia del yo, como fuente de fuerza y simpatía, se me reveló a consecuencia de uno o dos choques morales que voy a relatar.

A fuerza de oír hablar constantemente de un Dios omnisciente, Sér de una sabiduría y una penetración sobrenaturales, especie de cuarta persona siempre con nosotros, había llegado a pensar en El con una confianza absoluta, mezclada con un poco de terror.

En la atmósfera de disciplina severa de que mis padres me rodeaban, no les vi nunca discutir entre sí, ni siquiera diferir de opinión; parecían no tener sino una sola y misma voluntad. Mi madre se refería siempre a mi padre; y, en ausencia de éste, me hablaba de él como si fuera infinitamente sabio. Yo le confundía en cierto sentido con Dios; de todos modos, creía que mi padre lo sabía todo y lo veía todo. Una mañana, en que mi madre y yo estábamos en la salita, mi padre entró y nos contó un sucedido cualquiera. Yo estaba, lo recuerdo, de pie en la alfombrilla de la chimenea, con los ojos fijos en él. Acababa de recibir un choque que me hería como un rayo, porque lo que



mi padre había dicho *no era verdad*. Mi madre y yo habíamos sido testigos del hecho, insignificante en sí, y sabíamos que no había ocurrido como él lo refiriera. Mi madre se lo dijo con dulzura y él aceptó la rectificación. Para mis padres aquel incidente no tuvo la menor importancia, pero hizo época para mí.

Yo había hecho un descubrimiento estupendo, no sospechado hasta entonces; mi padre no era como Dios, no lo sabía todo. El choque no me lo causó la sospecha de que no decía la verdad, sino por la prueba terrible de que no era omnisciente, como yo creía.

Otra circunstancia vino a confirmar esta impresión, y aun a agravarla. En nuestro jardincillo, mi padre había hecho una rocalla para musgos y helechos, y había adaptado a la canalización de agua de la casa un tubo de plomo que atravesaba las rocas y se elevaba a lo alto. Cuando se daba a una manivela, escapaba el agua, formando como una linda sombrilla argentada. Un día, dos obreros, que habían venido a hacer algunas reparaciones, dejaron sus herramientas en el jardín. Al pasar por allí, se me ocurrió de pronto la idea de que sería divertido ver si con una de aquellas herramientas podía hacer un agujero en el tubo. Lo hice, en efecto, con toda facilidad, y luego se me olvidó mi travesura. Uno o dos días después, mi padre subió muy enfadado a la hora de comer, diciendo que el agua se había escapado por un agujero abierto en el tubo, desparramándose al pie de las rocas.

Como es natural, en seguida comprendí que se trataba de mi hazaña, y me quedé helado de terror, esperando ser acusado. Pero mi madre recordó la visita de los plomeros, dos o tres días antes, y mi padre aceptó sin vacilación aquella explicación. Evidentemente aquellos malintencionados individuos tuvieron la empecatada idea de agujerear el tubo y echar a perder la cañería. Ni por un instante sospecharon de mí, ni me hicieron pregunta alguna; yo permanecí mudo como una piedra, pero lleno de simpatía en apariencia y sin perder bocado.

Atribuimos, a lo que creo, ideas morales a los niños. Es evi-



dente que, en tan graves circunstancias, hubiera debido ser impulsado por buenos instintos, o cuando menos retenido por malos. Sin embargo, el temor que experimenté, y que se disipó de una manera tan inesperada, era, estoy seguro de ello, completamente físico y no tenía nada de común con las emociones de un corazón arrepentido. En cuanto a la destrucción de la cañería, lo lamentaba, porque, por mi parte, admiraba mucho el surtidor y no había sospechado que lo echaría a perder.

Sin embargo, las emociones que me embargaban y me impulsaban con apresuramiento un poco imprudente a buscar la soledad, no eran en modo alguno morales, sino puramente intelectuales. No sentí vergüenza alguna por haber logrado de modo tan completo y sorprendente engañar a mis padres con mi hábil silencio; lo consideré como una liberación providencial y no volví a pensar en ello. Tenía en la cabeza otras ideas.

La creencia en la omnisciencia y en la infalibilidad de mi padre quedaba muerta y enterrada. Sabía él probablemente muy pocas cosas, porque en aquellas circunstancias no se había enterado de un hecho tan importante que, si no se conocía, poco importaba saber lo demás. Mi padre, aquella deidad, aquella fuerza natural de un inmenso prestigio, cayó a mis ojos al nivel de la comunidad corriente. En adelante sus apreciaciones sobre las cosas, en general, no tendrían necesidad de ser aceptadas implícitamente. Pero de todos los pensamientos que en aquella crisis afluyeron a mi cerebro, tan primitivo todavía y tan poco desarrollado, el más curioso era haber encontrado un compañero y un confidente en mí mismo. Había un secreto en este mundo, y este secreto me pertenecía y a alguien que vivía en mi cuerpo. Eramos dos y podíamos hablar juntos. Es difícil definir sentimientos tan rudimentarios, pero es lo cierto que bajo esta forma de dualismo se me apareció de pronto el sentido de mi individualidad en aquellos momentos, y es igualmente cierto que era un gran consuelo hallar en mí mismo alguien que pudiera comprenderme.



Por aquella época, mi madre, arrastrada por la corriente de sus trabajos literarios y filantrópicos, me dejó cada vez más entregado a mí mismo. Habíase apoderado de ella un arrebatado de entusiasmo; uno de sus admiradores y discípulos escribió «que ella seguía su camino, sembrando a lo largo de todos los regatos». No quiero dejar suponer un solo instante que la considere como una señora Fellyby, o que la acuse de haberme descuidado. Pero abríase ante ella una obra magnífica; tras los años pasados en una ermita intelectual, habíase lanzado hacia adelante en el campo tumultuoso de la cosecha de almas. Revelóse repentinamente en ella un verdadero dón de persuasión, exhortaba a los desconocidos que encontraba en ómnibus o en ferrocarril, con el mayor denuedo. Escribía entonces en un diario, con una alegría a la vez humilde y profunda: «Tengo razones para creer que tres muchachas han sido llevadas a Dios en unas cuantas semanas, merced a mis conversaciones con ellas.» Al mismo tiempo, como dijo uno de sus biógrafos: «Los frutos de su pluma, esos testimonios de la eficacia de la sangre de Cristo, empezaron a esparcirse hasta los extremos más remotos del mundo terrestre.» Mi padre estaba también entonces en el apogeo de su actividad científica. Terminado el desayuno, poníanse ambos al trabajo y se absorbían hasta el anochecer; casi siempre pasábamos las veladas juntos. Algunas veces mi madre me llevaba con ella, al azar de sus correrías.

Recuerdo agradables expediciones con ella, a través de la capital; yo alzaba de cuando en cuando la cabeza para mirarla cómo me dominaba con su elevada estatura. Pero de vuelta, me quedaba durante horas completamente solo en el gabinete de trabajo de mi padre, en el jardín y, sobre todo, en el granero.

El granero era para mí un lugar encantador. Bajo de techo y sin más luz que la cenital, no tenía un solo mueble; no había allí más que dos objetos: una antigua sombrerera y un baúl más antiguo todavía. La sombrerera me intrigó mucho, hasta



que un día, preguntando a mi padre lo que era, me contestó distraídamente de un modo que me hizo creer que era una especie de tocado, e hice laboriosos y repetidos esfuerzos para ponérmela.

El baúl estaba completamente vacío, pero el interior de la tapa estaba forrado con páginas, ahora lo sé, de una novela de sensación. No era más que un fragmento; pero lo leí, de rodillas en el suelo, con indescriptible deleite. No hay que olvidar que mis padres habían logrado hasta entonces mantenerme en una ignorancia completa de lo que podía ser una ficción, una historia inventada. Yo creía con una fe implícita en la narración del baúl; me imaginaba que era el relato verídico de las desdichas de una dama noble, obligada a huir de Inglaterra, y a la que perseguían, en países extranjeros, enemigos conjurados para perderla. Uno de los personajes tenía una entrevista con un enmascarado. Bajé a buscar esta palabra en el *Diccionario inglés*, de Bailey, pero me quedé sin saber las razones por las que se encarnizaban con la dama en cuestión. Aquel ridículo fragmento me llenó de temores deliciosos. Pensaba que mi madre, tan a menudo ausente, podía verse amenazada por peligros del mismo género, y el hecho de que la narración se interrumpiese precisamente en la mitad de la frase más interesante, excitó hasta un grado enfermizo mi asombro y mi admiración.

Las preocupaciones de mis padres me redujeron cada vez más a mis propios recursos; pero, ¿cuáles pueden ser los recursos de un niño solitario de seis años? No fui jamás inclinado a tener intimidad con las criadas. El hecho de mi «consagración» y mi costumbre de hablar como una persona mayor, me hacía probablemente poco atractivo a los ojos de aquéllas. Continuaba sin tener ningún amigo, ningún compañero de mi edad. No puedo acordarme de haber cambiado dos palabras con otro niño antes de la muerte de mi madre.

El aumento de energía que mi madre ponía ahora en su trabajo, no turbaba en nada la quietud de nuestro hogar. A



veces venían personas a consultar a mi padre o a mi madre; pero nunca se quedaban a comer, y nunca les devolvíamos la visita. No sé por qué no me llevaron mis padres a ver ninguna de las curiosidades de Londres; esto debía de ser en ellos una cuestión de principios. A pesar del estudio asiduo que hacíamos de la Historia Natural, no me llevó nunca a ver las fieras del Jardín Zoológico, ni los animales disecados del Museo Británico. Menos puedo comprender por qué no fuimos nunca a una galería de cuadros o a un concierto. Por lo que me acuerdo, la única diversión a que me llevaron fue al gran globo terrestre de Leicester Square, visita que hice con mi padre, y que me regocijó largo tiempo por adelantado. Aquella inmensa construcción, a cuyo interior se subía por una escalera en espiral, no valía gran cosa; lo que hubiera debido ser convexo, era cóncavo, así que mi imaginación quedó profundamente ofendida. Sólo en mi granero podía inventar un gran globo mucho mejor hecho.

Mi espíritu, entonces tan contraído y tan activo a la vez, se refugió en una especie de magia muy natural, muy infantil. Esta magia chocaba con las ideas religiosas, absolutas, que mis padres, con persistencia harto maquinal, continuaban inculcándome a la fuerza, y se desarrollaba paralelamente con ellas. Me forjé raras supersticiones, que no puedo hacer inteligibles sino dando algunos ejemplos concretos. Me persuadía de que si llegaba a encontrar las palabras requeridas o los pases necesarios, podría comunicar a los magníficos pájaros y a las brillantes mariposas de los manuales ilustrados de mi padre la facultad de recobrar la vida y volar del libro, dejando tras ellos unos agujeros. Creía que en la Capilla, cuando entonábamos con tono monótono y lento resonantes cánticos de experiencia religiosa y de humillación, podría hacer que mi voz sonase como la de varias docenas de cantores, si lograba descubrir la fórmula mágica. Durante las oraciones de la noche, que eran por extremo largas y fatigosas, creía que uno de mis dos ojos podría revolotear, posarse en una de las cornisas y



contemplar al otro y a las personas de la casa, con tal de dar con la clave del secreto. Trabajaba durante horas en buscar fórmulas cabalísticas, imaginando, para llegar a mis fines, medios completamente irracionales. Estaba convencido, por ejemplo, de que si me fuese posible contar sin equivocarme nunca, me encontraría de pronto, al pronunciar algún número muy elevado, en posesión del gran misterio. Estoy persuadido de que nada externo me sugería estas ideas de magia, y creo que tienen relación con las creencias de los salvajes en estado primitivo.

Toda esta fermentación intelectual pasó completamente inadvertida para mis padres. Pero cuando empecé a creer que, para el triunfo de mi magia en acción, era necesario hacerme daño, y cuando me puse, con gran secreto, a pincharme con alfileres y a pegarme con libros en las articulaciones, no chocará a nadie que a mi madre le llamara prontamente la atención mi aspecto «delicado». Las reglas higiénicas, que tan escrupulosamente se observan hoy, eran casi desconocidas hace cincuenta años, y, entre las gentes profundamente piadosas en particular, reinaba una especie de fatalismo en lo concerniente a las enfermedades. Si alguien se ponía enfermo, era que la «mano del Señor se había extendido para castigarle». Y se multiplicaban los rezos para explicar al paciente y a su familia en qué él o los suyos habían pecado. Gentes, por ejemplo, establecidas sobre un sumidero, se preguntaban con angustia la causa de haber incurrido en el desagrado del Eterno; pero no pensaban en mudarse de casa. Como yo estaba muy pálido y muy nervioso y dormía mal por las noches, atormentado por pesadillas y dando gritos penetrantes durante el sueño, me llevaron a casa de un médico, que me desnudó y me palpó todo el cuerpo (lo que me dió buenas ideas para mis prácticas mágicas). Recomendó... lo que los médicos recomiendan siempre...; pero no se hizo nada. Si estaba débil, era por la voluntad del Eterno, y no teníamos más que bajar la cabeza.

La cosa concluyó por una especie de crisis nerviosa, en la



que perdí todo imperio sobre mí mismo, llorando y sollozando, golpeando mi cabeza sobre la mesa. En aquel momento tenía conciencia del dualismo de que ya he hablado; mientras que una parte de mi individuo se abandonaba por completo y era incapaz de resistir, la otra, cosa rara, parecía permanecer a distancia profundamente impresionada. Yo estaba solo con mi padre cuando se produjo repentinamente esta crisis, y observé con interés que estaba muy alarmado. Como hacía tiempo que no había salido de Londres, a las caricias que me prodigaron para calmarme, contesté que quería irme al campo. Como Talstaff, hablé con voz débil de «prados verdes». Mi padre, después de haber reflexionado un instante, propuso llevarme a Primrose Hill. Yo no había oído pronunciar nunca el nombre de aquel lugar y los nombres han hablado siempre a mi imaginación. Me entusiasmó en alto grado semejante proposición y me costó trabajo ocultar mi impaciencia. En cuanto pude, de mano de mi padre, me puse en camino hacia el Oeste; llevaba el corazón lleno de agradables presentimientos. Esperaba ver una montaña cuajada de flores, una florida constelación, como la colina que conducía al castillo de Montgomery, en el poema de Jhon Donne. Pero cuando llegamos por el camino de Chalk Farm, apareció a mis ojos una miserable eminencia; estaba ya entonces rodeada de casas casi por todas partes; la hierba estaba pisada, y aquello se parecía tanto al campo como Poplar al Paraíso. Nos sentamos en un banco, en la cumbre de aquel lugar sin belleza, y me eché a llorar: «¡Oh papá!—murmuré sollozando;—volvámonos a casa.»

Fue la época lacrimosa de una vida que antes no fue dada al llanto. Preciso es que todavía cuente una historia de lágrimas. Por aquella época, en el otoño de 1855, más de una noche, se vieron turbados mis padres por los gritos que daba yo desde mi cama. Acudían presurosos y me hallaban con una angustia, cuyas causas no podía descubrir. El hecho es que estaba fuera de mí, aterrado por el miedo a los aparecidos, a los que unos audaces ladrones cogidos en nuestra calle habían



dato una realidad exasperante. Nuestra criada, que dormía en los altos de la casa, vió o creyó ver a la luz de la luna, a un hombre, cuya sombra se destacaba en el cielo, deslizarse a lo largo del tejado y saltar a nuestro cuarto. Ella dió un grito y huyó. Por añadidura, como si aquello no fuera bastante para mis nervios delicados, cometióse un horrible asesinato en una panadería, situada en la esquina de Caledonian Road, asesinato que nos impresionó tanto más, cuanto que mi madre «pensaba», en aquel momento, comprar el pan en aquella tienda. No se cuidaban, hace cincuenta años, de contar tales cosas delante de los niños; por lo menos, tal sucedió conmigo, y me convertí en un verdadero manojito de nervios.

Pero lo que sobre todo me hacía gritar por la noche, era que—cuando después de haberme acostado, héchome rezar y rezado ella misma, bajaba mi madre la escalera—empezaban inmediatamente a dejarse oír diversos ruidos. Era como un roce de telas, palmadas, respiraciones jadeantes, ronquidos, pisadas. Estos horribles sonos ahogados continuaban, luego se extinguían poco a poco para volver a empezar. Yo rogaba a Dios, con mucho fervor, que me protegiese contra mis enemigos, y a veces lograba dormirme. Pero en otras ocasiones, mi valor y mi fe me abandonaban y llamaba: «¡mamá, mamá!» Entonces mis padres subían la escalera para consolarme, acariciarme y asegurarme que no había nada. Y no había nada mientras que permanecían en mi cuarto; pero, en cuanto se marchaban, volvía, a más y mejor, la misteriosa zarabanda. Mi madre concluyó por descubrir que todo el mal procedía de un cartel de textos bíblicos, colgado de un clavo en la pared; nada se movía mientras que estaba cerrada la puerta de la habitación, pero cuando se dejaba abierta (para que mis padres pudiesen verme llamar) el cartel se ponía a moverse por la corriente de aire, y producía los ruidos más intolerables.

Varias cosas contribuyeron, en aquellos momentos, a crear en mi conciencia una oposición a los rígidos principios que mi padre le había impreso. La cuestión de la eficacia de la ora-



ción, que ha atormentado a cerebros mejores que el mío, empezaba a turbarme. Yo oía repetir a menudo que si se desea una cosa no se debe, decía mi madre, «perder el tiempo en buscarla, sino pedir a Dios que nos guíe hacia ella». En varias circunstancias de su vida, eso es lo que rigurosamente hicieron mis padres. Detendríame aquí sobre sus teorías, que mi madre expuso con tan enérgica precisión en sus publicaciones. Pero descubrí que se establecía una diferencia, en esta materia, entre mis privilegios y los suyos, lo que acarreó varias discusiones. Mis padres decían: «Pide todo lo que necesites al Señor, y te lo concederá si tal es su voluntad.» Yo tenía deseos de un peón de colorines que vi en el escaparate de una tienda, en Caledonian Road. En consecuencia, añadí a mi oración de la noche un ruego encarecido por tal objeto con el prudente aditamento: «si tal es tu voluntad». Esta petición, lo recuerdo, puso a mi madre en un dilema embarazoso, y consultó a mi padre. Este, cogido de improviso, me declaró que no debía rezar por tales cosas. A lo que repliqué, preguntando: «¿Por qué?», y añadí que él me había dicho que rezara por todo lo que nos es necesario, y que aquel peón me era mucho más necesario que la conversión de los paganos y la vuelta de los judíos a Jerusalén, dos asuntos que se repetían todas las noches en mis oraciones que me dejaban frío.

Tengo razones para creer, al recordar esta escena que se desarrolló en nuestra sala a la luz de la vela, que a mi madre la desconsolaba mucho mi lógica. No se había ella recatado de decir públicamente que «ninguna cosa, ninguna circunstancia eran demasiado insignificantes para exponerlas al Dios del Universo». Yo sostuve que esto se aplicaba igualmente al peón, que tenía mucha importancia para mí. Observé que mi madre no se mezclaba en la discusión, sostenida por mi padre con mal disimulada contrariedad. Personalmente, nunca había ido él tan lejos como ella sobre la eficacia de la oración, en lo que concierne a las cosas materiales; y si, como presumo, mi madre no creía que se me debía regañar, mi padre no podía



menos de comprender que permitir que un niño tan pequeño ejerciera tal privilegio, era reducir al absurdo su teoría favorita. Cesó de razonar, y declaró en tono perentorio no estaba bien que rezase por objetos tales como una peonza, y que no debía hacerlo. Como su autoridad era soberana, cedí; pero, desde entonces, quedó quebrantada mi fe en la eficacia de la oración. Una sospecha terrible había cruzado por mi espíritu; preguntábame si la razón por la que no debía rezar por la peonza era su excesivo precio para mis padres, razón que se me daba de ordinario para no comprarme lo que deseaba.

Al cumplir los seis años, hice algo muy malo: cometí un acto de desobediencia, por el que mi padre, tras una solemne reprimenda, me castigó como si realizase un sacrificio, dándome varios golpes con una caña. Este castigo estaba justificado—lo mismo que justificaba todos sus actos—por este pasaje de la Escritura: «El que no usa de su vara, odia a su hijo.» Supongo que hay niños de temperamento sombrío y linfático, a los que unos cuantos varazos reaniman y avivan. Esto es, sobre todo, un asunto convencional, porque el castigo, dicese, es sufrido con orgullo por los niños de nuestra aristocracia, mientras que no lo toleran las clases inferiores. Revelé, a lo que creo, lo vulgar de mi naturaleza, porque, lejos de mostrarme humilde y contrito, me enfureció el castigo. No puedo explicar la rabia loca que se apoderó de mí en tal ocasión. Mi querido, mi excelente padre, me había pegado, sin gran rudeza, sin la menor cólera y con el sincero deseo de perfeccionarme. Pero careció de tino, sobre todo en lo que concernía «mi consagración al Señor». Esta consagración había contribuido a excitar mi vanidad, y hay naturalezas a las que es funesto ser humilladas. Confieso con vergüenza que, durante algunos días, vagué por la casa, alimentando en mi corazón sentimientos de odio y de venganza contra mi padre. Este no sospechó que el castigo no había sido completamente eficaz, y no me guardó rencor; así es que, pasado un tiempo, olvidé mi resentimiento, y le perdoné. No creo, sin embargo, que el uso de los



castigos corporales sea un elemento conveniente en la educación de niños altivos y sensibles.

Mis torpezas teológicas, de otra parte, acarrearón un acto tan pueril y tan absurdo, que no me arriesgaría a contarlo si no arrojase alguna luz sobre el asunto que me propongo tratar en estas páginas. Mi espíritu continuaba preocupado sobre la misteriosa cuestión de la oración. Me intrigaba mucho saber por qué, si somos hijos de Dios, y si vela por nosotros noche y día, no podíamos pedirle, en nuestros rezos, juguetes, bombones y lindos trajes, tanto como la conversión de los paganos. Justamente en aquella época, se celebró en nuestra Sala un servicio especial en el que se llamó particularmente nuestra atención sobre lo que llamábamos «el campo de los trabajos misioneros». El Oriente estaba representado, entre los Santos, por un excelente Par irlandés que, en su extrema juventud, convirtió a una mujer de color, con la que se casó. Esta asiática tomaba parte en nuestras reuniones del domingo por la mañana, y era para mí un objeto de terror invencible. Huía de sus amables caricias y la identificaba vagamente con un personaje del que se hablaba con frecuencia en nuestro círculo de familia: el «Diablo personal».

Todo esto me llevó a reflexionar sobre la idolatría, severamente censurada en la reunión de Misiones. Hice sufrir a mi padre un detenido interrogatorio sobre la naturaleza del pecado, y le obligué a decirme que la idolatría consistía en rezar a alguien o algo que no fuese el mismo Dios. Según las palabras de nuestro cántico, los paganos, en su ceguera, doblaban las rodillas ante objetos de madera y de piedra. Insistí con mi padre sobre el asunto, y me aseguró que Dios se irritaría mucho y haría sentir su cólera sobre el que, en un país cristiano, se inclinara ante un objeto de madera o de piedra. No sé por qué me mostré tan obstinado en este asunto, pero recuerdo que mi padre no ocultó su disgusto en responderme. Decidí entonces intentar la aventura, y, una mañana, mientras que mis padres estaban fuera, me preparé al acto de herejía. En-



tré en la sala del piso bajo, y conseguí, no sin dificultad, poner una silla sobre la mesa, cerca de la ventana. Mi corazón latía con inusitada violencia, pero persistí en mi empresa. Me arrodillé en la alfombra, frente a la mesa, y, alzando los ojos al cielo, repetí mi oración diaria en alta voz, substituyendo solamente la invocación habitual por «¡Oh, Silla!»

Realizado sin percance alguno este acto de idolatría, esperé para ver lo que ocurría. El tiempo estaba hermoso, y fijé mis miradas en un punto del cielo sobre las casas fronterizas, donde pensaba ver aparecer algo. Dios iba ciertamente a manifestar su enojo de alguna manera terrible, y a castigar aquel acto de impiedad voluntaria. Yo estaba alarmado, pero más excitado todavía; todo mi ser respiraba un reto altanero y tenaz. Pero no ocurrió nada; no hubo ni una nube en el cielo, ni un ruido insólito en la calle. Al cabo de un momento, tuve la absoluta seguridad de que no pasaría nada. Había cometido un acto de idolatría, ostensible, voluntario, y Dios permanecía indiferente.

Esta ridícula escena no me hizo dudar de la existencia y omnipotencia de Dios, fuerzas que yo no pensaba un solo instante en desconocer; pero disminuyó más todavía mi confianza en las luces de mi padre sobre la voluntad divina. Habíame dicho positivamente que si adoraba un objeto de madera, Dios manifestaría su cólera. Había yo adorado un objeto hecho, en parte por lo menos, de madera, y Dios no había manifestado absolutamente nada. Luego mi padre no estaba realmente al tanto de la manera que tenía Dios de obrar en casos de idolatría. Borré este asunto de mis pensamientos, y me volví a sumir en las profundidades insondables de la *Penny Encyclopædia*.

EDMUNDO GOSSE

(Continuará.)



# EL CLONDIC

## Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

---

### I

#### De San Francisco a Dawson.

En 4 de Junio de 1898, un vapor recientemente construído, el *San Pablo*, zarpaba de San Francisco con rumbo a San Miguel. Llevaba a bordo doscientos setenta y cinco pasajeros, que esperaban llegar al Clondic pasando por la desembocadura del río Yukon. En el invierno anterior, unos exploradores habían tratado de franquear el paso Chilkort; pero el rumor de las miserias que tuvieron que sufrir que llegó a San Francisco, no había contribuído en poco a que mis compañeros de viaje y yo hubiésemos adoptado el viaje por agua, más largo, pero más seguro.

A los ocho días llegábamos a Dutch-Harbour, en las islas Aleutianas, en donde el *San Pablo* fondeó para embarcar carbón. Había allí, y tres millas más allá, en Unalaska, otros vapores y grandes veleros, llenos todos de pasajeros para el Clondic, unos tres mil, entre los que figuraba un gran número de mujeres. La diversidad de trajes daba a aquella banda un raro carácter.

En la orilla estaban acampados los viajeros que llegaran



seis semanas antes de Boston. Esperaban allí el deshielo y el arribo de un barco que los condujese a San Miguel.

Estos atrevidos viajeros procedían de Nueva Inglaterra y de los Estados Unidos. Como no estaban habituados a vivir en tiendas, sufrían cruelmente con la bruma, que no se disipó un minuto. Los propietarios o empresarios de su barco se habían comprometido a llevarlos hasta San Miguel, pero les habían sencillamente desembarcado en Unalaska y mandaron el vapor a Seattle para tomar varios pasajeros; así era que la mayor parte de aquellos desdichados, como no contaron con semejante etapa forzosa y no habían hecho, por consiguiente, provisiones, carecían de abrigo, de trajes, de alimento y de dinero. Asombrará quizá que los tales, mujeres, en su mayoría, se hubieran lanzado sin recursos a semejante expedición; pero si todo el mundo fuese rico, nadie se aventuraría en empresa alguna, y el mundo permanecería inactivo.

En la isla se estaban construyendo varios barcos, destinados a hacer el servicio del Yukon. Eran barcos de mediano tamaño, hechos para llevar ciento cincuenta pasajeros, con una carga de doscientas toneladas, y que, una vez cargados y estivados, habían de tener un calado de unos cuatro pies. En cuanto estuvieran dispuestos, habría que remolcarlos hasta San Miguel, porque no hubiera sido prudente abandonarlos a sí mismos para atravesar la extensión de mar que de aquel punto los separaba, un millar de millas aproximadamente.

Recorrí, sobre un suelo remojado, cubierto de tiendas, las tres millas que separan Unalaska de Dutch-Harbour. No hallé sino rostros inquietos y recelosos. El aire estaba pesado y cargado de humedad. No se veía el sol. Llovía, nevaba o hacía niebla, sin cesar y alternativamente, cuando no lo teníamos todo a la vez. ¡No era nada alentador aquel alto en el camino de la fortuna! A continuación de la orilla, la tierra, desnuda y desolada, ofrecía una superficie montañosa, desprovista de árboles y de verdor.

Una capilla rusa, dos o tres almacenes para el comercio,



unas cabañas de madera y unas tiendas de campaña para los empleados de las agencias de transportes y los obreros empleados en los astilleros, fue todo lo que se presentó a mi vista. La cosa no era para ponernos alegres, porque pensábamos, si tales eran el suelo y el clima de Unalaska, lo que sería allí abajo, a un millar de millas más allá, en los hielos del Norte.

Me puse a examinar con atención a aquellos tres mil seres, curioso de conocer un poco a los que iban a ser a la vez mis rivales y mis compañeros en la explotación de la nueva tierra del oro. No observé entre ellos ni muy ricos ni muy pobres. No había allí ni capitalistas, ni miserables, ni viejos, ni jóvenes. Los dos tercios tal vez procedían de los Estados Unidos, de la costa del Pacífico en su mayor parte. El tercio restante contenía una buena proporción de suecos. Los que han nacido en los países fríos, buscan el frío por todas partes adonde van; y lo contrario parece ser verdad; porque vi muy pocos italianos, mejicanos, españoles y franceses. Hice la misma observación durante mi estancia en el Clondic, exceptuando, por supuesto, a los canadienses franceses, que eran los viajeros habituales de esta tierra de hielo y nieve.

En las tres millas, no vi a ninguno que estuviese enfermo. Si eran pobres, si carecían de todo, por lo menos estaban bien provistos de salud. Todos parecían vigorosamente constituidos. Hasta las mujeres parecían haber previsto todos los males físicos que tendrían que sufrir en aquellos países norteros, y haberse preparado a ellos estoicamente. Supe también, al hablar con unos y con otros, que pocos de aquellos habían ya vivido o trabajado en un país minero, y que su ignorancia era igual a su valor. No sabían ni lo que tendrían que hacer, ni cómo tendrían que proceder. Por todo esto, su humor era tan sombrío, por lo menos, como el cielo, y, aunque algunos de ellos llevaban allí varias semanas, me enteré de que no había habido la menor diversión; ni música, ni bailes, ni paseos, ni el más insignificante ágape. Todos pensaban en lo pasado, en lo porvenir... Todos, a pesar de su inquietud, esperaban con



impaciencia el momento de ponerse en camino, sin demora, hacia el fin.

Eran seres escogidos, como lo fueron los argonautas, en el mundo entero, capaces de arrancar el oro a aquella tierra todavía inexplorada, y de hacer que brotase un nuevo continente, libertado de aquellos hielos eternos.

El 23 de Junio salíamos de Duth-Harbour, y dos días después bogábamos lentamente entre los bancos de hielo del mar de Bering. Desde lo alto del palo mayor no se percibía más que témpanos y agua hasta perderse de vista. Pero el agua era tan poco profunda, que el contramaestre tenía que ir sonando.

Estábamos a cuarenta millas de la costa, y no había diez pies de agua bajo la quilla del barco. Procede esto de que el río Yukon arrastra, en sus crecidas de primavera, gran cantidad de árboles, de tierra, de vegetales, que se amontonan en las orillas, ya poco profundas, del mar de Bering. Este fenómeno se produce todo a lo largo de la costa de Alaska, durante cientos de millas. Llegará un día en que el Océano Artico no será más que un mar sin salida, una especie de inmenso lago, y se podrá pasar a pie enjuto de Asia a la América del Norte.

Este mar de Bering es más bien un estrecho que un mar. No tiene ni corrientes violentas ni fuertes mareas; y nada arrastra ni mueve de lugar a la masa de restos aportados por el río. Permanecen, pues, casi inmóviles, se deslizan aquí y allí en el estrecho mar que separa la Siberia de esa parte de Alaska regada por el Yukon; y el resultado, aunque todavía lejano, parece fatal.

Por esta misma razón se ven los buques obligados a alejarse de la costa; pasan tan lejos de las bocas navegables del Yukon, que ni siquiera son visibles desde lo alto del palo mayor. Continúan más al Norte por el estrecho canal que bordea el Noroeste de América, y van a fondear al puerto de la isla de San Miguel, a sesenta millas arriba de las bocas del río.

Avanzábamos lentamente, deslizándonos entre los témpa-



nos, sobre los que a veces veíamos una foca que se sumergía al acercarnos.

No había viento y no parecía que hubiese tampoco corriente. Ya los témpanos, de reducido tamaño, que venían del Océano Artico, se quebraban para formar otros menores, bajo la influencia de la diferencia de latitud.

A la mañana siguiente, al subir a cubierta, nos encontramos en la bahía de San Miguel, y pudimos entonces contar veintidós buques, entre vapores y veleros de alto bordo, anclados alrededor nuestro. Todos habían llegado hacía poco, y cada cual había traído pasajeros y provisiones para el Clondic, situado a mil seiscientas millas aguas arriba del Yukon.

Allí tuvimos la primera impresión de lo que es el mosquito de Alaska; es en verdad digno de su fama. Mucho mayor que las moscas, es de una crueldad extraordinaria. Su aguijón penetra fácilmente un guante de piel corriente. Estos mosquitos llegan en nubes densísimas, y los pasajeros que acabábamos de llegar parecíamos ser sus favoritos. Nada podía defendernos contra sus ataques, y el *San Pablo*, fondeado a una media milla de tierra, era todavía nuestro mejor amparo. Unos cuantos solamente, entre los más sedientos de sangre, se atrevían a afrontar aquella extensión de agua, en donde hallaban pronta muerte.

La isla no contenía más que una mísera fonda, y nada de población urbanizada; unas cuantas toscas viviendas, algunos almacenes pertenecientes a sociedades comerciales, y unas tiendas de campaña ocupadas por una compañía de soldados de los Estados Unidos, acampada en medio de los mosquitos. Muchos perros, cuidados por indios sórdidos, daban un poco de animación y de vida a aquel lugar desolado... Allí estaban, en fin, los viajeros para Dawson—unas cinco o seis mil personas;—pero vivíamos todos en nuestros barcos respectivos, porque las Compañías nos habían dado billetes directos que nos autorizaban a permanecer a bordo. Así, pues, estuvimos doce días en San Miguel, en el *San Pablo*, en espera del



primer barco fluvial que viniera de Dawson por el Yukon. Esta detención era lúgubre. Nuestra única distracción era ver las operaciones de la descarga del *San Pablo*, con ayuda de unas gabarras.

Ir a la costa nos originaba el dispendio de un dólar, sobre que allí no había nada que ver; el suelo estaba cubierto de «cabezas de negros», unas prominencias pequeñas de musgo negro, que entonces conocí, y de las que volveré a hablar más adelante. La pesca era buena, y comíamos muchos salmones y otros peces menores, de calidad excelente... Teníamos también para pasar el tiempo a nuestros compañeros del *San Pablo* y a nuestros vecinos de los otros barcos, con los que poco a poco habíamos trabado relaciones.

La distracción ordinaria, cuando podía uno procurarse un bote, era remar de un barco a otro, por las tranquilas aguas. Cruzábanse perpetuas preguntas: «¿Adónde va usted? ¿De dónde viene usted?» Todos esperábamos noticias, ya del Clondic, ya de Rampart y del río Tanana, ya de otros poblados y ríos vecinos.

Aún existía la antigua fortaleza rusa, que había sido transformada en comedor por la Compañía comercial de Alaska. Veíanse allí diseminados algunos cañones viejos, y en marea baja podíanse todavía percibir los restos de lo que fue un desembarcadero ruso. No había un árbol en aquella isla, de doce millas de diámetro por lo menos, sembrada de colinas o, más bien, de elevaciones pequeñas. No se podía avanzar por el interior, a causa de las marismas cubiertas de una débil capa de hielo, y de las «cabezas de negros», que hubieran parecido penosas hasta con las botas del Ogro. La aldehuela a orillas del mar, en donde vivían los esquimales, estaba llena de peces, de basura, de perros y de chiquillos.

Hay que ir allí para darse cuenta del papel que desempeña el pescado en la alimentación de los naturales. El pescado—léase salmón—es para ellos lo que el arroz es para los chinos, la carne para los caucasianos, la lenteja para los egipcios.



Por fin, el 6 de Julio, de madrugada, un vapor, negro de gente, llegaba a toda marcha del Sur y doblaba la punta del puerto. Deteniase junto al muelle carcomido, desembarcaba en seguida sus pasajeros y continuaba directamente su rumbo hasta llegar cerca del *San Pablo*, fondeado en medio del canal. Cuando los dos buques estuvieron abarloados, echáronse unas planchas que permitieron pasar de uno a otro, y entonces vimos una larga fila de hombres que pasaba al *San Pablo*; unos llevaban al hombro sacos llenos de oro en polvo, otros, por parejas, transportaban unos cofrecillos de madera. Después izaron de la cala al puente unos cofres mayores, fuertemente atados, que apenas podían manejar cuatro hombres. Y este tesoro no era más que una pequeña parte de los millones que se depositaban en el *San Pablo*. Nosotros, recientemente llegados, con los ojos muy abiertos por la admiración, mirábamos con delicia aquellos sacos, aquellas cajas que, desde la banda alta y negra de aquel buque, pasaban lentamente al nuestro. En cuanto a mí, me decía que en un país del que se había sacado tanto oro, tenía que haber mucho más todavía que sacar.

Si verdaderamente había oro en el Clondic, como aquella exposición parecía probarlo, teníamos todos grandes probabilidades de encontrarlo, y yo estaba completamente decidido a continuar mi viaje. Este incidente aumentó nuestro deseo y nuestra impaciencia por marchar.

A los dos días, el mismo vapor, el *Leach*, zarpaba para Dawson. Llevaba a proa una barcaza chata, de 175 pies por 75, cuya cala sin profundidad estaba llena de equipajes, y la cubierta dispuesta de tal manera, que servía a la vez de camarotes y de comedor. Todo estaba cubierto por un techo raso, sobre el que había largas mesas en las que podían comer al mismo tiempo 175 pasajeros. El *Leach* llevaba 125 más. Aunque sencillo, el arreglo de la barcaza no era demasiado incómodo. Los días muy largos, casi sin noche, y el tiempo relativamente caluroso, atraían a casi todo el mundo a cubierta para contemplar el río profundo, ancho y robusto que se dirigía



hacia el mar, cuyo rumor llegaba hasta nosotros. Parecíanos que aquel río, tan tranquilo y, sin embargo, tan potente, dominaba al mundo entero, como dominaba al ligero esquife que nos llevaba sobre sus aguas.

Pero no hicimos estas reflexiones sino más adelante. Nuestra primera singladura fue francamente desagradable. Teníamos que recorrer las sesenta millas de costa que hay entre San Miguel y la desembocadura del Yukon. Aunque alejados de tierra cinco millas por lo menos, navegábamos sobre bancos de arena, hasta el punto de que el *Leah* y la barca, cargados como estaban, apenas tenían cuatro pies de agua bajo su quilla. Allí tuvimos un primer ejemplo de la pujanza de aquel río, capaz de levantar el fondo del mar. El viento venía de tierra. La bruma descendía, y la lluvia nos azotaba. Las olas agitaban la larga barcaza, y pronto se dejó de ver la tierra. Las mujeres lloraban y gemían. Los hombres sabían muy bien que no había más que cinco pies de agua hasta la costa; pero pensaban también que la costa estaba lejos, que el mar estaba negro y glacial... Todo esto no era para ponernos de buen humor, y estos últimos momentos de nuestro viaje no fueron para darnos ánimos.

Un estrecho canal, bastante profundo, estaba cuidadosamente indicado; pero nuestro capitán, fuese ignorancia, fuese incuria, se dejó arrastrar afuera y encallamos. Desde los primeros días que pasé allí, pude observar que esa ignorancia y esa incuria eran generales; los que carecían de bienes que salvar, se cuidaban muy poco de quienes los tenían. Permanecimos así inmovilizados en el limo durante treinta horas. La barcaza era una rémora para el buque, y costó mucho trabajo desprenderla. Por fin, en marea alta, volvimos a tomar el rumbo y reanudamos la marcha, pero con circunspección. Habíanse arriado los botes, y nosotros sondábamos el fondo del agua con unas perchas, desde la cubierta de la barca.

Gradualmente, iba ensanchándose y profundizándose el canal, y pronto, después de haber trazado una vasta curva,



entrábamos en la corriente blanquecina de aquel Yukon tan terrible y, no obstante, tan deseado. Aquel brazo tenía dos o tres millas de ancho, y bajo sus aguas, de un blanco lechoso, parecía deslizarse toda una selva. El delta bajo, formado de aluviones, parecía una vasta alfombra, formada de troncos, zarzales y maleza, como un bosque boca abajo. Al acercarnos, miles de gansos y de patos se alejaban rápidamente nadando, sin tratar de volar. Observé que muchos polluelos de dos o tres semanas habían seguido a sus padres hasta allí, aunque la orilla estaba a una buena milla de distancia. Avanzábamos rápidamente, y no tardamos en dejar atrás otro río procedente del Norte, y en el que, a dos o tres millas de su confluencia con el Yukon, se encontraban los cuarteles de invierno de los barcos del río. El deshielo, en primavera, es más rápido en los puntos extremos del río que en San Miguel; de suerte que los buques que estacionan en el río pueden salir para el Clondic dos o tres semanas antes que si pasaran el invierno en aquel puerto.

Al día siguiente nos deteníamos dos horas para proveernos de leña, ¡y de mosquitos! La leña la cortan hombres blancos, durante el invierno, lo más cerca posible de la orilla, lo que facilita su embarque. Son, sobre todo, álamos, cedros, abetos, cortados en pedazos de cuatro pies de largo, que se venden a cosa de ocho dólares la «cuerda». Una *cuerda* de leña es una pila de cuatro pies de alto, ocho de largo y cuatro de ancho. Nuestro vapor consumía una *cuerda* por hora, y hacía mientras tanto cuatro millas, teniendo que luchar contra una corriente de cinco millas por hora. Más adelante supimos que ningún nadador podría remontar diez metros de esa corriente.

¡Maravilloso río, que durante tantos años ha proporcionado tanta agua a los Océanos, sin llamar la atención del mundo civilizado!

Los mosquitos tenían tanta audacia como hambre. Cómo podían sufrirlos aquellos pobres leñadores, lo ignoro. Tal vez concluían por acostumbrarse; sin embargo, oí contar más ade-



lante a unos exploradores del Koyukuk—un río tributario del Yukon,—que se vieron obligados, por el número de tales mosquitos, una verdadera plaga, a volver sobre sus pasos y renunciar al viaje. Afortunadamente, no nos perseguían hasta en medio del río, en donde nuestro barco se mantenía por lo general; de suerte que nos veíamos libres de ellos, excepto cuando nos deteníamos en alguna estación para renovar nuestra provisión de leña.

El sobrecargo del *Leah* compraba perros para acompañarle. Adquirió así treinta o cuarenta, cuyo precio oscilaba entre veinte y cincuenta dólares cada uno, que pagaba en dinero o en especies, y que destinaba al viaje de invierno en el Clondic. Eran, en su mayoría, perros de la raza de Malamut, que es la raza del país, y que se pretende que tiene mucho más de lobo que de perro; obedecen al hombre, pero se pelean constantemente entre ellos. Es imposible dejar dos atados juntos, por el encarnizamiento con que se disputan la comida. Sus dientes de lobo cortan y atraviesan como puntas de lanzas. Vi en San Miguel un perro ensangrentado, cruelmente mordido en la oreja, al que todos los demás acosaban, mordían y hubieran concluído por matarle, si sus amos, unos esquimales, no les hubieran ahuyentado a palos. A pesar de su ferocidad, nunca oí decir que un malamut de raza atacara a su amo, a menos que no fuese para arrancarle alimento, durante los días largos y fríos, y las noches negras y terribles de la estación invernal. Hay que colgar de altas perchas los cestos de provisiones, que una puerta ordinaria no bastaría a proteger contra sus ataques. Pero, como estábamos en verano, permanecían tumbados en cubierta, y no se levantaban sino cuando se les echaba de comer. No son perros de adorno; son animales fuertes, resistentes y de un gran socorro durante el frío. Se les alimenta con pescados, secos o frescos; por lo general, salmones.

Los salmones de Yukon son de excelente especie. Como viven en las partes más frías de las aguas, su carne es dura y blanca. Hay uno que se llama el *salmón rey*, cuyo peso alcan-



za a menudo cincuenta libras; el matiz de sus escamas es una especie de carmín o púrpura obscuro. El cocinero del barco pagaba muy bien, a los habitantes del país, ese pescado regio.

Los esquimales los pescaban de varias maneras, de las que la más rara era ciertamente ésta: clavaban juntas, en sentido longitudinal, unas tablas de un pie de ancho y una pulgada de espesor, hasta obtener una especie de cepo, de forma triangular, apenas más ancha que un salmón de tamaño medio. Sumergían el aparato en cinco pies de agua, a un pie de la superficie y a veinte yardas de la orilla. El salmón que nadaba bordeando aquélla y remontaba la corriente, iba a caer en aquel lazo bien sencillo, y no podía libertarse, por ser incapaz de volverse, y porque los salmones que venían detrás se agolpaban sobre los primeros.

Nosotros vimos sacar de uno de aquellos aparatos ochenta gruesos salmones en unos cuantos minutos, y los indios nos aseguraron que cogían así diariamente enormes cantidades, durante el tiempo que luce el sol.

En *Holy Cross Mission*, un antiguo establecimiento ruso, pudimos darnos cuenta de la manera que tienen de vivir los naturales y de prepararse a invernar. Los pescados llegaban en abundancia, y todos los indígenas, incluso los niños pequeños, ocupábanse en llevarlos a lo alto de la costa, abrirlos y colgarlos, ya de los árboles, ya de tenderetes provisionales, ya de los techos de sus cabañas, en todas partes, en fin, en donde el pescado pudiera secarse, sin estar al alcance de los perros.

Estos se regalaban con los desperdicios que los arrojaban, y saltaban alrededor como para demostrar su contento. El olor no era de los más agradables; estos secaderos sobre el Yukon recordaban nuestros mataderos.

La duración del sol es de unas seis semanas, y en este tiempo los naturales deben aprovisionarse de víveres para sus familias y sus perros hasta la estación siguiente. El Yukon inferior no es rico en caza, y puede decirse que, añadiendo los gansos y los patos, el pescado es el único recurso del país. No



se cultivan cereales. Los indígenas compran la harina y otros géneros a comerciantes a quienes pagan en perros y en pieles; así provistos, pueden durante los largos inviernos dedicarse a la pesca.

La atmósfera, cerca de la costa, estaba sombría y cargada de brumas; pero de día en día aclaraba el tiempo, aunque íbamos avanzando tanto hacia el Norte como hacia el Este, y hubiésemos franqueado el círculo ártico. La barcaza en que vivía más de la mitad de nosotros tenía una especie de tejado plano, de diez pies de altura, y que se extendía sobre el comedor y los camarotes, lo que nos servía de un lugar de paseo bastante agradable. Poco a poco nos íbamos conociendo unos a otros. Exponíamos y desarrollábamos nuestros proyectos de porvenir. Había entre nosotros algunas mujeres que iban hacia lo desconocido con un valor y una fuerza de carácter admirables. También ellas iban en persecución del oro que nosotros, los hombres, íbamos a buscar, de una manera, sin embargo, un poco diferente, porque ellas esperaban alcanzarlo gracias a los maridos que venían a buscar entre nosotros. Eran mistress Juliet y su atractiva hija Georgia, de una antigua familia de Virginia, cuya fortuna se había desmoronado, y que constituían por entonces ellas solas toda su familia. Sin embargo, aventurábanse en aquellas regiones heladas tan tranquilamente como si se tratara de un viaje de recreo.

—Georgia—dije una tarde, mientras que mirábamos juntos la maravillosa puesta del sol,—¿quién ha podido sugerirle la idea, a usted y a su madre, de ir así al Clondic, absolutamente solas y sin ningún conocimiento del país?

—No sabíamos adónde ir—me contestó ella.—Yo me dedicaba al teatro, pero no pude conseguir contrata para este año. Había que vivir. Yo leí, no sé dónde, que hay oro en el Clondic, y dije a mi madre: —Vamos allí. Siempre podremos trabajar de lavanderas, si es preciso... Pero tengo esperanzas de no llegar a ese extremo—añadió con una sonrisa.

Y sus esperanzas se realizaron, porque se casó con uno de



los mineros más favorecidos por la suerte; y hoy mistress George Thorneill, para matar el tiempo, hace el viaje de San Francisco al Cairo, en compañía de su marido y de su madre. Pero esta boda no se celebró hasta dos años después.

Había también una familia sueca: la madre, su hijo, su hija y su yerno. Procedían de Nueva York, y hacía en la barca el lavado para algunos pasajeros. La madre, aunque ya había pasado de los cincuenta, era una mujer enérgica y laboriosa. Más adelante se encontró con antiguo *prospector* riquísimo, con quien se casó. Tiene hoy una casa en San Francisco. Se ve por esto que si todas tenían esperanzas, hubo quienes las vieron cumplidas.

Teníamos también al coronel Rice, un ex-senador de los Estados Unidos, que venía de Arkansas e iba a Dawson para abrir allí una oficina de negocios, y a quien el azar llevó a ocuparse de minas. Ignoraba entonces que no podía ejercer su profesión de hombre de leyes en el territorio canadiense, cosa de que no se enteró hasta después. Estoy persuadido de que si hubiera habido entre nosotros alguien que pudiese casar a las gentes, el coronel se hubiera casado con dos mujeres por lo menos, de ser esto posible. Se me quejaba un día de que una mujer amiga suya estaba siempre indispuesta y le pedía una gotita de whisky. Ahora bien; la botella de whisky costaba diez dólares a bordo, en el momento de zarpar de San Miguel.—Era una advertencia de los precios del Clondic.—Y precisamente, tal vez a causa de su precio, todo el mundo estaba tan sediento como los soldados de Suez. En aquellas regiones, el alcohol parece a la vez más agradable al gusto y menos perjudicial a la salud que en latitudes más bajas. Durante los tres años que he pasado en el Clondic, hallé muchos hombres que tenían la costumbre de beberse todas las noches una botella de scotch, sin que pareciese perjudicarles. Sobre todo en invierno, en que el frío es tan intenso que el cuerpo reclama sin cesar estimulantes, el alcohol es completamente inofensivo. Aquellos hombres no estaban nunca ebrios: conservaban siem-



pre el perfecto conocimiento de sus actos y sus palabras.

Había también entre aquellos argonautas con rumbo a lo desconocido, dos damas de un ingenio y un físico notables. La primera, Mrs. Hitchcock, era la viuda de un oficial de la Marina de los Estados Unidos; la otra, miss Van Turen, pariente, por lo que entendí, de un ex-embajador de los Estados Unidos en el Japón. Viajaban juntas desde San Francisco, con la más rara colección de bagajes y efectos que jamás imaginó cerebro femenino: dos gigantescos perros daneses, una tienda que hubiera albergado a setenta y cinco personas—pudimos comprobarlo más adelante, cuando se armó en Dawson,—una porción de palomas y de aves raras, cajas y cajas de trufas, de *foie gras*, de sardinas, de aceitunas aliñadas, varias clases de instrumentos de música y un bowling-alley (1). Naturalmente, el transporte de estas maravillas de lujo, muy exageradas para un campamento minero en la zona ártica, costaba mucho más de lo que habían previsto aquellas señoras. Así, la cuestión del precio que había que abonar originó discusiones, y como Mrs. Hitchcock, que era la de mayor aplomo, poseía, sin perjuicio de sus otros talentos, la facultad de encolerizarse de tal manera que no se podía contestarle, el capitán y los pasajeros la juzgaban de distinto modo. Se concluía por dejar a esta señora en un rincón de la barca, a solas con sus pensamientos, y allí, aprovechando estos intervalos de silencio, escribía lo que apareció después, en forma de un libro, sobre el Clondic. La obra, de quinientas páginas, trataba de este viaje sobre el Yukon; añadió, después de su llegada, el relato de una estancia de dos semanas en Dawson y en los alrededores, en donde dispuso sus muebles de lujo, en medio de aquel campamento de mineros toscos y rudimentarios.

En cuanto a los hombres, eran de los que nos habíamos visto reunidos en tan gran número en el puerto de San Miguel. Los unos, que habían perdido su fortuna, esperaban recobrar-

---

(1) Especie de juego de bolos.



la; otros, ignorantes aún de los goces de la riqueza, se mostraban por esto llenos de ardor; algunos, en fin, habían sido arrojados como restos de un naufragio sobre aquel río inmenso, por los reveses de la vida, y éstos miraban lo porvenir sin grandes esperanzas y sin grandes temores. Había una crecida proporción de mineros procedentes del Sur de Africa, de Montana, de la Colombia inglesa y de otros países mineros. Todos eran vigorosos e intrépidos. Algunos escritores afirmaban que allí abajo la paga era de quince dólares diarios en las minas, y los mineros se apresuraban a acudir al Clondic.

Los días transcurrían rápidos y apacibles. Empezamos entonces a cruzarnos con embarcaciones menores, barcos que descendían el río y volvían a San Miguel. La primera que encontramos iba tripulada por diez hombres y llevaba una estufa, dos sacos de harina, habas, tocino, azúcar y patatas, así como otras legumbres, en cajas de hojalata. Corrimos agolpándonos a la borda de nuestro barco para interpelarlos.

—¿Qué noticias de Dawson?

—Malas—nos contestaron;—invierno frío, glacial, alimentos escasos, no hay trabajo. Se mueren de hambre a centenares. ¡Volveos, volveos a vuestras casas!

Estas palabras eran a la vez inesperadas y desconcertantes. No pensábamos que, aun cuando se pusiera el oro a montones en una pradera abierta a todo el mundo, siempre habría gentes que no lo recogieran y se quejasen. Seguían otros barcos. En un día contamos ciento once que descendían el río, llevando cada uno, por lo menos, quinientos hombres.

Muchos de aquellos barcos no podían aproximarse lo bastante a nosotros, en la rápida y ancha corriente del Yukon, para ponernos al habla; pero mientras que pasaban, resonaba largamente este grito sobre el profundo río: «¡Volveos, volveos! ¡El Clondic no vale nada!» Esto me recordaba, en su horror, el grito de la tripulación de Stanley al descender el Congo: «¡Sennenneh, sennenneh, sennenneh!» El río del Ecu-



dor y el del Polo Norte, repetían las mismas palabras de duda y desesperación, clamadas por voces humanas.

No había ni una mujer en aquellas embarcaciones, que, durante los largos días de verano, en que el sol se pone a las once y sale a la una, en que la noche es remplazada por un crepúsculo azulado y ambarino, no se detenían nunca, sino que seguían con la corriente recorriendo más de cien millas al día antes de llegar al mar. Con estos saludos de bienvenida, eran muchos los individuos que se mostraban indecisos e irresolutos, y más de uno se paseaba sólo y silencioso por el techo de la barcaza.

Si tenían que volverse del Clondic, ¿adónde irían por el mundo inmenso? ¡Y los comienzos prometían tanto, y el oro parecía tan bueno y tentador en San Miguel! Seguramente, aún debía de haberlo oculto en los helados retiros de aquellos ríos del Norte. Unicamente los cobardes y los débiles podían volverse sin afrontar una semana de sufrimiento y de fatiga. ¡Que se vuelvan, así habrá más sitio para los nuevos que lleguen!

Entonces mirábamos los paisajes luminosos y brillantes del río, con sus colinas escarpadas y sus rientes valles herbosos que bordeaban las dos márgenes, sin querer pensar en nada más que en Dawson y en lo porvenir.

En el sitio en que el Yukon recibe al Koyuluk, que parece ser el más importante de sus afluentes, percibimos unas veinte personas que habían llegado de Boston hacía uno o dos días, y entre las que contamos cinco mujeres. Aquellas gentes habían establecido su campamento en la arena de la orilla. Había allí un amontonamiento de objetos y utensilios de todo género, cuya mayor parte, a primera vista, no convenía en modo alguno a semejante expedición. A un país en que no había ni caballos ni tierras laborables habían llevado un carro y un arado; en vez de harina, estaban provistas de multitud de cajas de galletas por extremo voluminosas; por último, tenían fusiles y municiones, cuando no había en aquellas soledades



ni fieras que cazar, ni enemigo que temer, como no fueran los mosquitos. En cuanto a éstos, eso sí, los había para todo el mundo.

Pasamos allí una o dos horas. Cuando vieron que íbamos a dejarlos, nos suplicaron que les vendiésemos un poco de tabaco; carecían de ese artículo esencial, por lo menos tan necesario a los mineros como el tocino. El Koyuluk, que se proponían explorar en una chalupa de vapor, era entonces casi desconocido. Este río se extiende a más de ochocientas millas al Nordeste, y nace muy cerca del Océano ártico. Todas aquellas gentes venían a tales regiones por primera vez, y no parecía que tuvieran ninguna competencia.

Habían leído en los periódicos de Nueva Inglaterra lo que se contaba de los millones de oro de Alaska, y todos aquellos seres, cansados de arrastrar una vida estéril e improductiva, habíanse reunido para ir allí juntos, sin haber recibido nunca el menor consejo, sin haberse siquiera documentado seriamente sobre la naturaleza del país y sobre lo que necesitaran.

No preveía para aquellas pobres gentes sino la ruina y la muerte. Parecían verdaderamente bien solos y bien abandonados; y, mientras que nuestro barco se apartaba de la orilla y entraba en la corriente, nos miraban con tristeza, sentados en sus paquetes y sus barriles, en medio de una nube de mosquitos.

Unas cuantas palabras me bastarán para relatar los acontecimientos que siguieron.

Algunas millas de allí, la poca profundidad del río no nos permitió seguir nuestro rumbo, aunque todavía estábamos a más de doscientas millas de los famosos criaderos de oro. La expedición dejó allí parte de sus provisiones y, sin llevar más que lo necesario, se puso en marcha a través de las tierras desconocidas. No se encontraba oro sino en corta cantidad; porque, desconociéndose aún que había minas en las colinas, no se le buscaba más que en los riachuelos.

Así pasaron los días, sin aportar la menor esperanza. El



invierno se presentó pronto. Algunos permanecieron allí con víveres; pero los más volvieron al río, abandonando tras sí a los débiles, que murieron de frío y de hambre. Los otros volvieron al poco tiempo y pasaron el invierno en Rampart, en donde vivieron de la generosidad de los mineros del lugar. Al llegar la primavera se dispersaron, yendo unos a Dawson, otros a Tanana; algunos se volvieron a sus casas. Nunca he sabido que uno solo de ellos llegara a un resultado cualquiera. Es muy difícil hacer algo sin equiparse como procede y sin poseer conocimientos prácticos.

Uno o dos días después llegábamos al pie de los acantilados en donde se encontraba Rampart, aldea de mineros, compuesta de una veintena de cabañas de madera, y de dos o tres vastas construcciones que contenían las provisiones y los instrumentos mineros comprados a traficantes. Aquel día brillaba el sol, dorando los álamos que cubrían toda la llanura hasta la orilla del río, y cuyas copas chispeaban en el aire vivo y transparente. Se echó una plancha del barco a la orilla. En cuanto se hizo esto, acudieron unos hombres, delgados, rudos, harapientos. Sus rostros ávidos respiraban, sin embargo, salud, y en sus ojos brillaba un deseo que no podían ocultar.

Nuestro barco era el primero del verano que arribaba allí. El primer hombre que vimos preguntó al más próximo de los nuestros:

—¿Han traído el correo?

—Sí.

—¿De Nueva Inglaterra?

—Ciertamente, y me figuro que de todas partes. Pregunte al agente especial.

Este se encontraba ya en el puente con un paquetito de cartas.

—¿Cuál es su nombre?—preguntaba.

—James Stapleton.

Y aquél leía los sobres, mientras que los mineros permane-



cían a su alrededor, tan silenciosos como las aguas que corrían mansamente.

—Aquí tiene dos cartas de Portland—dijo el agente, entregándoselas a su destinatario.

Este parecía en éxtasis. Le hubiéramos aclamado. Estaba transfigurado cuando se alejó tambaleándose.

—Es de mi mujer—decía sencillamente.— Estamos en el mes de Julio de 1898, y no he tenido noticia de los míos desde que los dejé, en el mes de Mayo del año último.

Se fué hacia su cabaña, apretando las cartas con sus manos, sin querer abrirlas hasta encontrarse solo, al abrigo de miradas curiosas... Hay historias dramáticas de estos países del Norte que no se contarán nunca.

En aquel lugar, el río corre, durante cerca de doscientas millas, entre montañas bastante elevadas, cuyas cumbres afectan tan bien la forma de almenas, que se ha dado a ese país el nombre de *Rampart* (muralla). En toda la extensión de este recorrido, el Yukon es de una media milla de ancho, y lo bastante profundo para dar paso a un buque.

Las aguas son allí más claras, aunque el río Blanco, que afluye a él cerca de sus fuentes, más allá de Dawson, le da siempre un aspecto blanquecino. Ese río Blanco es bastante caudaloso. Las tierras volcánicas que atraviesa dejan en sus aguas tantas cenizas y lavas, que en el lugar en que penetra en el Yukon tiene éste el aspecto de una sopa de leche. Así como bastan unas gotas de leche para colorear un vaso de agua, así el río Blanco cambia el color del gran Yukon, a pesar de todos sus afluentes, que proceden de las nieves perpetuas del Norte, en número de una docena por lo menos, de los que, sin embargo, no hay uno que le sea inferior desde el punto de vista del caudal de agua. Como la corriente es más rápida entre esas *murallas*, avanzábamos con mayor lentitud, sobre todo cuando las colinas de formación granítica tenían poca vegetación en las orillas. Parecían suspendidas sobre el río, que se estrechaban, y formaban en varios puntos un ángulo tal con la superfi-



cie del agua, que nos parecía pasar bajo una tienda gigantesca. Esta parte de nuestro viaje era magnífica, y permanecimos en el techo de la barca desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche, no substrayéndonos a la contemplación de tales maravillas sino para ir a comer.

El baile, el violín y la mandolina nos ayudaban a pasar agradablemente el tiempo. El sol era tibio. Ibamos hacia el Este, y todas las tardes el ocaso formaba tras de nosotros unos arcos iris que se prolongaban durante horas. En efecto; esa época del año, y en tales latitudes, transcurren más de dos horas entre el momento en que el sol se pone y aquel en que los últimos resplandores rosados, azules, verdes, se funden en el gris de la noche. ¡Qué cuadros para un pintor paisajista!

Ese país de salvaje belleza tiene encantos indescriptibles, no sospechados por artistas y cazadores, y todavía completamente desconocidos por sabios y naturalistas.

Cuando, por fin, al salir de aquel pasaje sombrío y soberbio, dejamos las montañas, se ofreció a nuestra vista una vasta extensión de llanuras. Durante varios cientos de millas, el río se extiende en una anchura de unas cuarenta millas; sus aguas indolentes corren sobre bancos de arena y bañan islillas. Debió de haber antiguamente en aquel lugar un vasto lago, cuyas aguas se abrirían paso a través de las colinas que acabábamos de dejar.

El canal, o por lo menos lo que se puede llamar así, cambia de lugar cada primavera, bajo la influencia de los hielos que se aplastan, se trituran y se dispersan. Así, los pilotos indígenas se ven obligados a hacer todos los años una visita a los llanos para señalar los lugares en que el hielo tiene más espesor, porque allí probablemente se encontrará el canal al siguiente año.

El río no tenía a menudo sino tres pies de profundidad, y nuestro barco cargado tenía un calado de cuatro pies por lo menos. Avanzábamos, pues, con mucho trabajo. Pero como el hielo no ofrecía resistencia alguna, pudimos, finalmente, con-



tinuar nuestro viaje. Desde lo alto del palo mayor, ni con gemelos podían descubrirse las orillas del río.

En todas partes bajofondos, formados por un limo amarillo, e islillas, algunas de las cuales tenían álamos del Canadá. La corriente arrastraba arbustos de uno o dos años, porque los árboles corpulentos son arrancados y arrastrados como juncos en los meses de Mayo y Junio, época de las grandes crecidas, por el inmenso volumen de agua que lleva el mugidor río. Desgraciadamente, muchos de esos restos de árboles y plantas se quedan en el camino, lo que aumentará cada año las dificultades de la navegación, y podría obligar al Gobierno a conservar un canal, en el caso de ser esto posible.

Las lagunas estaban habitadas por aves acuáticas; hallaban refugio en los árboles que cubrían las islas de arena. Pero la caza era rara. Hubo un tiempo en que se vieron osos por aquellos parajes, pero los mataron a todos. En cuanto a las aguas, no contenían otro pescado que el salmón. Este logra remontar la corriente hasta los lagos, es decir, a mil ochocientas millas de la desembocadura del Yukon. Las aguas densas, de aspecto lechoso, no son propicias al desarrollo de otras especies. En la mayoría de los grandes afluentes se encuentran otros excelentes pescados; el *grayling*, entre otros, es muy abundante. Pero se quedan todos en sus aguas de origen, más límpidas, y no entran en el río.

Al salir de aquellos lugares, llegamos a Circle City, la más bonita población minera de la región. Parece que tenía por entonces más cabañas que habitantes, porque todos cuantos pudieron nos habían precedido en el camino de Dawson, arrastrados por el impulso general que nos llevaba a nosotros mismos.

Seguíamos avanzando, dejando detrás varios afluentes menos importantes; sin embargo, no nos parecieron sensiblemente disminuídos el volumen y la fuerza del río.

En fin, a los veintiún días de haber salido de San Miguel, abordábamos en pleno medio día al único muelle de Dawson.



En las orillas, diez mil personas nos recibían con ruidosos aplausos, sabiendo que traíamos con nosotros el correo. Nuestro barco era el segundo del año que llegaba de países civilizados. Estábamos a 27 de Julio, y habían transcurrido cuarenta y seis días entre mi salida de San Francisco y mi llegada a aquel Dawson por el que tanto había suspirado.

## II

### Primeros días en Dawson.

Aquella mañana lucía radiosamente el sol de Julio, mientras que nos paseábamos a lo largo de la orilla, en Dawson. En el fondo del país pantanoso y llano, cubierto de tiendas y cabañas toscas, se destacaba en la transparente atmósfera una ingente montaña de afilada cumbre. Por sus escarpados flancos trepaban algunos árboles y arbustos; pero en otros lugares el suelo era pedregoso y sin vegetación. Alineados a lo largo de la costa fangosa hasta una milla de allí, extendíase una fila de barquichuelos que me recordaron mucho los de Cantón. En cuanto los hielos, al romperse, les dejaron libre el paso, habían bajado de los lagos hasta Dawson, con multitud de aventureros y de mercancías de todo género. Nos llevaban una semana de delantera, y seguían llegando todos los días por cientos, después de haber pasado el invierno y una parte de la primavera en los lagos Lindermann y Bennet. Las embarcaciones del lago Bennet eran todas del mismo porte y llevaban fácilmente media docena de personas y un cargamento de dos toneladas. En cuanto se quebraba el hielo, dejaban el lago y entraban en el Yukon, por cerca de sus fuentes. Desde allí el viaje era muy agradable: se iba a la deriva por aquel río espléndido, cuya corriente llevaba las embarcaciones hasta Dawson en ocho o diez días.

El senador Rice y yo seguíamos la calle de una milla de larga, y tan populosa como el Strand o como Broodway. No



había aceras, y la estrecha calzada estaba llena de polvo, cuando no interceptada por charcos de agua detenida.

—Estoy perplejo—dijo el senador.

—¿Por qué?—pregunté.

—No lo sé bien. Supongo que, en todas las aventuras de este género se empieza, al llegar, por sentir dudas y recelos. Sin embargo, me parece que todas estas gentes deberían estar en las minas, si es que hay minas, y no discurrir por las calles o las casas de juego. No me esperaba esto, después de lo que había oído decir. A la verdad, siento deseos de volverme.

—¿Cómo? ¿sin siquiera darse cuenta de las cosas?—exclamé.—No hará usted eso. Las bebidas cuestan aquí cincuenta cientos; las naranjas, un dolar una; las comidas, tres dolars, y dos una cabaña. De todo esto nos hemos enterado en diez minutos. Cuando las gentes gastan tanto dinero, y en tales condiciones, se necesita que haya oro, y mucho. Si lo hay, ¿por qué no correr con los otros las probabilidades de ganarlo?

Pero el coronel seguía escéptico y desalentado. Era viejo, repetía. Nunca debía haber venido. Por lo menos en otras partes hubiera podido ganarse la vida.

Con gran sorpresa mía, al volver al barco, en donde nos quedamos toda la noche, vi que no era el coronel el único de su opinión. No podía comprender a aquellas gentes que, habiendo comprado un terreno, mudado sus penates, recorrido miles de millas arrostrando todos los peligros y todas las dificultades, con un designio bien decidido, vacilaban y perdían los ánimos al tocar el término de su viaje.

Venía con nosotros en el *Leah* un jesuíta canadiense francés, llamado René. Era, a lo que creo, el superior de las diversas misiones establecidas en el Norte. Nos conocimos durante nuestro largo viaje. Me aconsejó que no me quedase en la parte baja, en donde reinaban la fiebre tifoidea y la disentería.

—Más le valdrá a usted—me dijo—subir al flanco de una colina y poner allí su tienda. Podrá usted comer en cualquiera parte: en todas es igualmente mala y cara la comida.



Con esto, habiéndome enterado de que había sitio detrás de la iglesia católica, establecida en una altura que dominaba el río, pedí permiso al padre René para acampar allí, en una roca, y me lo concedió en el acto. Compré, pues, una estufa, una cabaña y un colchón. Poseía una tienda de campaña de ocho pies por diez y un magnífico traje de lince, hecho de veinte pieles, que compré en San Francisco; el traje más práctico que nunca haya tenido.

Tras una frugal comida de beefsteak con patatas, bajé a la población. Extiéndese ésta por todo el llano pantanoso, en donde el famoso Clondic va a mezclar sus aguas límpidas y transparentes con las aguas blanquecinas del Yukon. A las diez de la noche lucía el sol, y las calles, o por mejor decir, la calle, estaba tan animada como a medio día. Una multitud enorme, entre la que vi algunas mujeres, vagaba sin objeto, subiendo y bajando la estrecha vía, a la que daban todas las casas de juego. Seis de éstas, por lo menos, tenían anchas puertas abiertas de par en par. Contenía cada una varios cientos de personas. Todo el mundo se agolpaba alrededor de las mesas de faro y de ruleta, los unos para ver, los otros para jugar. Un hombre, sentado ante majestuosas balanzas, pesaba sin cesar sacos de oro en polvo, de un valor que variaba entre cinco y mil dólares, que le tendían los jugadores, a los que daba fichas de marfil. Allá en el fondo, en último término, dos o tres violinistas acompañaban al baile, o más bien, los saltos, de algunos hombres y mujeres, al són de su música violenta. Todas las mujeres eran jóvenes y bonitas. Estaban allí, porque no había en las tiendas empleos decentes sino para un cierto número. En cuanto a tratar de ir a las minas, no había que pensar en ello. En aquella época estaban los caminos en un estado tal, que solamente podían aventurarse por ellos hombres muy vigorosos e intrépidos. Y aun así, tenían que llevar víveres para varios días.—Hay momentos en la vida en que el abandono, la miseria, triunfan fácilmente de la virtud más acrisolada. Hombres que jamás se habían acercado



hasta entonces a una mesa de juego, ponían en el tapete sumas considerables, a los pocos días de estar en Dawson; ni siquiera esperaban a haber ido a las minas y realizado algunos serios trabajos. El largo viaje parecía haber matado en ellos toda voluntad y toda fuerza moral. En cuanto a los que poblaban los alrededores del lugar, eran todavía peores.

Todo se dejaba al azar, y tal vez, en suma, la ruleta producía tanto como las minas.

A la puerta de las casas de juego agolpábase, para entrar, una multitud compacta, que no salía sino para deambular por la calle polvorienta. Los rayos de un sol tardío se reflejaban, luminosos y brillantes, sobre la blanca nieve que coronaba las pendientes rocosas de las montañas, hacia el Este. Erán pocos los borrachos, y menos todavía los alborotadores. La mayor parte del gentío se componía de americanos; y las banderas que flameaban en la popa de casi todos los barcos amarrados a la orilla del río tenían los colores de los Estados Unidos. Supe entonces que las leyes canadienses, poco diferentes de nuestras leyes americanas, se aplicaban con más rigor, como tuve ocasión de comprobar con el tiempo. Las violaciones de la ley eran castigadas, y castigadas sin tardanza, lo que es el punto esencial. No se dejaba que los hombres de ley retrasaran o entorpeciesen el curso de la justicia, y los magistrados gozaban de una autoridad mayor que en los Estados Unidos.

El juez de Dawson era, por entonces, el capitán Starnes, un canadiense de nombre anglosajón y de origen francés. Quizá tomaba con demasiada rapidez sus decisiones; pero no se le podía tachar de injusto, y había que reconocer lo vivo de su ingenio. Era un capitán de la policía montada del Noroeste, ese admirable Cuerpo que vigila a los indios y a los blancos. Estos policías, erguidos en su uniforme, recorrían la población, y, gracias a su vigilancia, parecía aquella tan tranquila y ordenada como una de Nueva Inglaterra; me llamó la atención la sobriedad de aquellas gentes. El alejamiento de su país y el carácter de incertidumbre de su empresa habían modificado



sus costumbres. Varios hombres recorrían la única calle, hablando de proyectos futuros y de recientes descubrimientos; incluso se les veía beber y jugar, con la cara tranquila y sonriente. No se observaba en sus discursos el libertinaje y la embriaguez que se hubieran ciertamente encontrado en campamentos americanos del mismo género. No era fácil darse bien a conocer en aquella ciudad fantástica de la zona ártica, y concedíase allí más importancia que en latitudes más bajas a la falta de corrección. No se podía por menos de pensar en el rigor del terrible invierno que se acercaba, y el elevado precio de los víveres y demás artículos no era para tranquilizar a los que tenían la bolsa poco provista. Por añadidura, las noticias no eran satisfactorias. Parecía que hubiese demasiados hombres y no bastantes minas. Recordaba las siniestras predicciones de los que habían abandonado el Clondic, y que nos cruzaron en el río, y me preguntaba si no tenían razón, si no me valdría más volverme a mis lares. Pero reflexioné. Tenía dinero, alguna experiencia de minas; por consiguiente, evidentes ventajas, y, poniendo las cosas en lo peor, siempre podría marcharme en Setiembre, remontando el río antes de que le apresaran los hielos. Volví a mi tienda plantada en la colina rocosa, detrás de la iglesia, cerca del cementerio, y me tumbé en la cama, mientras que por el Oeste el sol de media noche, en toda su magnificencia, se hundía tras el horizonte.

### III

#### El correo.

A la mañana siguiente, después de haber desayunado con judías, tocino, pan y café, bajé de la colina hacia la playa. El sol brillaba extraordinariamente, sin esparcir, no obstante, demasiado calor. No había nubes en el horizonte, y el cielo estaba iluminado por innumerables rayos penetrantes y reconfortantes, que hacían brotar las flores en las colinas circundantes.



tes e iluminaban con radiosa claridad las tiendas, las chozas y los cientos de embarcaciones cuyo conjunto componía a aquel Dawson, parecido a la ciudad de Aladino. Porque era, en efecto una ciudad, y no un pueblo o una simple aldea, aquel Dawson, visto en aquella hermosa mañana, con sus veinticinco mil jóvenes aventureros, atraídos por un mismo deseo y procedentes de todas las partes del mundo. Constituían la vanguardia de una nueva cruzada, que la religión de Mammón, no la de Dios, había llevado a aquellos climas. En aquel aire tan ligero, en aquella atmósfera tan transparente, parecíame andar sin esfuerzo. Allí conocí por primera vez una sensación de fuerza intelectual y física que se ignora en otras partes. Depende esto del clima y de la vida libre de trabas que se lleva.

La playa ofrecía un espectáculo atractivo. En el transcurso de una buena milla, a lo largo de las costas sinuosas, tan lejos como la vista podía alcanzar, almadrías cargadas de diez o veinte toneladas de mercancías y otras embarcaciones parecían dormir. Descargábanla unos hombres, vestidos de una manera indescriptible, pero que llevaban casi todos fuertes calzados de goma, porque las embarcaciones cuya proa flotaba en uno o dos pies de agua, tocaban con la quilla en el limo. Algunos pocos caballos arrastraban los vagones que transportaban las mercancías a los diversos puntos de la población. Avancé hacia el Sur, hasta la confluencia del Yukon con el Clondic, y, dejando la orilla llena de trabajadores, penetré en el interior por unas calles más animadas todavía. Todo el mundo trabajaba, y no vi ociosos. Un corredor de minas, con ayuda de un vasto mapa desplegado ante él, vendía minas remotas a los recién llegados que llenaban su tienda. En las calles al aire libre, había varios puestos atestados de los géneros más diversos, amontonados allí, y cuyas etiquetas acusaban los más fantásticos precios. Los panaderos vendían panecillos blancos y calientes, hechos de harina canadiense, la mejor de todas, y tantos como podían producir sus hornos imperfectos. Amontonábanse allí, al aire libre, productos alimenticios y ar-



tículos de todo género. La lluvia hubiera causado un verdadero desastre, porque no había un solo abrigo.

Algunos hombres construían cabañas de madera para que sirvieran de almacenes o casas, pero los materiales faltaban, puesto que la única serrería del lugar no podía proporcionarlos en cantidad suficiente. El Banco se componía de una tienda de campaña; una plancha de madera servía de mostrador; y detrás, en donde estaban los empleados en mangas de camisa, vi el arca de caudales, es decir un cofre viejo y abierto. Estaba lleno de sacos de oro en polvo, y cientos de miles de dólares en circulación, formando pilas. Algunos mineros vendían el polvo de oro con arreglo a la tarifa uniforme, diez y seis dólares por onza, pagados en oro o billetes del Canadá. Algunos comerciantes compraban letras reembolsables en mercancías importadas. El interés era de diez por ciento al mes para los préstamos entre particulares, garantizados por minas o propiedades en Dawson; pero los Bancos no llevaban más que el dos por ciento mensual.

Puédese con esto formarse una idea del precio de los géneros, y de la certidumbre de ganar el dinero necesario para pagar unos intereses tan monstruosos. Yo me encontraba cada vez más satisfecho, y decidí quedarme. Volví al *Leah*, que se marchaba aquella tarde a San Miguel. Encontré a Wichter. Wichter y su mujer eran una pareja de alemanes, que habían vendido su tenducho de Sacramento y llegado a Dawson en el mismo barco que nosotros. La señora de Wichter debía pesar más de trescientas libras. Era tan gorda, que andaba con dificultad, y hasta entonces había pasado todo el tiempo en un butacón, guardando como una gigante la entrada de su camarote. El había pasado de los sesenta, y no gozaba de una salud florida. ¡Sin embargo, ambos habían abandonado su hogar y comprometido las economías de toda su vida para llegar al Clondic! Conversaba él con su mujer, sentada siempre en su butacón, que esta vez estaba sobre cubierta. Los dos me miraron con ojos desesperados y me saludaron tristemente.



—¿Qué va usted a hacer?—me preguntó ella.

—¿Lo que voy a hacer?—repliqué.—No lo sé bien todavía. Pero hay aquí muchas probabilidades de triunfar. ¿Y ustedes? ¿Van a abrir un restaurant?

Wichter me miró a la cara, y me dijo sencillamente:

—Nos volvemos esta tarde a Sacramento en el *Leah*.

—Sí—añadió su mujer.—No he dejado el barco. Desde aquí veo bastante bien la población, y tengo miedo. No es para nosotros un lugar poblado por esos hombres y esas malas mujeres. No sé por qué hemos venido.

Se echó a llorar, mientras que el viejo permanecía silencioso, retorciéndose sus dedos largos y delgados. Volvíanse con ellos otros cuantos, una media docena, de los menos atrevidos. Volví a preguntarme por qué. Tal vez no hubieran sabido decírmelo ellos mismos. Sin duda habían creído recoger oro en las calles de Dawson, a menos que no les asustase el número de los que les habían precedido, y no habían entrado aún en las minas. Bien podía haber paralizado su voluntad lo que les decían de los rigores del próximo invierno, del frío terrible y de la penuria.

El coronel, las señoras, y algunos otros pasajeros y yo, estábamos en el muelle cuando el barco viró, arrastrado rápidamente por la corriente, y desapareció de nuestra vista después de haber doblado la costa, que formaba en aquel lugar una especie de punta.

Nos volvimos al pueblo. Me puse entonces a pensar seriamente en el porvenir y formar planes.

No tardé en alquilar un nuevo albergue, que contenía dos habitaciones y estaba bastante bien situado, por el que pagaba diez dólares al mes. Lo amueblé con una cama, una estufa, una mesa y dos sillas, y cubrí con lienzo los troncos de árbol que formaban las paredes. Me procuré un atril para mi violín y compré media docena de cajas de Kerosene (1) para las dos

---

(1) Especie de petróleo.



lámparas que destinaba a alumbrarme en mi cabaña durante las largas y frías noches de invierno. La estufa era del modelo *yukon*, de las que se fabrican especialmente para estos países fríos. Era ovalada y hecha de delgadas capas de hierro, con una puertecilla a un lado, y su tubo, en forma de anteojo, que podía alargarse a voluntad, lo que daba mucho tiro. En la abertura, que cerraba una tapadera redonda, podían introducirse fácilmente leños de un pie de diámetro. La ligereza de estas estufas y la facilidad con que se puede obtener de ellas fuego y calor, las hace muy prácticas; pero no se puede cocinar bien. En cuanto a mí, comía en los restaurants. Cubrí el suelo de mi nueva morada con unas alfombras turcas que había comprado en una almoneda, y las añadí unas esteras, por saber que no bastarían aquéllas para impedir que penetrase el frío por los intersticios del piso. En efecto, la madera verde, al secarse, tenía que disminuir las junturas. Tapé las rendijas que dejaban los troncos de las paredes y el techo con un musgo, que allí constituye el único cemento, y conseguí hacerlas casi impermeables. Tenía dos ventanas en la habitación de delante y una en la de atrás; eran dobles con un solo marco. En muchas cabañas estaban hechas con botellas vacías de cerveza, con el fondo hacia el interior, lo que daba bastante luz, y era hasta cierto punto suficiente para preservar del frío. Un marco de ventana con seis cristales de seis pulgadas por seis, costaba en Dawson veinticinco dólares. Así es, que únicamente los aristócratas o los «cheachakas», es decir, los recién llegados, podrían permitirse un lujo tan inútil. Una de las grandes ventajas que me procuró el alquiler de mi cabaña, era su proximidad al «agujero del agua». No supe al pronto lo que se entendía por esto; pero más adelante supe que en invierno, cuando todo está helado, obtiéndose el agua rompiendo el hielo sobre el Yukon; a cuatro o cinco pies de la superficie se encuentra el río, que sigue corriendo bajo la helada capa. Los que habitaban en mi vecindad abrían ese agujero en común para llenar sus cubos. El agujero se vuelve a helar gra-



dualmente, empezando por el fondo; entonces se hace otro. Parece que no hace nunca bastante frío para que se hielen todas las fuentes del río, y que siempre se puede encontrar agua rompiendo hielo, hasta en los pequeños afluentes del Yukon, como el Clondic y el Stenart.

A la semana de mi llegada, al bajar una mañana, vi mucha gente reunida en la esquina de la calle principal. Un hombre, vestido con una camisa de un rojo sucio y con altas botas de goma, estaba subido en un camión; leía con voz clara y penetrante, en un periódico recientemente llegado por el río superior, un relato de la batalla y toma de Santiago. La multitud le aclamaba ruidosamente, y los mismos a quienes no había visto sonreír hacía días juntábanse a sus vecinos para aplaudir, mientras que uno de ellos entonaba el *marchig through Georgia*. Con gran sorpresa mía, los ingleses presentes, tan demostrativos, por lo menos, con los americanos, hicieron coro, y parecieron conocer la música de la canción casi tan bien como mis compatriotas, lo que se me explicó por el hecho de que esa canción es un antiguo aire inglés.

El lector, cuando hubo terminado el relato de la guerra, anunció que el resto del periódico se leería en voz alta en una sala próxima: ¡entrada, un dólar! A los cincuenta minutos, quinientas personas se agolpaban en el lugar indicado, y todas se mantuvieron pacientemente de pie durante más de una hora, mientras que el ingenioso propietario del periódico les leía los sucesos, los accidentes, los suicidios, los telegramas, los anuncios y cuanto contribuye a llenar las columnas de un diario de Vancouver.

Hacía tres semanas que no se había visto un periódico reciente en Dawson, y, aislados como estábamos, teníamos tanta necesidad de noticias como de alimento. Podíamos, en fin, hablar el resto del día de algo que no fuera minas.

Al día siguiente por la mañana, el correo de los Estados Unidos y del Canadá, del que había sido el precursor aquel periódico, llegó. Por la tarde, una fila de personas, de doscientos



tas yardas de longitud, extendíase a todo lo largo de la calle polvorienta, ante la barraca de troncos de árboles que constituía la Casa de Correos. La fila conservaba una longitud invariable, a causa de la incesante llegada de nuevos mineros. Los que trabajaban en los arroyuelos, al saber que había llegado un correo, tiraban el pico y el azadón para correr a Dawson, con la esperanza de recibir noticias de los seres queridos y del hogar. El servicio postal para la distribución de cartas era entonces deplorable. Unos empleados ignorantes e incompetentes entregaban las cartas a sus destinatarios, impacientes y ansiosos, por dos ventanillos. Y sus maneras expeditivas eran exasperantes.

—¿No hay una carta para mí, James Culverhouse?

—No.

—Pues debe haber una, estoy seguro—insistía una voz suplicante.

—Le digo que no la hay; váyase y deje el puesto a otro—contestaba el empleado.

El minero, con la cara triste, iba a alejarse; pero al poner el empleado un paquete de cartas sucias en el receptáculo C, exclamó aquél:

—¡Ahí está, ahí está! La primera carta que tiene usted en la mano. ¿Es que no conozco la letra de mi mujer? ¡Démela pronto.

Su exaltación era tanta, que gritaba. El empleado, casi a regañadientes, y sin darle la menor excusa, le entregó la carta que, sin esta circunstancia, no hubiera probablemente visto nunca. Y los casos de este género no eran raros.

Al día siguiente, la cola seguía tan larga. Un coloso muy barbudo, que venía del riachuelo Dominion, interpelló a un hombrecillo flacucho, que era el quinto de la fila:

—¿Cuánto quieres por tu puesto en la fila, Pard?

—Veinte dólares—contestó vivamente el otro.

—¡*All right!* Aquí los tienes.



Y cambiaron de puesto, lo que permitió al coloso volverse mucho más pronto.

No había periódicos; los concesionarios del servicio postal no se ocupaban más que de cartas. Pero los periódicos que traían los particulares llegados en barco se vendían corrientemente a un dólar. A los dos o tres días se enviaban a otros lugares para revenderlos a menos precio, puesto que su permanencia en el Clondic los había hecho perder de valor. Desembazábanse de todo, y el comercio de importación de periódicos cayó en invierno. Yo compré por un dólar un periódico de San Francisco, que me proporcionó una velada deliciosa. Empecé por el encabezamiento de la primera página, y continué, sin saltar una línea, hasta la última palabra de la última línea de la última página. Nada se me escapó, y aquel día, por lo menos, estuve mejor informado de los sucesos del mundo entero que cualquier habitante de San Francisco, poniéndome así al corriente de asuntos que no había sospechado hasta entonces. Cuando volví, a los tres años, me divertió reconocer, por sus anuncios, establecimientos que me parecieron entonces antiguos amigos.

JEREMÍAS LYNCH

*(Continuará.)*



# EL SEPULCRO DE "LA SEÑORA,"

---

(MEMORIAS DE VIAJE)

No puedo, honradamente, revelar el nombre de la población donde los hechos que me propongo referir acontecieron. Me lo impide solemne promesa de callarlo, exigida por el anciano sacerdote, párroco venerable y muy querido en la localidad a que aludo.

Es ésta pequeña y no rica. Hállase situada en el corazón de una famosa Sierra, acaso de las más encrespadas, revueltas e imponentes entre las varias que accidentan el suelo de nuestra España. No hay para qué decir, por tanto, que, enclavada aquélla en medio de ásperos, altísimos y poco productivos montes, y por ellos rodeada y ceñida como por defensiva e inexpugnable muralla, su horizonte lo forman de todos lados las recortadas y pedregosas crestas de las alturas circunvolventes, y su campiña—si de tal pudiere dársele nombre—es un rocoso barranco, a modo de inmensa grieta, por cuyo fondo discurren las aguas de un arroyuelo, el cual, en las estaciones medias y en todo el invierno, que es allí crudo, adquiere las proporciones inusitadas de medianamente caudaloso río.

El aspecto de la villa—porque a la merced de no sé qué rey debe el privilegio de villazgo, con el cual se ufana—es triste. El sol penetra pocas veces, y como de huída, en aquella hondonada casi lóbrega, y son pocas las flores que con las alegrías



de sus matices animan el ceño sombrío del lugar, como son escasos los árboles, en cuyas frondas apenas las aves se detienen. No resuena en el espacio otro ruido que el del único esquilón cascado de la parroquial iglesia en las horas canónicas, ni perturba la limpidez del ambiente el acre olor de fábrica alguna. Sólo a ciertas horas, también y por breve tiempo, revuela como un penacho sobre los tejados ennegrecidos por la humedad y la lluvia, el humo azulado y poco denso de los hogares.

Semejante a una joroba, en medio de los declives más o menos violentos, pero violentos todos, que sirven de asiento al vetusto y humilde caserío, sobresale informe y alta peña, de roca viva, en cuya cima yacen los desmoronados restos de una fortaleza medioeval, con muros sin almenas y torreones desmochados de tapiería, aportillados y caídos los unos, hendidos y desplomados los otros, inútiles ya todos hasta para la vista, y entre escombros inaprovechables y polvorientos medio enterrados.

Más abajo del peñón en que aparece tan olvidada memoria de lo que fue y allí apellidan enfáticamente *el castillo*, pero no lejos de él, sobre lo más escabroso y pendiente del declive hacia el barranco, está la iglesia parroquial de *Santiago Apóstol*, asida trabajosamente a las escurridizas y viscosas breñas, posición casi imposible, en la cual hace siglos permanece por milagro. Es edificio también pequeño, de una sola nave entrelarga, con una torre cuadrada de sillarejos denegridos y de chapitel de pizarra, inclinado, con las podridas maderas de la armadura al descubierto por un lado, y amenazando derrumbarse cualquier día sobre las tejas de la cubierta aguda y a dos aguas de la nave del templo.

Tenía una portada al Poniente, que es pretencioso remiendo del siglo XVIII, de líneas rígidas, escuetas y sin gracia, labrada de cantería negruzca, la cual está lodada; al N., y bajo un porche de arcos de medio punto moldurados, y las conchas alusivas a Santiago en las enjutas, tiene otra portada, que es ya la única, sencilla, de traza ojival, elegante y sin pretensio-



nes, pintada de almagre, con volteles concéntricos, tímpano con otra concha de relieve, y encima, pequeña hornacina sin imagen alguna, y que generaciones de muchachos han llenado en su mayor parte arrojando irrespetuosamente piedras y otras cosas.

Al interior, apenas queda del antiguo edificio recuerdo, si no es en la disposición de las cruzadas bóvedas, porque todo hubo de deformarlo el atrevimiento de los siglos xvii y xviii; así es, que retablos, imágenes, pinturas, cuanto existe, es de tales tiempos y de mérito escaso, como ocurre, por lo vulgar, con el grande y aparatoso retablo del Altar mayor, cuajado de dorados entalles que marean, y lleno de imágenes en posturas y actitudes que no me han parecido nunca propias.

En cambio, a la parte de la Epístola, una puerta cerrada siempre, y en no muy buen estado, da paso a desmantelada y rectangular capilla, con la techumbre derrumbada, por lo que está casi todo el recinto al descubierto, el suelo lleno de escombros, el retablo caído y las señas del más completo abandono.

Llaman *la Antigua* a esta capilla arruinada, la cual cae sobre la pendiente del barranco, y es, con efecto, aunque muy adulterada y desfigurada, ojival y del siglo xiv. En uno de sus muros, el del Evangelio, conserva un arco sepulcral, apuntado y sencillo, dentro del cual hay un enterramiento, con su urna de piedra arenisca, que es la del país, hendida verticalmente por las juntas de las piezas, cubierta de labores en relieve, maltratadas y borrosas, y un escudo heráldico, cuyas empresas, de relieve también, están horriblemente mutiladas, y sobre el lecho se tiende el bulto yacente de una dama, con toca, largo manto que envuelve la figura, las manos unidas en actitud orante, pero rotas; un rosario y una bolsa pendientes de ellas; un perro sin cabeza a los pies, y dos almohadones superpuestos, sobre los que reposa la del marmóreo simulacro, cuyas facciones ya no hay quien pueda apreciar por el lastimoso estado en que se ofrecen.



Al fondo del arco, cuadrada lápida de la misma clase de piedra arenisca, en letra alemana, apretada, confusa y de resalto, pero muy borrosa, declara ser aquella la sepultura de cierta doña Mencía Gutiérrez de Cárcamo, mujer que fue de un caballero, cuyo nombre resulta indescifrable, señor de la villa, quien ejerció no sé qué cargo cerca de la persona de Fernando IV, fallecida «a los 16 días andados» del mes de Febrero de la era 1372, año 1334.

El señor cura, que me acompañaba bondadoso, y ni se preocupó con tal lápida ni tal sepulcro nunca, ni le interesaba saber de cierto quién podría ser la dama ni la fecha de su fallecimiento,—a fin de que pudiera yo ver aquello bien, había hecho quitar de antemano una porción de trastos viejos y rotos de la iglesia, que, amontonados de ordinario sobre la estatua yacente, la ocultaban por completo; y advirtiéndome mi curiosidad, manifestóme que allí decían siempre a aquella dama *la Señora*, y que cuando él era joven y se encargó de la parroquia haría cosa de unos cuarenta años, poco más o menos, la capilla se encontraba ya arruinada y en el estado tristísimo en que la veía, y que sobre aquel enterramiento era costumbre desde los días de sus antecesores colocar los objetos inútiles del templo.

Por tradición, se afirmaba en el lugar que cuando los franceses estuvieron allí y destruyeron el castillo, o sea, durante la gloriosa Guerra de la Independencia, había sido por ellos arruinada también la capilla, de la cual nadie se cuidó en adelante, ni trató de repararla, por lo que continuaba así desde entonces. Allí, los chicos del pueblo, entrando por un boquete, que sobre el barranco daba, los días de lluvia armaban sus partidos de pelota y jugaban, sin que nadie se lo impidiese, aunque él, el cura, lo había varias veces intentado, por creerlo una irreverencia.

Y como viese que llamaban mi atención las hendiduras del arca sepulcral, por una de las cuales cabía una mano y se distinguía el fondo negro del sarcófago,



—Eso lo han hecho los chicos—me dijo,—y ya que a usted parece interesar tanto ese sepulcro, si quiere usted tomar luego café conmigo y fumar un cigarro, vaya a mi casa, y le enseñaré cosas curiosas que allí tengo.

\*  
\* \*

Cuando hube terminado de almorzar en la posada—que ya puede comprenderse cómo sería ella y cómo el almuerzo,—dirigíme a la casa del señor cura, la cual no era ni mejor ni peor que las demás de la villa, y que frontera a la parroquia estaba.

Recibióme en una salita baja, pobremente dispuesta; y tan luego como hubimos tomado una taza de la infusión que él llamaba café, encendimos nuestros cigarros, y cortando la conversación anodina que habíamos entablado, sacó del cajón de una cómoda dos paquetes, envueltos en dos números de *El Siglo Futuro*, y los depositó sobre la mesa.

—«Ha de saber usted—comenzó diciendo,—que aunque a mí no me ha parecido nunca bien que los muchachos hayan convertido la Casa de Dios en lugar de sus juegos, he tenido y tengo que hacer la vista gorda, porque, de padres a hijos, no sé el tiempo que hace que viene aconteciendo lo mismo, y por que el alcalde y los pudientes de la villa, que han jugado en *la Antigua* cuando mozos, me amenazaron con suprimirme las escasas limosnas con las cuales atiendo a reparar como puedo las lañas de la iglesia y al culto.

»Bueno. Pues no hará más de cuatro o cinco años que un domingo por la tarde, vino a casa el sacristán corriendo, a decirme que los muchachos habían sacado del sepulcro de *la Señora* un muerto, lo cual era ya una profanación que no podía consentirse; y que armaban tal algazara entrando y saliendo de *la Antigua*, que aquello era un jubileo.

»Cogí mi bastón, y salí con el sacristán, y entramos en la iglesia y después en la capilla.



» Estaba llena de chiquillos y de comadres y de gente agrupada en el centro.

» Por entre ella me abrí paso, y sobre los cascotes y el polvo del suelo vi un bulto, como de persona, tendido, y en derredor de él, con la cabeza inclinada, los chiquillos y las comadres en actitud de curiosidad y asombro.

» Inclinéme también, y con efecto: era un cadáver, el cadáver de un hombre momificado.

» Estaba envuelto en los deshechos jirones de un lienzo de gruesa urdimbre y de color ya obscuro, y aun permanecía el cuerpo como aprisionado y sujeto por la ligaduras de una cuerda recia de cañamo que le daba varias vueltas, y que se había podrido, por lo cual estaban los cabos sueltos y desfilachados.

» Tenía la faz cenicienta, como de cartón, con restos visibles de barba; los ojos, sin párpados, pero en sus cuencas, abiertos desmesuradamente, lo cual me chocó mucho, y con expresión que a mí me pareció terrible; la boca, sin lábios, enseñando una dentadura completa y sana, que ya la quisiera yo para mí, blanca y enclavijada. No había señal de zapatos ni de calzado de ninguna especie, y los pies, negros, y sin algunos dedos, al descubierto, salían por bajo del envoltorio, cubriendo el cráneo algunos mechones de cabello, descoloridos, o llenos de telarañas y de polvo.

» Hice apartar de allí a la chiquillería y la gente toda, después de rezar un responso por el alma de aquel desconocido, y sin pérdida de momento mandé avisar al médico titular, que estaba en el Casino, y con él al alcalde, llegando en breve, acompañados del juez municipal, el cabo comandante del puesto de la Guardia civil y el boticario.

» El médico, que era un joven poco tiempo hacía venido de Madrid, se entusiasmó contemplando con fruición el cadáver, y como si estuviera en un anfiteatro anatómico, habló de hacerle la autopsia; el cabo dijo que aquel hombre había sido víctima de un crimen, y que era preciso formar un proceso;



el alcalde requirió la presencia del alguacil; el juez se rascó la barba en señal de preocupación, y el boticario se entretuvo tocando los jirones del lienzo y arrancando algunas telarañas de la cabeza del cadáver momificado; y como era invierno—estábamos en los últimos días del mes de Enero,—caía la tarde, la noche se venía encima, y aquel fúnebre e inesperado hallazgo había excitado la curiosidad y el interés de todos, incluso yo,—a propuesta del médico, y entre él, el cabo de la Guardia civil, el sacristán y el boticario, que fueron los que menos repugnancia mostraron a tocar aquellos humanos despojos, cogieron con el mayor cuidado el cadáver, lo depositaron en la angarilla que la iglesia tiene para los muertos, y con el propósito de reconocerle al día siguiente con mejor luz y más despacio, y el evitar que le destrozasen las alimañas, que aquí abundan, o le sacara por el agujero de la capilla algún perro vagabundo, lo transportaron a la sacristía, donde sobre la mesa lo dejaron, cerrando luego el sacristán la puerta.

»El alcalde, el juez municipal, el cabo de la Guardia civil y yo, convinimos en que el asunto no carecía de gravedad; que era necesario interrogar a los muchachos que habían hecho tal descubrimiento, y habían sacado el cuerpo de tal hombre del sepulcro de *la Señora*; proceder a una indagatoria y formar una especie de atestado, para enviarlo al juez de instrucción del partido, por si éste creía oportuno abrir el proceso. Desde la iglesia, pues, con estas ideas, al Ayuntamiento nos dirigimos todos.

Comparecieron hasta diez de los muchachos, los cuales venían temerosos y cohibidos, y a la postre, se puso en claro que aquello había sido una diablura más de las muchas que a diario hacían.

Se les había ocurrido *ver a la Señora*; y como por las hendiduras no podían conseguirlo, allí, sin encomendarse a Dios ni al diablo, fueron todos, y con palos y con hierros, que en la derruida capilla no faltaban, levantaron la cubierta del sepulcro con su estatua yacente, y todos se metieron dentro, y sa-



caron lo que allí había, llevándolo a la luz para verlo mejor y más cómodamente.

»Esto fue, en resumen, lo acontecido. Era una profanación, ciertamente; pero sin conocimiento de su importancia por parte de los actores, y sin propósitos delictivos; y como entre los profanadores inconscientes se hallaban precisamente un hijo del alcalde y otro del cabo de la Guardia civil, se les aplicó por sus padres un correctivo, y no se dió cuenta a nadie del hecho, ni de lo actuado, destruyéndose los papeles en que constaban las declaraciones de los chicos.

»Al día siguiente se practicó por el médico el reconocimiento del cadáver en la sacristía, que tenía buenas luces, y de aquel examen resultó: que, con efecto, el cuerpo era el de un hombre, joven, como de unos treinta años, bien formado y recio; que tenía en el costado derecho una herida no mortal de arma de fuego; que probablemente, durante el desvanecimiento producido por la herida y el derramamiento de la sangre, debieron envolverlo en aquel lienzo casero, hecho jirones, que era una sábana; atarlo sólidamente con las cuerdas podridas, y sepultarlo vivo, en el sepulcro de *la Señora*, donde hubo de fallecer de espanto, de hambre y de sed, sin que nadie se enterase ni socorrerle pudiera.

»Que no le era posible fijar la fecha de la muerte de aquel hombre, pero que parecía, por la momificación del cuerpo y otras señales, que debía haber acontecido hacía cien años por lo menos, y que era evidente la comisión de un delito, purgado ya por los autores en el otro mundo, lo cual quería decir que nada tenía que hacer allí la justicia.

»Obtenidas estas conclusiones, a las que nadie tuvo que poner reparo, se acordó dar tierra al difunto desconocido en el cementerio, y a propuesta del médico, reconocer el interior del sepulcro de *la Señora*, por si acaso había allí alguna indicación de provecho.

»Sin pérdida de momento—prosiguió el señor cura—fueron



llamados varios hombres, y con barras fue levantada la cubierta del sepulcro de *la Señora*.

»Saltó el médico dentro, alumbrándole desde fuera el sacristán con un cirio, y de entre una porción de objetos, que por las hendiduras habían ido metiendo sin duda los irrespetuosos muchachos del pueblo, Dios Nuestro Señor sabe desde cuando, sacó el titular varios huesos, con los cuales parecía demostrado que nadie había desalojado de su enterramiento a la legítima propietaria de él, aunque no se halló la calavera; recogió asimismo unos pedazos de tela, que son estos que tengo aquí liados desde entonces en un periódico, y una especie de cañuto, al parecer de caña, dentro del cual había unos papeles, que también están como fueron hallados en este otro envoltorio, dijo señalando el segundo de los que había sacado de la cómoda y colocado sobre la mesa.

»Claro está que quisimos leerlos; pero no los entendimos. Se los llevó el médico a su casa para estudiarlos, y como ocurrió a poco la desgracia de que aquel infeliz, que apenas creía en Dios, cayó un día despeñado desde el cerro del castillo al barrancal, y se rompió el cráneo, los recogí yo, y los guardé con lo demás que habíamos encontrado en el sepulcro.

»Se me olvidaba—concluyó levantándose:—también encontramos una crucecita de plata, muy curiosa, que tengo en el altar de Santa Agueda la patrona del pueblo, restos como de un librito de pergamino, que aquí está, y unas cuentas desgranadas como de vidrio, que se repartieron las muchachas.»

\*  
\* \*

Mientras pronunciaba estas palabras últimas, el párroco deslió uno de los envoltorios; yo me había levantado también lleno de curiosidad, y acercándome a la mesa, no pude menos de lanzar una exclamación al ver lo que el periódico contenía.

Eran, primeramente, dos paños, entrelargos, rectangulares y como de unos 70 centímetros de longitud, poco más o



menos, de un tejido de seda, fuerte, verdoso, manchado hacia el centro, y en el cual aparecían, bordados también en seda y simétricamente dispuestos, unos redondeles, eslabonados y adornados al exterior con hojas, de color ya indefinible, y en cuyo interior se marcaban como unas águilas con las alas abiertas.

—Estas aves, que parecen águilas—expresó el anciano sacerdote,—son las mismas que tenían los escudos de la sepultura de *la Señora*, pues cuando yo me encargué de la cura de almas de este pueblo, aún se veía en uno de ellos lo que había.

El otro paño, unido todavía a trozos por sutil costura en las orillas al anterior, no se diferenciaba de él en nada, y entre los dos formaron visiblemente el almohadón o cojín sobre el cual descansó la cabeza del cadáver de *la Señora*, como demostraba la gran mancha central producida por la descomposición de aquél; por lo demás, la clase del tejido, y sobre todo, el dibujo de los roeles, de los vástagos y de las águilas, con toda claridad evidenciaban, a lo menos para mí, que aquélla era obra del siglo xiv, viniendo a concertar, por consiguiente, con la fecha en la lápida sepulcral consignada.

Después, restos de la toca, y del rostrillo, que se cerraba en torno del semblante por una tira estrecha de badana roja, ya encogida, pero conservando brillante el matiz, y cosida a los rizados frunces de la gasa de seda, tejida con hilillos de plata; restos de un guante de fina cabritilla, que fue blanca, y cuyo cosido no tenía nada que envidiar al de los guantes modernos; un bolso de tafetán agusanado, formando la tela cuatro cuadros, dos negros y dos amarillentos; un zapato de cordobán, con labores brocadas y doradas, y menudos picos en la boca, y, por último, el librito, que era un horario de hermosa escritura francesa, con capitales en colores, en no mal estado.

Todo aquello era a no dudar de *la Señora*, y debía ser conservado, con los restos de la camisa; y como fuera del interés meramente arqueológico, no ofrecía otro, y ninguno con relación al cadáver varonil por los muchachos descubierto, eché mano al otro envoltorio, y dentro del cañuto de que había ha-



blado el cura, hallé con efecto, unos papeles, que saqué con el mayor cuidado, y que desenrollé, procurando leerlos, pues estaban escritos.

No tenía el párroco noticia de que el pobre médico hubiera conseguido descifrarlos. Aunque el papel estaba por partes comido y descompuesto, principalmente por los bordes, y la tinta de la escritura había tomado ese color amarillo que toda tinta con el tiempo adquiere, y habían los rasgos de las letras cortado la pasta en no pocos sitios, aún podía entenderse algo de lo que allí trazaron manos desconocidas.

Eran dos cartas, dos, nada más, dobladas en cuadro, y en el cuadro el sobrescrito.

La una de ellas, la que estaba dentro del rollo formado por ambas, era de letra fina y unida, que en nada se parecía á la española, letra muy cursada y de difícil lectura; la otra, sólo contenía breves palabras, de una letra más difícil de entender todavía, grande, garrapata, como trazada por persona que habitualmente no tiene costumbre de escribir, o que lo hace mal, y con vacilaciones y arrepentimientos de pluma bien visibles.

Me aproximé a la ventana, para tratar de entender con mejor luz ambos escritos, en tanto que el solícito sacerdote iba a la cercana iglesia a recoger la crucecita hallada en el sepulcro y enseñármela.

Dando vueltas estuve largo tiempo a la primera carta. Por algunas palabras, que aparecían con mayor claridad, comprendí estaba escrita por un extranjero, un francés, que las mezclaba con otras castellanas; y pacientemente, como quien descifra un logogrifo o una charada, con lápiz fuí copiando en las hojas de mi librito de apuntes lo que iba logrando entender con reiterados esfuerzos, pues la tinta aparecía muy desvanecida, como he dicho.

El buen párroco había regresado de la iglesia, sin que yo lo advirtiese, y, contemplando mi labor, permanecía silencioso en un sillón, sin atreverse a interrumpirme.



Al fin, dando una palmada sobre la mesa, exclamé con aire de triunfo, volviéndome al sacerdote:

—¡Ya di con ello, señor cura! Sólo me falta una palabra. ¡Si tuviera una lupa!

Y acordándome de los anteojos que llevaba en bandolera, desatornillé precipitadamente el cristal inferior, biconvexo, y con él volví a mi tarea.

—Nos encontramos —añadí después de un rato— delante de una tragedia y de un crimen pasional, como ahora dicen. El hombre cuyos restos mortales fueron encontrados dentro del sepulcro de *la Señora*, era un francés, un militar francés, joven y seductor, sin duda alguna. Este papel que tengo en la mano, es una carta dirigida por él a una dama española, casada, que, según el sobrescrito, se llamaba María, sin otra indicación, y se halla concebida en estos términos —agregué, acercando el billete a los ojos:—«Ma belle et chère bien aimée: Depuis le temps...»

—Ya que es tan amable—interrumpió el párroco acercándose a mí,—hágame el favor de traducir esa carta; pues yo, amigo mío, fuera del castellano y de un poco de latín, no sé otros idiomas, y no entendería palabra.

—«Hermosa y querida amada mía—leí:—Desde el tiempo que hace que no te veo, no vivo. He llegado como he podido en tu busca a este pueblo, gracias al disfraz que me oculta. En la posada estoy con quien tú sabes, y dos caballerías. No creo que tu marido lo sospeche. Saldré del pueblo así que anochezca; te esperaré hasta las diez detrás de la ermita de...»

—De San Cristóbal—dijo el cura.—Ya no existe.

—Eso es, de San Cristóbal—confirmé yo, continuando:—«Tú montarás en la caballería que te tengo preparada, y cuando amanezca estaremos lejos de estos lugares y juntos para siempre. Si a las once no has acudido a la ermita, iré a buscarte a tu casa, ocurra lo que ocurra. Puedes fiarte del que te entregue este billete.—Te ama más que a su vida, tu René.»

—¿Y la fecha?—preguntó el señor cura.



—No la tiene—contesté, desenrollando la segunda carta.

—¿Es la respuesta?—volvió a preguntar.

—Así parece — dije. — Vea usted su contenido, haciendo gracia de la ortografía.

—Veamos.

—«René mío: Estoy muy vigilada, y he llorado mucho. Iré.—Tuya siempre, María.»

—¡Y bien!—exclamó el sacerdote. —¿Qué deduce usted de esos dos billetes?

—Yo — repliqué — deduzco, sencillamente, que María no pudo acudir a la cita. Eso lo prueba el cadáver de René, desnudo y escondido en el sepulcro de *la Señora*. René aguardó hasta las once, conforme había prometido, detrás de la ermita de San Cristóbal. A las once, desesperado y bien armado, entró en el pueblo, se dirigió a casa de María, logró entrar en ella trepando por una ventana, o por otro sitio. Quizás el dios protector de los amores ilegítimos le guió al cuarto de su adorada María; y cuando en plática con ella estaba, fue sorprendido por el marido y sus criados, acaso en la misma habitación, donde se apoderaron de él, le envolvieron en una sábana para encubrirle, y agarrotado...

—¿Y la herida de arma de fuego? ¿Cuándo y cómo la recibió?

—¡Quién sabe! Quizás hubo lucha... Quizás el marido quiso darle muerte para vengarse... ¡Quién sabe! — repetí pensativo. — Sacaron luego de allí como un fardo el cuerpo del pobre René, desvanecido por la pérdida de la sangre, y sigilosamente, sin que nadie se percatase de ello, temerosos del escándalo o del castigo, le ocultaron en el sepulcro de *la Señora*, ¡viviendo todavía!

—Lo que no me explico, si acontecieron así las cosas — observó discretamente el párroco, — es el cañuto de caña con los dos billetes, enterrado juntamente con el cadáver.

—Ni yo tampoco — asentí. — Si el marido se apoderó de ellos, pudo romperlos o quemarlos, hacerlos desaparecer de alguna otra manera...



—¿Y de qué tiempo presume usted que puede ser el suceso?

—Hombre, a juzgar por la clase y el estado de los papeles, por la forma de la escritura y por la nacionalidad del difunto, el hecho criminoso no pasa del primer tercio del último siglo.

—¿Eso cree usted? Pues entonces...

Permaneció el anciano sacerdote unos momentos suspenso y pensativo, y alzándose de pronto del sillón, añadió saliendo de la estancia:

—Espéreme usted un instante.

No tardó mucho en volver; traía consigo un cuaderno empastado, poco voluminoso, y sentándose de nuevo, exclamó:

—Hay a la salida del pueblo una casa grande, aislada, medio en ruinas ya, en la que, de tiempo inmemorial, no habita nadie. Yo la encontré al venir aquí en ese mismo estado. Llámala en el lugar *la Casa maldita*, no he sabido nunca por qué, y es de una familia oriunda de la villa, que reside en Madrid, que por aquí no ha venido nunca, y a la cual pertenecen la era del Castillo, el Castillo mismo y otras fincas. Es pública voz y fama que allí se cometió hace muchísimos años un crimen; pero jamás me preocupó ni me pasó por las mientes averiguarlo. La lectura de esas cartas me ha hecho acordarme de ella, y he recordado al mismo tiempo, que uno de mis predecesores en la parroquia, a quien Dios tenga en gloria, dejó escritas en un cuaderno, que es éste, curiosas noticias y memorias relativas al pueblo durante la guerra de los franceses; y he pensado que quizás algunas de ellas nos pueda dar luz en el asunto. Vamos a verlo.

Y calándose las gafas, comenzó a hojear el manuscrito.

Dejéle en su tarea, y me dediqué a examinar la cruz que había traído complaciente de la iglesia, y fue recogida del sepulcro de *la Señora*. Tendría como diez centímetros de altura, y era un verdadero *bijou*. Labrada en plata—ya limpia—flor-delisada, guarnecida en los brazos y en el árbol de vistosa y calada crestería, resultaba ejemplar muy estimable y pieza



digna de un Museo, que me alegré mucho de conocer, pues no abundan las cruces de este tamaño y de tal tiempo.

—Me parece que he dado con ello—exclamó el señor cura, levantándose las gafas sobre la frente.—Vea usted—añadió alargándome el cuaderno—aquí, al año 1811.

Cogí el manuscrito, y leí:

«Año 1811.—Dejáronnos en paz los franceses durante los meses de Enero a Julio.—Mala cosecha.—El campo sin brazos.—Corrió la noticia de que en Cuenca habían matado los franceses a Pascasio, que iba en la partida del señor Antúnez.

—Este Sr. Antúnez—interrumpió el párroco—era el dueño de la *Casa Maldita*, de la era del Castillo y del Castillo. Era el más rico del pueblo, y a sus expensas, el año 8, formó una partida que dió mucho que hacer a los franceses. Estaba casado con D.<sup>a</sup> María de Ochoa, dama de muy buena familia cordobesa.

—«En Agosto cruzó por el pueblo un destacamento francés—continuó leyendo;—robaron lo poco que había quedado en el lugar, y nos dieron un susto. En Octubre vino solo el Sr. Antúnez, estuvo tres días y se volvió a marchar sin decir adónde. En los primeros días de Noviembre volvió con D.<sup>a</sup> María, su esposa, y se acomodaron en su casa, permaneciendo en ella. A 16 de Noviembre fue enterrada en el cementerio solemnemente D.<sup>a</sup> María. Dios, Nuestro Señor, la tenga en su santa gloria. Falleció de repente, y corrieron voces de que su muerte no había sido natural; pero no se supo nada. El Sr. Antúnez marchó del pueblo el 17.»

—Lo demás no hace al caso—dijo el cura, tomándome el cuaderno.—Y ahora, repuso, ¿qué le parece á usted?

—Me parece que no hay gran discordancia entre la fecha a que creo referibles las dos cartas, y la de esa noticia de que acabo de dar lectura.

—Para mí la cosa está clara. El Sr. Antúnez no debía ser hombre con quien se podía jugar, y esta D.<sup>a</sup> María no me pa-



rece que fuera muy católica. Esa muerte repentina es muy sospechosa, ¿no opina usted así?

—Ciertamente. No sabemos dónde residía esa señora mientras su marido andaba detrás de los franceses. Algo debió de sospechar éste, o por alguna razón la trajo a este pueblo, donde él no residía nunca, pues andaba por los montes con su gente. Dondequiera que estuviese, allí debió de conocer y encapricharse D.<sup>a</sup> María con el pobre Renato o René. Quizás le avisara de la determinación del marido, indicándole el lugar a que la llevaba para vigilarla, y el infeliz amante vino aquí a encontrar miserable y traidora muerte, dentro de la iglesia y encerrado en el sepulcro de *la Señora*.

—Así hubo de ser—exclamó el cura; y alzándose del sillón y quitándose el gorro de terciopelo con que cubría la nevada cabeza, añadió en tono solemne, y echando piadoso la bendición:

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! ¡Que Dios, Nuestro Señor, le haya perdonado y le dé la paz eterna!

—Amén—contesté devotamente.

Dando las gracias al señor Cura por sus muchas atenciones, ofreciéndome a él y con la promesa de que si se me ocurría alguna vez utilizar aquel acontecimiento y publicarlo, no revelaría el nombre de la villa, despedímonos como dos buenos amigos, y a la mañana siguiente, caballero en el rocín que me había llevado a aquel escondido pueblo encerrado entre las asperezas y reconditeces de la encrespada sierra en que está enclavado, salí del lugar para proseguir por otros sitios mis exploraciones (1).

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

---

(1) Me apresuro a declarar que el hecho de haber sido hallado dentro del sepulcro de una dama el cuerpo agarrotado de un hombre, es completamente cierto. Aconteció en el interior de una Catedral de gran renombre y valor arquitectónico, en la cual se ejecutaba radical restauración, y algo de lo que supongo recogido en el sarcófago de *la Señora*, se conserva actualmente en cierto Museo.



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—ARBORICULTURA: En pro del árbol.—BELLAS ARTES: Un maestro. (Marquet).—CIENCIAS NATURALES: La orientación de las hormigas.—BIOGRAFÍA: Octavio Mirbeau.—COSTUMBRES: Las bodas populares en Grecia.—IMPRESIONES Y NOTAS: De la tierra á la luna.

## ARBORICULTURA

EN PRO DEL ÁRBOL.—Fernando Mazade ha abierto en *La Revue* una información que sirve para iniciar una campaña en defensa de la repoblación forestal, porque un país sin árboles es un país muerto, y salvando los bosques, se salva la existencia misma de la nación, y desde luego se aumenta la riqueza, la salubridad, la gracia y la armonía del suelo. Extractamos de la información las notas más salientes.

Raimundo Poincaré, de la Academia Francesa, dice que es un amigo fanático de los árboles, y quisiera tener el derecho de cortar la cabeza a quienes los derriban.

Mauricio Barrés, recuerda una anécdota de Herodoto: Pasando Jerjes por las llanuras de Armenia con el inmenso ejército que guiaba contra Grecia, encontró un hermoso árbol, y fue presa de tanta admiración y amor, que le quiso poner sus collares y sus brazaletes, y luego le dió para servirle un hombre *inmortal*, es decir, que había de reemplazarse por otro cuando falleciera.



Pedro Baudin dice que la tala es producto a la vez de la gran especulación y de la vida más pobre. La gran especulación destruye los bosques de alta copa, y la pobreza roe como la lepra las pendientes pobladas. La defensa de los árboles es cosa muy difícil en un país donde el poder público está puesto en jaque sistemáticamente en nombre de la libertad individual y del derecho de propiedad. Hay que llegar a la organización de un régimen administrativo que no esté sometido al despotismo miserable de la política. (Hay que advertir que quien esto dice es senador y ministro de Marina.)

Emilio Boutroux, de la Academia Francesa, ama apasionadamente los árboles, y sufre con ellos cuando se les atormenta; quisiera verlos desarrollarse libremente en el seno de una noble y pura atmósfera.

Gabriel Bonvalot, explorador, dice que para impedir la despoblación forestal no hay más que un medio: una ley que prohíba las roturaciones. Sería preciso además que las personas que tienen fortuna y aman los bosques, los compren siempre que tengan ocasión y los hagan repoblar.

El doctor Branly, de la Academia de Ciencias, estima que los dos grandes males que más daño hacen son la despoblación y la tala; pero teme que sean males sin remedio.

Brieux, de la Academia Francesa, deplora la manía de arrancar los bosques; pero no sabe nada de lo que hay que hacer para impedirlo. (Esta clase de respuestas, frecuentes en todas las informaciones, son debidas, más que a la ignorancia y a la sinceridad de los consultados, a la ignorancia superior, verdaderamente censurable, de los consultantes, por la manía que tienen de dirigir sus preguntas a quienes carecen de títulos y de autoridad para figurar en sus informaciones. Pidan a los literatos opiniones sobre Literatura, y a los médicos sobre Medicina; pero no inviertan las cosas, ni crean que un académico, por el hecho de serlo, debe saber de todo.)

Renato Doumic, de la Academia Francesa, dice lo siguiente. «No he visto nunca árboles más que en París; hacen muy



buen efecto, y protesto con todas mis fuerzas contra los progresos de la despoblación forestal que substituye con horribles edificaciones esos viejos jardines. (¿Ve el autor de la información adónde le lleva su afán de recoger opiniones sin autoridad? A obligar a personas como Doumic a hacer una *plancha*, haciendo él otra mayor.)

El senador Destournelles de Constant dice que para contener las cortas hay que desarrollar el turismo, regularizar el curso de los ríos y hacer amar los árboles por los niños, desde la escuela, instituyendo para ello la fiesta anual del árbol.

Carlos Gide, de la Facultad de Derecho, dice que no son acaso los economistas los más calificados para tomar parte en la información, pues si no hubiera más que ellos para salvar los bosques, estarían muy enfermos, pues siempre han enseñado que había que fiarlo todo a la propiedad y a la libertad, y precisamente al ejercicio del derecho de propiedad, bajo el régimen del dejar hacer, se debe la despoblación forestal de todos los países. Por otra parte, atendiendo sólo a los intereses económicos, no parece que se imponga la conservación de los bosques ni su repoblación; la evolución industrial tiende a reemplazar la madera por el hierro, y aunque la industria ha abierto nuevas salidas a la madera, sobre todo con la fabricación del papel, esos nuevos empleos, acelerando la desaparición de los bosques antiguos, no exigen su reemplazo, al menos por maderas de alta copa, pues sólo requieren maderas blandas y cortas. Pero no se trata sólo de intereses económicos; la higiene y la estética son hoy potencias que exigen conservar y resucitar los bosques; pero es dudoso que consigan salvar los bosques privados, ni siquiera los municipales, que serán sacrificados al interés económico. Pero el Estado estará moralmente obligado a conservar y acrecer su dominio forestal bajo la presión del turismo, de las sociedades protectoras del paisaje, de las ciudades-jardines, amigos del árbol, ligas por los espacios libres, etc. De aquí saldrá una localización de los bosques en torno especialmente de las grandes aglomera-



ciones urbanas. En cuanto a las antiguas selvas, sólo sobrevirán las que reserven la solicitud y la piedad nacionales como muestras de museos forestales, en los que habrá ciervos y jabalíes, guardas y torniquetes. Y la posteridad se lo agradecerá.

El doctor Leduc, médico, dice que la repoblación sería ruinoso e ineficaz; ruinoso porque reduciría a la cuarta parte la renta de los terrenos de cultivo; ineficaz, porque si las hojas de los árboles representan una gran superficie de evaporación, una derivación del suelo en la atmósfera, eso aumenta las lluvias en las mismas proporciones. Hay que favorecer la repoblación de los terrenos infértiles en las pendientes de las colinas y de las montañas, y regularizar el curso de las corrientes con numerosos estanques.

«¡Si yo amo los árboles!—dice Luis Leger, del Instituto.—Tengo en Passy un jardín con ocho árboles de alta copa, pero no me gustan los pájaros que hacen allí sus nidos, cuyas canciones me despiertan a las cuatro de la mañana.» No dice más; hay que ser del Instituto para saber decir tanto y tan bueno.

Julio Lemaître dice que sólo en caso de absoluta necesidad debe derribarse un árbol. A pocos hombres ha aborrecido tanto como a un señor que vivía en París, y que poseía una gran propiedad en la tierra natal de Lemaître, y que para poder atender a los gastos de sus juergas hacía grandes cortas todos los años, robando al paisaje trozos de verdor y de belleza; nunca lo ha conocido, pero a pocos ha deseado tanto mal.

Pablo Margueritte considera el desbosque como una plaga nacional, y estima que los poderes públicos deberían oponerse a ella por todos los medios.

«El árbol—dice Víctor Margueritte,—en el que los primeros hombres adoraban una divinidad; el árbol de los bosques primitivos, donde sus ojos tímidos encarnaban el misterio del mundo; el árbol de las mitologías griegas, todo palpitante con la forma de las ninfas y con la sangre de las dríadas; el árbol con que nuestros antepasados han construído la cabaña, y luego



la casa, y luego el palacio; el árbol que han lanzado, piragua hueca, sobre los ríos rápidos, antes de construir las flotas de Tiro y de Cartago; el árbol que ha llevado en las carabelas de Cristóbal Colón el alma de la vieja Europa hasta las playas del nuevo mundo; el árbol con que se hace la cuna y con que se hace el féretro; el árbol que plantamos, y que nos sobrevive; el árbol lleno de una canción de pajaros, es una de esas grandes fuerzas eternas que la Naturaleza pone al servicio del genio del hombre».

Alfredo Mezières pide que se haga una campaña contra los que introducen los rebaños en las plantaciones nuevas.

Morizot-Thibault, del Instituto, adora los árboles. «Pequeños o grandes, frondosos o desnudos, son la alegría del recinto familiar y el adorno de la aldea; hacen la montaña más pintoresca, la llanura más risueña, y constituyen así una parte del patrimonio de riquezas y bellezas naturales de nuestro querido país. Sostenes de las márgenes de los ríos, regularizadores de la humedad en el suelo, proveedores de abonos y productores de cosechas, los árboles, cuando se agrupan en bosque, desarman el rayo, retienen el granizo, regularizan las lluvias, hacen el clima más clemente, las corrientes más normales, la hierba más fresca y más alimenticia. Necesario, más quizá todavía en una montaña que en la llanura, el bosque retrasa la fusión de las nieves, protegiéndolas contra los ardores del sol; absorbe bajo su manto de musgos y hojas las ondas arroyuelantes, para no dejarlas correr más que gota a gota, y modera así el gran movimiento de descenso de las aguas montañosas.»

Edmundo Perier, de la Academia de Ciencias, dice que es un sacrilegio destruir los árboles, que no son sólo un adorno, sino los depuradores de la atmósfera indispensables a la salud, constituyendo un capital de reserva que hay que mantener para no empobrecerse. Mantienen en el flanco de las montañas la tierra, que sin ellos correría al fondo de los valles y sería arrastrada hasta el mar, sin dejar tras de sí más que la roca.



Hacen del suelo una esponja que retiene las lluvias que luego se evaporan en el aire, luchando así doblemente contra las inundaciones. Para luchar contra el desbosque aconseja: 1.º Que el Estado no desbosque ninguno de sus terrenos. 2.º Que obligue a los municipios a mantener el arbolado y a poblar las tierras estériles. 3.º Que excite a los propietarios a que hagan plantaciones, no dando primas por ellas, sino poniendo contribuciones durísimas a las tierras que permanecieran calvas, que son un peligro público. 4.º Impedir a las fábricas de destilación minar los bosques, obligándolas a pagar un impuesto destinado a la repoblación.

El doctor Pouchet, de la Academia de Medicina, dice que las talas desempeñan un gran papel en la génesis de las inundaciones, pero es mayor el que ejercen en la salubridad de una comarca. Evaporando y restituyendo a la atmósfera cantidades enormes de agua, el árbol *drena* el suelo; lo airea y perfecciona sus mutaciones físico-químicas, cuya consecuencia es el saneamiento; por la respiración de sus hojas purifica la atmósfera; por sus enérgicos procesos vitales, utiliza una cantidad de desechos, de que nos desembaraza con el mayor provecho de nuestra salud y con una intensidad que los demás cultivos están lejos de alcanzar.

Marcelo Prévost afirma que el árbol es bienhechor, pero además es el cultivo de mayor producto: los frutales no darán nunca bastante fruta para el consumo del mundo; los árboles maderables, lo mismo. En una parte de Gascuña se le ha ocurrido un día plantar pinos donde fermentaban las fiebres; hoy los pinos son grandes, los pantanos han desaparecido con la pestilencia; la raza de los habitantes se restaura; la belleza de los bosques atrae al extranjero, que lleva el oro de las ciudades a las estaciones de las Landas, y aquella región, antes «mala tierra», produce hoy más al que la posee que colinas de viñedos y llanuras de cereales.

José Reinach, diputado, dice que el desbosque ha sido para gran número de países una verdadera plaga. La montaña ta-



lada se derrite, los manantiales se agotan, los arroyos se cambian en torrentes. Se han hecho excelentes leyes para evitarlo, pero se aplican mal o no se cumplen. Aplíquense con celo y con inteligencia, y podrá remediarse el daño.

## BELLAS ARTES

UN MAESTRO.—León Werth nos presenta en la *Grande Revue* a Marquet como un verdadero maestro; pero para hacer su presentación escribe un proemio que vale más que la presentación misma.

Si se pronuncia ante vosotros la palabra *un maestro*, os echáis a pensar en seguida en un señor viejo, cordial y rechoncho, parecido al Moisés de Miguel Angel y a Meissonier, y que sucesivamente proferiría chanzas picarescas y palabras solemnes sobre el siglo XVI italiano. Un maestro es un viejo señor muerto, cuyas frases se citan, o un viejo señor que vive todavía, y a quien piden consejo los jóvenes venidos de provincias.

Un maestro tiene una doctrina y facha de artista. ¿Cómo se hace un maestro? Werth se acuerda del profesor de dibujo que les enseñaba a copiar un cuadrado adornado con recodos diagonales: «Señores, será preciso que se provean ustedes de papel Ingres, de un lápiz Conté número 2, de goma de borrar blanda y de piel de guante...» Estaba vestido tan severamente como un hortera de economato; pero siendo artista, llevaba una «lavallière» negra, cuyas puntas estaban ocultas por el chaleco. Parecía estar desterrado en el Liceo. No era un profesor como los demás; no se parecía tampoco a los pintores que pintan cuadros, a los pintores que van a los cafés, a los pintores que hacen chistes. El maestro es un viejo señor que pinta cuadros para los museos. Los grandes maestros trabajaban para el Salón Cuadrado; han venido todos juntos el día de la inauguración, y nunca se les ha vuelto a ver. Los maestros se pa-



recen a esos viejos encorvados que vemos en las aguas-fuertes: están sentados en un escabel en el ángulo de la habitación, y ante la marmita puesta en la chimenea juegan unos niños y con ellos, una mujer que desconoce el genio. Para que la semejanza sea completa, hay que descubrir la estampa roída por el polvo, en un desván de provincias.

Críticos y profesores hacen libros sobre los maestros; en ellos aprendemos las fechas de su nacimiento y de su muerte. La fecha de la muerte es la garantía verdadera de la maestría. En esos libros aprendemos también que los maestros han expresado el alma de su país y el alma universal, que son de su raza y que son humanos, que fueron fervientes servidores del arte, y que han aportado su inmortal contribución a la suma de belleza esparcida en la tierra.

A veces, el maestro toma un nombre; se llama Veronés o Rembrandt, y como antiguo amigo de la familia, le vamos a ver al Museo, un domingo por la tarde o una mañana. Los maestros son verdes; a pesar de su mucha edad, se levantan a las diez. Los maestros no reciben en su casa; habitan en un palacio de oro y chocolate, cuyos suelos brillan como espejos. Apenas se nos introduce, estamos pensando en la hora del almuerzo, y las frisos de los mármoles nos hacen más impresión que los cuadros. Los maestros han trabajado para figurar en las historias del arte como un literato se hace suscribir en el *Tout-Paris* o en el *Botin-Mondain*.

No estamos seguros del presente, no podemos juzgar más que los artistas del pasado. Necesitamos el retroceso. Para conocer a los de hoy, estamos demasiado cerca de ellos. La Historia pesa el pasado; pero el presente flota ante nosotros. Somos incapaces de ponernos en el punto... ¡Mentira pura! Vuestras certezas históricas son las ilusorias, dice Werth. «Yo aprendo, añade, a distinguir entre mis amigos, si hablo con ellos en una habitación, y no si los miro desde lo alto de una montaña. En los paisajes panorámicos—yo los he contemplado,—los hombres y los carneros son del mismo tamaño; los hombres pa-



recen todos insectos negros, y los carneros espigas de trigo. No entendéis nada del Veronés si sois incapaces de acercaros a Renoir. Renoir es quien os permite ir al Veronés, y no Veronés quien os presentará a Renoir. Los que no tienen certezas en el presente, deben renunciar a amar a los artistas del pasado; si no se tiene el valor de elegir humanamente, hay que meterse en un convento o ponerse a hacer triángulos. Los que parten de los antepasados se contentan con certidumbres librescas. Es una alegría muy difícil olvidar el museo y descubrir por sí mismo su gente, y por grande que sea la alegría de contemplar un Rembrandt o un Tiziano, no es menor la de pasearse por una calle de París con un maestro de hoy.»

Marquet es un maestro, y Werth prevé la sala del museo en que los visitantes pasarán ante sus cuadros. Se acercarán y dirán: «¡Ah! ¡Es un Marquet!»

## CIENCIAS NATURALES

LA ORIENTACIÓN DE LAS HORMIGAS.—Por el camino polvoriento, bañado de luz, pasan en columna, en fila o solitarias, dice G. Roux en *La Revue*, minúsculas bestiolas, peatonas alejadas de su nido: son hormigas negras o rojas, que vuelven a la hura pesadamente cargadas. Diligentes, disciplinadas, dóciles al papel que les está asignado en el hormiguero, sin mariposear en distracciones, escrupulosamente conscientes del deber instintivo, se han puesto en busca de alguna cosecha, y transportan fielmente al granero aquella carga, a veces mucho más pesada que ellas mismas. Prudentemente inteligentes, tenazmente laboriosas, conocen el valor del tiempo, y no lo malgastan en vacilaciones. Observadlas atentamente en su marcha solícita. Incansables trotinean con sus seis patitas firmes y seguras, evitando o contorneando los obstáculos que les obstruían el camino. Rara vez se pierden; se las cree un momento irremediabilmente extraviadas, y un instante des-



pués las vemos, asombrados, encontrar la pista de la vuelta. ¿Cómo se las arreglan para reconocerse en sus viajes, frecuentemente lejanos? ¿Por qué misteriosa facultad consiguen guiarse? He ahí un curioso problema, cuya verdadera solución busca todavía la ciencia.

La teoría más extendida de la orientación de las hormigas fue la que expuso y desarrolló, hace diez o doce años, el doctor A. Beth. Procede de hechos, confirmados en el siglo XVIII por Ch. Bonnet y Huler, y comprobados el XIX por Sir John-Lubbock (lord Avebury), Berthelot y Romanès. Ha sido contrastada y discutida por Forel, por Fabre, el Hesíodo y el Homero de la entomología, como lo llama Juan Aicard, por Cornetz, Santschí, Enrique Pieron, de Selys-Longchamps, Wasmann, por los muy numerosos sabios que se han ocupado de las hormigas y han estudiado la interesante vida de estos himenópteros sociales.

Beth explica el enigma de su dirección en la vuelta al nido por la pista olfativa. El insecto deja en tierra huellas odoríferas de sus pasos. Esas huellas le sirven, en cierto modo, de hilo de Ariadna en los meandros del laberinto donde se ha metido. Huele su recorrido. Y este olor de su paso es para él una brújula infalible. La distensión de una maquineta refleja le hace volver automáticamente a su punto de partida.

Esta explicación se apoya sobre experimentos. Interponed un objeto inodoro, un trozo de madera seca, por ejemplo, en el camino tomado por las viajeras, a la ida; sustituid intencionadamente a cierta distancia un olor nuevo a aquel de que el suelo se ha impregnado bajo sus pasos, y ocasionaréis paradas más o menos largas; habrá perturbaciones en la columna; veréis tanteos inquietos con las antenas para rehacerse; esas perturbaciones no son renunciadas a salir del paso, porque al cabo de algún tiempo el enlace se restablece.

Recuérdense las demostraciones de Lubbock citadas por Romanès, aceptadas como absolutamente decisivas. Sobre ellas se han suscitado recientemente objeciones de peso. Pieron dice



que la opinión de Beth y de Lubbock es discutible, y que hay algo más que contribuye a trazar la buena dirección. Fabre llega hasta pretender que el olor de la pista no entra para nada en el asunto: el mecanismo reflejo no serviría en realidad sino para los viajes colectivos, y, aun en este último caso, su intervención no sería decisiva; existen, en efecto, especies de hormigas, como la cenicienta y el poliergo rojo, que no sufren ningún trastorno cuando se les interrumpe de intento su trayecto de vuelta; las hay también que no vuelven exactamente por el camino de ida. Santschi dice que en los viajes le ocurre a una obrera, para guiar a una reina o a sus compañeras, arrastrar por el suelo su abdomen, cuya secreción es un medio de orientarse; pero las que van aisladamente no tienen este recurso, y no pueden contar más que consigo mismas para saber cómo han de volver. Sin embargo, está fuera de duda, hasta para Fabre, que todas, salvo rarísimas excepciones accidentales, retornan al domicilio común.

El problema, para resolverse con toda la corrección exigida hoy por los métodos científicos, debe considerarse, según las últimas investigaciones, desde dos puntos de vista enteramente distintos. He aquí poliergos en el trabajo, alrededor del hormiguero, del que no se alejan sino a poca distancia. No ignoran nada de los alrededores que tienen costumbre de explorar cotidianamente. No se mueven más que en una zona limitada, y su topografía les es familiar. Son como el que no ha salido nunca de su barrio, pero que puede aventurarse en él sin temor a extraviarse de noche como de día. Conoce todas las calles, las bocacalles y sus travesías. Si por casualidad comete un error en su camino, vuelve a encontrarlo en seguida, pues hace un aprendizaje de reconocimiento, y por cualquier sitio sus recuerdos encuentran hitos. Así, por una educación progresiva de sus procedimientos de exploración, las hormigas se instruyen mutuamente desde los alrededores del hormiguero. Empiezan por el ejercicio de sus sentidos; las más viejas enseñan a las más jóvenes, les llevan consigo, hasta si-



tios muy distantes y vuelven a traerlas como se ayuda a un niño.

La vista, el oído, el tacto, el olfato, son auxiliares constantes en este manejo. La claridad más o menos acentuada, los ruidos más o menos pronunciados, los contactos más o menos inmediatos, las reminiscencias olfativas más o menos persistentes, concurren a resultados que varían con las especies, como lo han hecho notar Forel, de Selys-Longchamps y Piéron. El *eciton* ciego tienta el suelo con las antenas, como hace con su bastón un desgraciado víctima de ceguera.

Los *Pseudomyrmæ*, al contrario, se fían de sus grandes ojos; el *Larius* recurre al testimonio olfativo; otros, como el *Messor* cuentan con sus datos musculares.

Las influencias son diversas y las hay predominantes. Cornetz las ha dedicado atento examen, revelando el desplazamiento del eje del cuerpo, su ojo brújula, su memoria topográfica, su estimación de la distancia, sus contrastes en el modo de moverse, de dejar su morada y de volver a ella. Son otros tantos signos de diferenciación al modo de los caracteres idiosincrásicos en el hombre.

Veamos ahora el caso más complicado, de la vuelta al nido, cuando se ha efectuado el viaje sin aprendizaje previo. Es evidente que no conoce ningún mapa, ni puede preguntar a nadie su camino; sin embargo, una vez hecho su botín, no se equivoca, y tras más o menos larga ausencia, se la ve reaparecer en la abertura del hormiguero, sin revelar ninguna fatiga.

Piéron cree que la memoria muscular, que existe, como es sabido, en los vertebrados, tiene una parte muy real en esta orientación. La hormiga almacena el recuerdo de los movimientos que ha hecho al partir; estima así la distancia recorrida, y calcula, según esta estimación, el trayecto que debe efectuar para volver seguramente sobre sus pasos. Una hormiga, cuando vuelve al hormiguero, no sigue por huellas idénticas a las de ida, sino manteniendo la misma dirección, ayudada por la memoria muscular o quinesésica. Cometz ha recorrido



los trayectos de gran número de especies argelinas: conservan constantemente la dirección general del camino; cuando lo abandonan a derecha o a izquierda, vuelven a él, reponiendo el eje de su cuerpo en su actitud primitiva e imprimiéndole un movimiento de rotación; este funcionamiento es fácil de comprender cuando el recorrido es ascensional, como ocurre cuando los *Lasius* suben por un árbol o una pared; les basta entonces bajar en sentido inverso; pero la explicación es menos clara cuando se verifica el trayecto en una superficie plana.

Hay que tener en cuenta en este último caso, no sólo las estimaciones podométricas del recorrido, sino la compensación de los ángulos de rotación, y también el papel de la luz, que tiene influencia considerable en la orientación. Esta no se efectúa, sin duda, sino con ayuda de un sentido especial desconocido. Probablemente hay en el insecto una sensibilidad magnética análoga a la que se ha supuesto en la paloma mensajera o en el hombre. Son aspectos oscuros del problema, ante los cuales se detiene la sagacidad de la ciencia actual, dejando el campo abierto a las investigaciones y a los experimentos.

## BIOGRAFIA

OCTAVIO MIRBEAU.—En la ladera de Cheverchemont, por encima de Triel, dice en *La Grande Revue* Marco Elder, se levanta una alegre casa, de paredes luminosas, por lo nuevo de las piedras y de la cal, de tejas frescas, de pinturas vivas, con los pies ocultos entre macizos de guisantes de olor, de asterias, de rosas y de plantas verdes que trepan tumultuosamente por las fachadas al impulso de su fuerte savia. Y en torno del jardín todo son grandes manchas coloreadas de flores desparradas con profusión: el amarillo ardiente de los mirasoles, el blanco rumoroso de las dalias; y a lo largo de las avenidas, en las que desbordan de modo salvaje capuchinas enanas de tonos de minio, rosa y sangre, y matorrales de asterias apenas azula-



das, guisantes de olor lujuriantes, cuyas lianas enmarañadas llevan flores multicolores tan ligeras, que parecen dispuestas a volar. La ladera se inclina bastante bruscamente hacia el Sena, que se percibe en placas de espejo en el fondo del valle a uno y otro lado de la villa, de la que sólo se descubre el campanario y el pequeño cementerio cuadrado. Del otro lado del río, y siguiendo sus meandros, la tierra se remanga en colinas sucesivas, semejantes a olas que van a perderse en un horizonte infinito, un horizonte de océano. Y sobre todo esto, el sol descubre todos los días su órbita inmensa, inunda desde que sale la torrecilla derecha de la casa clara, luego la fachada de amplias terrazas, y luego, por la tarde, su lado izquierdo, todo encristalado, cayendo en nubes de luz y de calor sobre el jardín, sobre la buena tierra, grasa y removida, que fecunda hasta las entrañas...; y los arbolitos se dilatan, los reygrás brotan espesos, los macizos se desplegan, las flores se multiplican, se avivan. Y todo es una magia perpetua, en la claridad, en el color, bajo la gran polvareda del astro de vida que gira de Este a Oeste allá lejos, por encima de las colinas rubias.

Allí es donde Octavio Mirbeau tiene su retiro de artista, y también un poco de misántropo, entre la calma de esa Naturaleza espléndida, que siempre ha amado y sentido agudamente, tanto en la forma simple de una azulina con estremecimientos de flor de hierba, como en el poder asesino de esa fecundidad incansable, que aplasta y mata en su continuo desbordamiento. Enteramente entregado a su pasión por las flores, Octavio Mirbeau jardinea. Alto, con los hombros apenas doblados por la sesentena; la faz enérgica, un poco adusta, pero con ojos azules claros, anda a través de las avenidas, observando sus plantas y admirándolas, cuidadoso de su salud, quitando con mano suave las flores marchitas, los botones estropeados, para que estén más bellas. Hace venir de Inglaterra la mayor parte de las especies, particularmente las que están cerca de la Naturaleza; tiene horror a la camelia de cinc, al geranio burgués, pero se queda encantado ante la menor margarita. Y que un



tren aparezca en el fondo del valle corriendo a través de las aldeas, de los ramilletes de árboles a los que su cabellera se agarra en copos, y la sensibilidad del artista vibra todavía, encantado de ver la vida fuerte pasar en un rugido, de oír a su lado el tumulto pacífico de los hombres en conquista. Hay que haber visitado la casita de la ladera para comprender qué corazón tan joven, qué espíritu tan moderno frecuenta aquellas habitaciones ampliamente abiertas bajo el sol. El gabinete en que trabaja es un vasto bow-window vuelto hacia el Occidente, hacia las lejanas colinas en que el astro escarlata se hunde cada tarde en una bruma malva. Todas las piezas están pintadas; allí no hay papel; el gabinete es de un verde muy suave, con muebles de caoba roja, y en las paredes la obra brillante de Cezanne resplandece etapa por etapa. El mobiliario claro del comedor canta con el amarillo canario de las pinturas, y allí hay gavillas de iris, soles de Van Gogh, toda una armonía maravillosa de matices cálidos y brillantes. En el salón, otro Van Gogh, el retrato del tío Tanguy, aquel viejo merchante que se anunció en el tiempo en que el arte dominaba al dinero; una mujer desnuda de Renoir, perfectamente deslumbradora, y aquí y allá Forain, Degas, Pissarro, Monet, el antiguo amigo retirado en Giverny, entre las flores, y Rodins exuberantes como si la sangre latiera en sus venas. Mirbeau ha compuesto por sí mismo los colores de sus pinturas murales, para llegar al máximo de acuerdo con todas esas obras de los artistas de la luz y de la fuerza, que defendió más enérgicamente cuando les ladraban los perros de la tradición, incapaces de comprender un arte espontáneo, sin otra ley que el carácter y la claridad.

Octavio Mirbeau nació el 16 de Febrero de 1850, entre Vières, pequeña cabeza de partido de Normandía, entre Bayeux e Isigny. Su infancia pasó entre aquella villa y Regnelard, patria de su padre, conservando del primer lugar cariñoso recuerdo, y del segundo casi odiosa memoria.

Los principios del *Calvario* y de *L'abbé Jules*, en que sufren Juan Mintié y el pequeño Dervelle, niños incomprensidos, sin



afección, o estúpidamente amados, acurrucados en miedoso aislamiento, están contruídos con recuerdos que se sienten todavía dolorosos. El colegio, con su vida común, hubiera podido devolver su aplomo a aquella existencia precozmente inquieta; pero su padre le puso interno en los Jesuitas de Vannes, y allí empezó una larga serie de vejaciones y pruebas, cuyas miserias pueden seguirse en las páginas de *Sebastián Roch*. Aquel colegio, esencialmente aristocrático, era un plantel de la nobleza, donde los padres daban una educación de alto tono, religiosa y mundana a la vez, con escasísima instrucción, gran desarrollo de los *sports* y una enseñanza religiosa y política muy intensa. Todos los que pasaban por el colegio de Vannes, sin ser *el Señor de...*, han tenido que sufrir las consecuencias de su origen plebeyo. Para ellos, todo son desprecios, groserías insultantes que llegan hasta los golpes, porque no tiene vedados, ni caballos, ni frecuenta ningún salón. Por todo eso pasó Mirbeau, hundiéndose en la religión como en un refugio; conoció los éxtasis, los fervores y toda clase de exaltaciones místicas. Luego sufrió desencantos más profundos cuando la religión se desmoronó bajo él como un navío que se hunde.

Entonces, en el año de Retórica, fue su padre a buscarlo, y Mirbeau salió del colegio lleno de odio, delirante de entusiasmo por recobrar la libertad, a pesar de las reconvenciones de su padre. Teniendo que elegir entre el Derecho y la Medicina, optó por el Derecho; pero sin hacer en París más que andar de juerga. Al llegar a los veinte años, estalló la guerra franco-prusiana, y Mirbeau conoció de teniente de móviles todos los estragos de la lucha con sus desbandadas y sus hambres.

En 1872, bajo los auspicios de Dugué de la Fauconnerie, Mirbeau se estrenó en el periodismo como redactor de *L'Ordre*, hoja bonapartista. Desde entonces comenzó su existencia batalladora, con toda la fogosidad de su juventud y toda la acritud de una áspera sensibilidad. Crítico de arte, demolió las reputaciones admitidas, insultó a los académicos, deificó a



Manet, Monet y Cezanne, y defendió a Puvis de Chavannes, Fantin, Besnard y Roll; crítico teatral, reventó las piezas de moda; hizo reñir al periódico con todos los directores, y le tuvieron que quitar el cargo; fumó el opio en traje de flores durante cuatro meses, hasta el día en que su padre lo descubre con su vestimenta cochinchina, y le da un paseo por España para reponerle.

El 16 de Mayo le coge de subgobernador en Saint-Girons; pero pronto se harta del expedienteo y vuelve al periodismo. Tiene aventuras, y una pasión le improvisa bolsista; gana 12.000 francos al mes, y asqueado de pronto del mundo, marcha a Bretaña, compra una barca sardinera y se mete a pescador.

Luego su nombre reaparece en el *Gaulois*, en la *Illustración*, en el *Figaro*, donde publica contra *El Cómicó* un folleto sangriento, que conmueve a la Prensa, y lanza tras él toda la trahilla de los actores. El *Figaro* desautoriza el artículo, y Mirbeau envía sus padrinos a Magnard, y para denunciar a su gusto las falsas reputaciones y reventar a los fantasmones, funda, con Hervieu y Groscaude, la revista satírica *Las Muecas*.

Cuando sus víctimas replican, anda con ellas a estocadas, batiéndose con Deroulède, Etienne, Bonetain, Mendés., y siendo tirador admirable, hace temer su espada tanto como su pluma.

Y así va toda su vida impulsado por sus impresiones, tan fuertes cuando le entusiasman como cuando le molestan. Muy noble de corazón en el fondo, muy exigente de espíritu, busca ávidamente en la conciencia de los hombres una belleza imposible, de la que se hace el caballero sirviente, siempre dispuesto a romper una lanza por ella. Y es que en Octavio Mirbeau hay algo de Don Quijote, pues lo mismo se pierde el tiempo en reñir batallas contra la inmutable bajeza humana que contra los molinos de viento.

Desde su primer libro *Los cuentos de mi choza*, Mirbeau



insiste ya sobre la hediondez de la riqueza malhechora y sordida; después, más tarde, sistematiza y hace, con Taine, del hombre «un gorila feroz y lúbrico», bestia de instintos inmoderados, feroz en su egoísmo hasta el crimen, lúbrico en el sadismo hasta el asesinato. Y en eso viene a dar frecuentemente, no sólo en el *Jardín de los suplicios*, sino en *Los veintidós días de un neurasténico*, en que un viejo notario estrangula, para sus crápulas, vírgenes de doce años; en el *Diario de una camarera*, que dice que un hermoso crimen la exalta, la entusiasma como un hermoso macho; en *Los negocios son los negocios*, donde flota el espanto de los degüellos en torno de los gestos implacables de Lechat-Tigre. Y es que para Octavio Mirbeau, todo está lo peor, en el peor de los mundos posibles; exageración sin duda, ensanche lírico de las inflexibles verdades de la vida, pues por optimista que se sea, hay que reconocer la canallería humana, y si en la vida «llega uno a tropezar con un amigo o quizá dos, de corazón noble y afecto vivo, todo lo demás son gentes malas o ridículas». Mirbeau ha amado demasiado alto, para que no deteste con violencia a todos los que le han engañado en sus aspiraciones; en sus escritos hay una frase que es toda una confesión: «Rembrandt y Beethoven, los dos fervores de mi vida.» ¿Cómo no había de retirarse misantrópicamente a esa hermosa casa soleada de Triel, entre flores y en medio de la franca Naturaleza? Cultiva y mira lo que hace su viejo jardinero, silencioso y observador. Cada palabra de aquel viejo le parece una sentencia, pues «cuando habla es como Tolstoi»; y Mirbeau se calla también, porque ante aquel simple hacedor de injertos «tiene miedo de decir tonterías».

## COSTUMBRES

LAS BODAS POPULARES EN GRECIA.—Son curiosas las observaciones recogidas por Juan da Ponte e insertas en *La Revue*, sobre las fiestas que actualmente se celebran en Grecia,



con motivo de las bodas de la gente del pueblo. Desde la víspera de la fiesta titular del pueblo, todos los habitantes de las aldeas del contorno, precedidos de sus músicos y de sus rapsodas, acuden en alegres cortejos, levantando sus tiendas de tela en las plazas o improvisando cabañas de ramaje en los sitios más pintorescos; así surgen multitud de campamentos, uno por cada aldea.

Al rayar el día de la fiesta, todos marchan en piadosas teorías a la iglesia: los hombres, con sus sotanillas de blancos pliegues; las mujeres, con sus amplias vestimentas y sus brocados maravillosos. Terminados los oficios divinos, los jóvenes ponen en el asador, entre dos muros de piedras o de ladrillos, el cordero tradicional—el *cocoretzi* de los políkaros,—y los vinos blancos resinados se escapan a borbotones de los hinchados odres y de los toneles enguirnaldados de hiedra. Acabada la comida, las jóvenes bailan al corro cogidas de la mano, acompañándolas los aedos, al són de violines y guzlas quejumbrosas, de liras y de dulzainas. Al principio, los de cada aldea se divierten en su propio campo; pero poco a poco los grupos se ensanchan y se confunden, y del concurso simultáneo de estas diversas fiestas en el mismo sitio han nacido las *paniguiria*.

A favor de estos regocijos, los hombres eligen las jóvenes que desean para esposas. Mientras que al ritmo de su cuerpo ellas parecen rechazar el suelo bajo sus pies, ellos tratan de encontrar sus miradas, sus sonrisas; de lanzarlas con gracia, como un símbolo de amor, una rosa, un clavel, un jazmín, una naranja; de pronto, a una señal, la música se interrumpe.

Algún pastor enamorado se recoge sin duda antes de improvisar; ansiosas, con la boca jadeante, con los ojos ardientes, las mujeres se oprimen alrededor suyo. Luego, tras un silencio, el aedo bucólico improvisa cantando: «Yo iré por montes y valles, preguntando a las fieras el remedio para olvidarte, y ciertamente el valle me dirá:—«Parte, porque tu angustia me envenena y no podré en adelante recobrar mi adorno.»—Con uno de tus cabellos quiero coser mis párpados para no mirar ya



jamás a otra mujer. — Cuando pienso en ti, mi sangre se pára en las venas y mi espíritu se desparrama como la paja en la era.—Antes del alba, para respirar el aire fresco, y cuando veo tu seno desnudo, creo que es de día.—Aquí embalsama el heliotropo; pero no veo ningún jardín. ¡Ah! Una mujer lo ha prendido en su pecho, y por eso embalsama tanto.—No ames jamás a un hombre sin ser de él antes amada, y sin ver correr sus dos ojos como una fuente.—Quiero ser orfebre, para cincelar anillos de oro y venderlos en mis viajes por ojos y pestañas.—Entré de pronto en un jardín, y vi un manzano cargado de fruta y de una hermosa muchacha. Y dije a la muchacha: «Baja, hermosa, y cambiaremos besos.» Pero ella me acometió con las manzanas que cogía.—Vamos, jóvenes, proseguid vuestra danza y decidnos una canción. Alabad sobre todo al citaredo, que es hermoso.

Estas improvisaciones se llaman dísticos, aunque no se ajusten a una medida fija. Los ciegos y los cantores ambulantes los propagan de aldea en aldea, invadiendo toda Grecia y llegando hasta las voluptuosas playas jónicas.

En cuanto un pretendiente ha elegido una joven, envía unos proxenetas a pedir su mano, pues él mismo no podría dar este paso sin chocar con las tradiciones; si gusta a los padres, se le acepta en seguida sin consultar a la joven, y desde entonces, ambos deben renunciar a verse hasta los desposorios; sólo con motivo de las fiestas de familia se favorece su encuentro en casas amigas. Pero más de una vez, por la tarde, a la vuelta de un sendero tranquilo, cuando ella vuelve de la fuente con el ánfora al hombro, él la saldrá al paso para decirle que sus penas languidecen en su corazón.

La ceremonia de los desposorios es muy sencilla, y en ella sólo toman parte los padres, asistidos de un sacerdote. Se discuten las cuestiones matrimoniales, y firmado el contrato, un grupo de jóvenes introduce a la novia en la sala y la presenta a su futuro esposo; el sacerdote se levanta, les dirige una corta alocución, y mientras ellos se arrodillan para recibir la ben-



dición, él les pasa el anillo de oro de alianza. Una fiesta, a la que se convida por la noche a los amigos, consagra este feliz acontecimiento en la vecindad.

La duración de los desposorios comprende semanas, meses o años, según las provincias y los casos. Varias semanas antes, los padres anuncian el matrimonio a los invitados, con un mensaje especial, al que hay que responder con un regalo, comestibles o un objeto de primera necesidad. La víspera de la boda, engalanados con sus trajes de fiesta, esos invitados van unos a casa del novio y otros a casa de la novia. Las jóvenes compañeras de la «ninfa» la peinan y la trenzan los cabellos; luego la visten de blanco y la cubren el rostro y los hombros con un velo transparente del mismo color, y en su pecho arrojan franjas de oro entrelazadas con flores virginales, cantando: «Desde lo alto de las montañas de tres cimas, un jerifalte ha gritado: «Calmaos ¡oh vientos! calmaos. Pasada esta noche y otra noche más, se cumplirán las bodas de un joven. Una niña rubia se casa.» Antes de la aparición del alba, el futuro, con sus padres y amigos, marcha al encuentro de su novia, y cuando ésta se dispone a dejar el dintel paternal, las otras jóvenes cantan por ella: «Hago votos de salud por los míos y por mi vecindad, y dejo a mi madre tres copas de amargura. Una la beberá por la mañana, otra a medio día, y la última, la más amarga, durante los días de fiesta.»

Después de la ceremonia religiosa, todos se dirigen a la habitación de la novia, donde la mesa está puesta; pero durante el banquete, la novia conserva el velo puesto; hacia la mitad de la comida, el que desempeña el papel de paraninfos, la quita el velo, descubriéndola por primera vez a los ojos de los convidados, y todos entonces cantan en coro: «Nuestra gentil paloma está sentada a orillas del camino y canta. No teme ya ni a jóvenes ni a muchachos; teme a su cuñada que la despier- ta muy temprano y la dice: «¡Eh! Levántate, hermosa, que es de día. ¿Cuándo amasarás nueve panes? Hay que enviarlos a nueve pastores, esperando otros nueve.»



Como ejemplo de epitalamios populares, insertamos el siguiente: «*Las bodas de Liogenniti*.—¡Ah si yo pudiese saber quién penetra así en mi viña, estropea las vides, pisotea las plantaciones y destruye mis racimos de perfumado moscatel! Si es un perro del pueblo, que se coma su cabeza; si es un zorro, que se convierta en una mala piel, y si es un hombre, que no llegue vivo al fin del año. Pero he tendido redes y trampas de hierro y yo sabré quien es el merodeador.

«A la aurora se despierta y va a su viña, ve la red bajada y la trampa distendida. Ningún perro, ni zorro, ni hombre. La trampa no ha capturado perro, sino rayos; luminosas estrellas fulguran entre sus dientes. El joven se turba, su razón se extravía, cierra sus párpados sobre sus ojos deslumbrados. Su corazón brinca de alegría cuando descubre un zapatito de mujer bordado de oro y constelado de fina pedrería. Lo oculta en su seno y vuelve a su casa. Y contemplándolo por el camino, le habla en estos términos:—Hermoso zapatito constelado de finas pedrerías: dime qué dama te lleva, qué pie tan mono calzas.—No ha nacido para ti la dama que me lleva, porque no es pastora ni pueblerina; es Liogenniti, la Hija del Sol, a quien gusta vagar por la noche.

»En el pueblo, todo el mundo le aconseja que venda el rico zapatito. Gracias a él, podrá conocer días faustos y será señor. Pero su madre, picarilla, le dice:—Vuelve a tu viña, hijo mío, y pon otra vez tus trampas; así cogerás el zapatito que falta y tendrás la pareja.

»Y sordo a los consejos de la gente, el joven obedece a su madre. Vuelve a su viña y trae de ella el otro zapatito. En el pueblo todos le aconsejan que venda la rica pareja de zapatos. Gracias a ellos, conocerá días de fausto y será señor. Pero su madre, picarilla, le dice otra vez:—Con tu pandereta por la noche, ve a cantar a Liogenniti, bajo sus altas ventanas, canciones de amor. Dile cómo has encontrado sus ricos zapatitos, y te juro, hijo mío, que dentro de poco, la bella será tu esposa y mi nuera; de otro modo, dejo de ser tu madre.



»Y sordo a los consejos del mundo, el joven obedece a su madre.—Despiértate, Hija del Sol, aparece en tu ventana, a fin de que las tinieblas cedan a tu luz. Blanca y dulce como el azúcar, rubia como la miel, ¿por qué penetras por la noche en las viñas? Sér encantador, amasado de rosas y firme como el laurel, ¿no sabías que estaba tendida una trampa de hierro? ¡Ah! A pesar de tus astucias y de tus gracias, tu blanco pie ha caído en la trampa. Has tratado de volar ciertamente como un pájaro o de deslizarte como una anguila, pero en tu fuga me has dejado tu lindo zapatito. Y para contemplarlo me despierto por la noche y no me duermo de día. Vuelves por segunda vez y pierdes el otro zapatito, y ahora los guardo los dos en mi pecho. No sonrías de compasión; ven a tus altas ventanas a iluminar la vecindad. Seré esclavo de tus innumerables encantos, pero recoge tus zapatitos y dame tu corazón.

»La dulce aurora aparece, y los astros se dispersan en el firmamento y los pájaros también para buscar su comida. Los hombres van al trabajo y las mujeres a los campos; Liogenniti va a casa de su padre y le besa la mano.—Padre mío, otórgame tus plácemes para mi dicha de esposa.—Hija mia, cincuenta príncipes me han enviado sus proxenetas; todos son excelentes, elige el que te agrada.—Yo no deseo, padre mío, ni príncipes ni polemarcas. La guerra puede arrebatarnos y dejarme viuda. Yo amo a un joven cantor que me encanta por la noche, porque su voz es de miel y sus palabras de azúcar. Y él se pierde por mí: tanto me ama.—El Señor no me ha dado más que una hija. Cásate, pues, con quien te ame, y tu esposo será mi hijo.

»Y los heraldos parten a través del país para pregonar la noticia.—Regocijaos, montes y valles, aldeas y vilayetos, porque la bella Liogenniti se casa con el cantor, el bravo palikaro.»

### IMPRESIONES Y NOTAS

DE LA TIERRA A LA LUNA.—No se trata de la famosa novela de Julio Verne, en que describía este viaje con todas sus peri-



pecias, estableciendo la posibilidad de ejecutarlo en una bala de cañón, en un trayecto de veinticuatro horas. Se trata de la ejecución real de aquel proyecto fantástico utilizando los progresos de la aviación y fabricando un aerostato sumamente ligero, con un motor de... (aguarde usted un poco) 414.000 H. P. No habría propulsor, puesto que no hay medio atmosférico en que pudiera funcionar; sino una especie de cohete volante gigantesco capaz de franquear la esfera de gravitación de la tierra y de llegar a la esfera de atracción de la luna; una vez allí, el aparato, por su propio peso, caería en la superficie de nuestro satélite. El peso del proyectil sería de una tonelada, próximamente.

El viaje en vehículo tan modernista, pongamos futurista para ser más exactos, comprendería tres etapas: la primera se extendería desde la tierra hasta la zona en que cesa su atracción, durando esta parte del trayecto veinticuatro minutos y nueve segundos. La segunda etapa sería la de la travesía de la zona neutra, en que no hay atracción, ni de la tierra ni de la luna; este recorrido exige una duración de cuarenta y ocho horas y cincuenta minutos, y se ejecutaría por la inercia del proyectil, que no encontraría ningún obstáculo que retrasara la velocidad con que entraba en la zona neutra. La tercera etapa sería la del recorrido de la zona de atracción de la luna hasta la caída en el satélite, y se haría en tres minutos cuarenta y seis segundos. La duración total del viaje está calculada en cuarenta y nueve horas, diez y siete minutos y cincuenta y cinco segundos.

La lástima es, que Roberto Ernault Pelleterie, que es el autor de tan hermosos cálculos, no haya pensado en la vuelta.

FERNANDO ARAUJO



# LA AMÉRICA MODERNA

---

La literatura sociológica en la Argentina. Un libro del profesor Leopoldo Maupas. Sistemática de la sociología. Campo de experimentación social.—Primer Congreso de Confederación española de Buenos Aires. Finalidad del Congreso. Dos cuestiones magnas: la naturalización de los españoles en la Argentina y la Diputación hispano-americana. La resistencia argentina y el interés de España. Ejemplo de los judíos españoles de Salónica.—El Renacimiento de Bolivia. La riqueza boliviana y los ferrocarriles.—El canal de Panamá y las riquezas forestales del Istmo.

Leopoldo Maupas, profesor en la Universidad de Buenos Aires, ha publicado una obra titulada *Caracteres y crítica de la Sociología*, que constituye una contribución estimable a los estudios de Sociología y valioso esfuerzo en pro de la cultura argentina.

Mérito principal de la obra del profesor argentino es la síntesis que realiza sobre la frondosa literatura sociológica, llena de imprecisión en la mayor parte de los autores, y propensa, como ninguna otra disciplina, al diletantismo y a la vaguedad. La utilidad inmediata del libro a que nos referimos está en que, como guía o introducción al estudio de la Sociología, puede ser aprovechado por los principiantes, al mismo tiempo que en su parte crítica revela puntos de vista eficaces para los investigadores.

El profesor Maupas clasifica las doctrinas sociológicas por la



naturaleza de sus explicaciones, en dos grandes grupos: las que explican la solidaridad de los hechos sociales y la evolución de la sociedad, y las que explican la producción de los hechos sociales. El autor declara que en la metodología sociológica reina la mayor vaguedad y tal vez por esto no hay verdaderas oposiciones entre los tratadistas; pero fuera de esto, las mayores divergencias les separan. Respecto a los problemas, dice, en lo único en que concuerdan, que es en el propósito de explicar los hechos de la vida colectiva, existen tantas opiniones como autores. Y aun el objeto mismo de sus explicaciones sólo es uniforme en su imprecisión, y desde que los sociólogos han querido salir de su vaguedad, han puesto en discusión el objeto mismo de su ciencia. Por eso, si bien puede afirmarse que nada es más claro que la lectura de un libro de Sociología, en cambio, nada hay más progresivamente confuso que la lectura de varios. Bajo el mismo enunciado, los problemas adquieren sentido diverso; las mismas palabras y los mismos términos aparecen constantemente; pero dejan la impresión de que se refieren a cosas diferentes. Todos concuerdan en querer explicar la actividad de los hombres en sociedad; pero, en realidad, sólo consideran algunas de sus manifestaciones, siendo así diverso para cada uno el objeto de sus explicaciones. De ahí, la dificultad de exponerlas en una forma sintética, y la necesidad de mantenerse dentro de la imprecisión de sus conceptos para que el retrato conserve el parecido.

El profesor Maupas parte de la indicación del contenido de la Sociología para hacer la clasificación de las doctrinas sociológicas. La Sociología es la ciencia de la sociedad, y correspondiendo a los conceptos más generales de ésta, podemos presentar una clasificación primera y genérica de los sociólogos. Para unos, la sociedad es un sér concreto análogo a los seres de las ciencias naturales. Y sobre sus cuadros fundan la Sociología. La Historia, las descripciones y clasificaciones tienen un lugar prominente en sus estudios, y la finalidad de sus preocupaciones es la determinación de leyes de evolución y



coexistencia. Para otros, la sociedad es una abstracción, un término genérico, con el que se designa el conjunto de fenómenos sociales, a la manera de las entidades de la Física. Para estos sociólogos, el fenómeno es lo único concreto, y su preocupación es la determinación de leyes de producción.

La exposición de las doctrinas sociológicas hechas por Barth y por Squillace la toma como base el profesor argentino para hacer la clasificación de los principales autores.

Comte, Spencer, Lilienfeld, Schäfle, Fouillée, Worms, Ward, Mackensie, Haurión, Giddings, Degref, constituyen la dirección en la Sociología que explica la solidaridad de los hechos sociales y la evolución de la Sociedad. Conciben estos autores la sociedad como un todo concreto; la mayor parte de ellos afirman que es un organismo, y los que no lo hacen, la consideran, sin embargo, como un sér concreto, compuesto de partes que forman un sistema, y que, a lo menos como tal, nace, vive y evoluciona, y, en consecuencia, de acuerdo con el cuadro que les ofrecen las ciencias naturales, si no estrictamente, respondiendo por lo menos a la tendencia, formulan leyes o dan explicaciones que les equivalen, del crecimiento, estructura y evolución de las sociedades. Los autores que Barth clasifica como exclusivistas de la Historia, no todos creen en la existencia ontológica de la sociedad, o si creen en ella, convienen que sólo se la puede conocer en sus manifestaciones, que son los acontecimientos históricos, y se preocupan únicamente de explicar su producción, quedando siempre dentro de la terminología general: podríamos decir que los primeros toman por objeto de estudio la sociedad, y los segundos el fenómeno social.

Las explicaciones exclusivistas de la Historia, según Barth, son las siguientes: concepción individualista, etnológica, la fundada en el grado de cultura de los pueblos; concepción política, ideológica y concepción económica. En cada una de estas direcciones, Barth vuelve a ocuparse de autores ya mencionados, conforme a la anterior clasificación, en cuanto dan im-



portancia primordial a alguna de esas diversas causas en la producción de los fenómenos sociales. Esto demuestra, dice Maupas, la posibilidad de un nuevo criterio de clasificación de las teorías sociológicas fundada en el hecho mínimo fundamental que sirve para explicar los diversos hechos sociales. Respondiendo a este criterio, Squillace ha clasificado las diversas teorías sociológicas de acuerdo con el hecho fundamental sobre el cual se apoya cada autor para explicar la producción de los hechos sociales. He aquí su clasificación: I. Sociología basada sobre la Física y sobre las Ciencias Naturales. Término que subdivide en: 1.º Sociología mecánica: Spencer, Fiske, Mismar, Sales y Ferré, Carey, Winparsi, Pareto, De Marinis.—2.º Sociología etno-antropológica: Letourneau, Gumpowicz, Vaccaro, Lapouge, Ammon, Folkmar.—3.º Sociología geográfica: Demolins, Razel.—II. Sociología basada sobre la Biología. Sociología bio-analógica: Schäffle, Lilienfeld, Small y Vicent, Worms, Salillas.—III. Sociología basada sobre la Psicología; la Sociología psicológica: A. Comte, Carle, Ward, Combes de Lestrade, Tarde, Bascom, Lacombe, Xenopol, Lagresille, Allieve, Bourdeau, Izoulet, Le Bon, Tönies, De Roberty, Giddings, Fairbanks.—IV. Sociología basada sobre las Ciencias sociales: 1.º Sociología económica: Le Play, Brentano, Patten.—2.º La Sociología estadística, demográfica: Coste.—3.º La Sociología jurídico-contractualista: Ardigó, Fouillée, Degreef.—4.º La Sociología ético-objetiva: Durkheim, Duprat.—5.º La Sociología ético-abstracta: Simmel, Stuckenberg.

El profesor Maupas, después de exponer el cuadro de las direcciones de la Sociología contemporánea, acomete él la ardua cuestión de definir por cuenta propia el problema de la Sociología.

Considera que la Sociología nace de un problema metodológico, que ha caracterizado a la misma. Su afirmación científica es su carácter predominante; pero si es el principal, no es el único; porque, si bien podría servir para distinguirla de las



ciencias sociales anteriores al período de su constitución, no llegaría a distinguirlas de ellas con posterioridad. Todas las ciencias particulares han afirmado, siguiendo el ejemplo de la Sociología, sus pretensiones científicas, y éstas han dejado, por lo tanto, de ser un rasgo distintivo. Por ese motivo, tal vez, en la vaguedad de la acepción común del término Sociología se significa todo estudio social de carácter científico; pero cuando se precisa su significación, no es posible confundir los trabajos de los que se llaman sociólogos con los de cultivadores de otras ciencias sociales. La igualdad de preocupaciones metodológicas no ha suprimido toda diferencia entre ellos, y nadie equivoca, por ejemplo, el carácter sociológico con el jurídico o económico de obras diversas. El sociólogo y el jurista estudian la familia y el Estado; el sociólogo, el jurista y el economista estudian la propiedad; pero, a pesar de la denominación común del objeto de sus estudios y de la pretensión científica que todos proclaman, hay diferencias reales que les distinguen. ¿Qué es lo que da carácter sociológico a una investigación sobre la familia o la propiedad, por oposición a un estudio jurídico o económico sobre los mismos temas? ¿Qué es lo que caracteriza a la Sociología? La expansión dada a sus problemas. Con el jurista, el sociólogo tiene de común que ambos tratan de determinar la organización social. Dentro de esta comunidad de problemas pueden distinguirse ya tendencias diversas. El jurista se preocupa con preferencia de determinar la regla jurídica, el sociólogo dirige su atención casi exclusivamente a la explicación de su origen. Pero su rasgo diferencial es la extensión que dan a sus problemas. El jurista nunca rompe los límites que ofrece la determinación de la organización jurídica y de explicación; el sociólogo nunca se mantiene dentro de esos límites. De la familia, el jurista estudia cuáles son los preceptos que rigen las relaciones entre sus miembros, y buscará su origen. Esto es una mínima parte de los estudios del sociólogo. En la familia le interesa toda la actividad de sus individuos, sea o no condicionada por la organización social.



Toma los hechos concretos que se realizan en su seno, y trata de explicarlos. Cuando estudia el Estado, hace lo mismo. El objeto de su estudio es no sólo la organización jurídica, sino toda la actividad que despliegan los miembros del Estado, sea o no en la persecución de los fines sociales. El valor del clima, de la raza, del carácter personal, le interesan a título igual que el de la organización jurídica. Con el economista tiene de común que estudia la organización social que se refiere a la riqueza; pero mientras que el economista, en la consideración de los hechos concretos, sólo se ocupa de lo que en ellos hay de económico, el sociólogo, por el contrario, cuando estudia lo que hay de económico en los hechos concretos, sólo lo hace por el lugar y la influencia que tiene en el conjunto de la vida social. Por eso, cuando un economista rompe con sus teorías los límites de explicación de lo puramente económico, y aspira a explicar toda la vida social, toma el carácter y se le da el nombre de sociólogo. Es el caso de Winiarsky, de Pareto, del materialismo histórico. Lo que caracteriza, pues, a la Sociología, en último término, es la extensión de sus problemas. En la Sociología hay más que social. No se reduce a explicar la organización jurídica y moral: explica todas las manifestaciones de la actividad humana, sea o no social. El dato de sus explicaciones es el acontecimiento histórico. A la Sociología sólo corresponde explicar lo que hay de social en los actos y hechos humanos, lo que haya de psíquico, vital y mecánico debe corresponder a las otras ciencias abstractas: la Psicología, la Biología, la Física; debiendo reservarse para las ciencias concretas generales, la Antropología y la Historia, la explicación sintética del hombre y de sus hechos.

Después de estudiar los problemas de la Sociología, el profesor Maupas termina sus disquisiciones fijando la posición de la Sociología entre las ciencias particulares. Cierra la obra un apéndice dedicado a tratar la objetivación del conocimiento y método en materia social y de la política como ciencia social.

La obra del profesor argentino constituye una estimable



contribución a los estudios de Sociología. Tal vez en la Argentina, más que en los países de la vieja Europa, tienen mayor significación social esta clase de estudios, puesto que con la formación científica que con ellos se procura, aparecen investigadores de la realidad social y desentrañan la vida de una sociedad; los pueblos europeos son, en su mayoría, bastante conocidos; pero no los americanos, cuyos tipos de organización social tantas particularidades ofrecen. Excelente campo de investigación ofrecen pueblos que, como la Argentina, se encuentra en época de formación y crecimiento. El cultivo teórico de la Sociología no basta; precisa que entre los argentinos se desenvuelvan las monografías de investigación, las prácticas de la Sociología, que pueden aportar un gran caudal de materiales para esta clase de estudios. Bueno y justo es recordar los trabajos del doctor Ingegneros sobre la evolución argentina, en cuya obra refleja una dirección sociológica netamente biológica.

¡Lástima grande que la obra de Maupas aparezca publicada, formando serie en la biblioteca de M. Ollendorf, en la que se da preferencia a obras de literatura tendenciosa contra España! Las obras de preocupación netamente científica no deben ir mal acompañadas.

\*  
\* \*

Recientemente se ha celebrado en Buenos Aires el primer Congreso de Confederación española. Su labor ha sido dirigida a afianzar la cohesión de la colectividad española en la Argentina, y mejorar su situación, valiéndose para ello de todas las medidas privadas y de carácter político que puedan ser aprovechables. Un elenco de las cuestiones puestas a deliberación en el Congreso, puede dar una idea de la significación del mismo:

- a) Recepción de inmigrantes.
- b) Oficinas de colocación.
- c) Censo al día.



- d) Lista de correos española.
- e) Asilos o pensiones para ancianos sin familia.
- f) Colonias y excursiones infantiles.
- g) Defensa judicial de desamparados.
- h) Caja de repatriación.
- i) Becas para jóvenes españoles.
- j) Conferencias de España.
- k) Unificación de reglamentos de sociedades.
- ll) Formación de un tesoro.
- m) Representación diplomática y consular a cargo nuestro.
- n) Propaganda de productos españoles.
- o) Líneas de navegación.
- p) Jurado central.

Para tratar estas cuestiones y otras análogas que fueron presentadas al Congreso, se dividió éste en las siguientes secciones:

1.<sup>a</sup> sección, Social y política; 2.<sup>a</sup>, Comercio y sus ramificaciones; 3.<sup>a</sup>, Mutualismo y Beneficencia; 4.<sup>a</sup>, Organización colectiva.

La agitación en pro del españolismo claramente se ve al repasar los discursos y acuerdos del Congreso. Desde la propaganda en forma de conferencias, hasta el fomento de las relaciones comerciales por medio de tratados de comercio con los países hispano-americanos, relación de todos los españoles inmigrados en la América española, penetración económica por medio de una mejor organización del comercio y del crédito, y formación de un tesoro destinado exclusivamente a donaciones a los compatriotas de España en caso de calamidad pública.

Peró lo más trascendental del Congreso fue la aspiración demostrada por algunos respecto de la naturalización de los españoles en la Argentina, y la obtención de derechos políticos en el país de origen.

El director de *El Diario Español*, de Buenos Aires, el señor López Gomara, ha sido el defensor de la proposición relativa a la naturalización de los españoles, compaginada a la de ob-



tención de derechos políticos desde la Argentina respecto del país de origen.

Gomara presenta las siguientes razones en apoyo de su tesis:

«Viendo el detalle para mayor conocimiento del conjunto, se comprende mejor la trascendencia que tiene este asunto para las más lejanas ramificaciones de la vida nacional.

»Hay comerciantes españoles o de otros pueblos diseminados por la campaña, que por sí solos dan vida a una zona entera, siendo como el músculo cardíaco que mantiene en ella la circulación vivificante, y muchas veces la inquina o la torpeza de un cacique analfabeto, de un alcalde insolente o de un polizonte coimero, bastan para que toda su honrada vivienda se perturbe; porque en carne de «gallego» o «gringo» creen poder cortar a mansalva desde que no tiene voto ni voz para hacerse respetar en la legislatura, única que maneja los presupuestos en que aquellas malas autoridades ven todo el ideal de su patriotismo.

»Si el «gallego» y el «gringo» trabajadores tuviesen derecho de ciudadanos, desaparecerían la influencia del cacique, substituída por el voto consciente, supeditado solamente al interés progresista del pueblo, y el juez de paz abusador, reemplazado por el amistoso componedor de los negocios vecinales, y el polizonte coimero, que ya no tendría campo para el abuso tratándose de «ciudadanos» que le igualan en derechos y en representación.

»Por lo demás, intervenir en la administración pública allí donde se está estable y sinceramente radicado, debe considerarse acto tan elemental de la vida social, como la respiración lo es de la vida fisiológica. Lo contrario resulta una opresión viciosa y enfermiza.

Dice así en el folleto publicado, en que apoya y desenvuelve su tesis:

«Para ello—dice,—nuestro Congreso debe estudiar dos medios: el de petición de reforma de las leyes que actualmente



rigen el punto, y el de utilización de esas mismas leyes para llegar al resultado apetecido, declarando que la naturalización realizada en bloque, suficiente para obtener la influencia necesaria al logro de esa modificación, lejos de ser considerada como hasta aquí, desvío hiriente hacia la patria de origen, puede mirarse como resolución en favor de las conveniencias de ambos países, algo así como el batallón que se destina a colmar con sus cuerpos un foso para dar paso fácil a la victoria de los principios de justicia y fraternidad que se persiguen, en pugna con la ofuscación que los restringe y combate.

»Respecto a España debemos gestionar, como medida general, que a ningún español que pise su territorio se le discuta la plenitud de sus derechos políticos al igual de los residentes y como medidas especiales; que así como se ha constituido un distrito militar, teniendo como centro el consulado español de Buenos Aires, para exigirnos aquí mismo el cumplimiento de esos deberes, se constituya ese mismo distrito para conservarnos los derechos políticos, dejándonos elegir representantes en Cortes en la misma proporcionalidad de población que para los distritos de la Península se establezca, o por lo menos dando en el Senado a nuestras sociedades la representación de que gozan los grandes intereses morales, y de autoridad científica o social colegiada.

»Entiendo que ésta sería la verdadera vinculación eficaz y activa entre España y la Argentina, por medio de fuerzas y factores que les son comunes, y que, sin embargo, ambos hoy repudian por una absurda ficción del derecho.

La Argentina llevaría sus puntos de vista, criterio y aspectos de vida práctica, al parlamento español por medio de los españoles en ella formados, y España infiltraría su espíritu y carácter en la vida pública argentina por medio de sus hijos que en ella tomaran parte activa.»

Hasta aquí Gomara, cuyo trabajo, basado en la práctica de la vida diaria, merecerá, sin duda, atento estudio dentro y fuera del Congreso. Claro está que el asunto se resuelve fácil-



mente: solicitando carta de ciudadanía; pero aquí está el problema. Los extranjeros radicados en el país, con largas vinculaciones y hondos afectos, entienden que no deben solicitar nada. Ilustres jurisconsultos argentinos sostienen también que la Constitución es terminante; la ciudadanía «se obtiene» con dos años de residencia, plazo que puede ser abreviado si se alegan servicios prestados al país. Es decir, que la solicitud queda reservada para el último caso, no para el general, en que la naturalización se obtiene de hecho, sin solicitud que envuelve una renegación de la patria de origen.

¿No vimos hace poco tiempo al general Fotheringham expuesto a no ser considerado ciudadano, a pesar de sus cincuenta años de residencia, sus servicios al país, su sangre derramada en los campos de batalla, sólo por negarse a «solicitar» lo que en buena ley creía haber «conquistado?»

En cambio, cualquier chiquillo de diez y ocho años, nacido por casualidad en el país, tiene más derechos que el ilustre militar...

Dejando ahora la cuestión importante de la coonestación de derechos políticos en dos distintos países por un mismo individuo, veamos la significación del problema para la Argentina.

En la República se ha sentido una resistencia marcada a conceder la naturalización a los extranjeros, a pesar de estar establecido en la Constitución este derecho, sometido, claro está, a ciertas condiciones. Prueba de ello lo ofrece la misma declaración presidencial sobre el asunto. El Presidente de la República, el Dr. Sáenz Peña, ha dicho:

«No pretendo disminuir la gravedad de los problemas de nuestro futuro próximo. Nadie podrá precisaros cuál será el día, ni la hora en que el aluvión humano desbordará nuestras comarcas; pero presiento que el fenómeno va a abreviar los términos de la Historia, y habremos de prevenirlo para que sus influencias bienhechoras no perturben nuestra marcha ascendente, ni abatan nuestro carácter en la tenaz competencia de



los hombres y de las razas. La previsión del conflicto ha de darnos diversas soluciones, pero nunca en ningún caso debemos restringir la condición jurídica del extranjero. Uno de esos preventivos ya deja de sentir su acción, implantado por el órgano de la educación primaria, hondamente preocupada de argentinizar nuestras escuelas. Si educamos y formamos niños argentinos es difícil que obtengamos adultos extranjeros. Después del libro y del maestro que modelan la conciencia cívica, el medio ambiente es un condensador de los espíritus que transforma las substancias neutras, y ha de darnos una esencia pura con la transparencia diáfana del alma argentina.

»Como lo veis, he previsto algo más alto que las cartas de naturalización; he meditado el desborde del elemento adventicio que se incorpora a nuestra economía, como agente de engrandecimiento, bajo la misma condición jurídica que ampara a los nativos; esa condición jurídica la juzgo intangible, y no se ha de restringir en ningún país de inmigración; pero no pienso lo mismo respecto de la condición política, que puede ser reformada con previsión y mesura, para que los poderes del Gobierno y los altos destinos de la República sean invariablemente dirigidos, como tengo dicho, por ciudadanos de verdad y de corazón.»

No nos extraña esta manera de pensar en el Presidente de la República. Resulta peligroso para un país que tiene tres millones de extranjeros, sobre seis de habitantes la concesión de derechos políticos a aquéllos. Si a los chicuelos se les concede la ciudadanía, y no a los adultos, sino con grandes dificultades, es porque el niño no ama sino la tierra que conoce, ni sabe de añoranzas, ni anhela otra cosa que la presente. Esto no ocurre tratándose de hombres ya hechos. No se duda de la fidelidad de los súbditos por naturalización, pero es que no pueden equipararse ambos casos. Esto es lo que parece traslucirse de las palabras del Presidente de la República. La guerra anglo-boer fue originada precisamente por la resistencia



ds los boers a reconocer ciertos derechos políticos a los ingleses que vivían en su territorio. Los boers temían verse copados rápidamente por la población inglesa, y no dudaron en confiar a una guerra la suerte de su independencia que de otra manera, accediendo a las pretensiones de los ingleses, estaba definitivamente perdida.

Creemos interpretar el pensamiento íntimo de los políticos argentinos al hacer este comentario. No obstante estas resistencias, ha habido y hay entre los políticos argentinos quien defiende la naturalización de los extranjeros como beneficiosa para la República.

La aspiración a obtener derechos políticos, como es el sufragio, para los españoles inmigrados en la Argentina, merece todas nuestras simpatías; es, además, de puro y acendrado patriotismo. Hay que repetir una vez más los comentarios que merecen las aspiraciones de los españoles expatriados o sin patria.

Los judíos españoles de Salónica demandan oficialmente la nacionalidad española; los españoles expatriados en América no quieren dejar de ser españoles. Aquéllos, sin patria, llena aún el alma de añoranzas ardientes durante cuatro siglos, sueñan con la patria que perdieron al ser expulsados; han mantenido el fuego del pritáneo español y aspiran volver a los viejos lares cuando ya se ha deshecho el Imperio que conocieron al pasar el mar; éstos, los expatriados, que no tenían en el suelo natal árbol, ni espiga, ni hogar caliente, sienten aún que filamentos de su propia carne les unen con la madre patria, y quieren vivir para ella y sentir su corriente de sangre. Un vínculo ideal, indestructible, perdura entre los españoles que el infortunio desparramó fuera de la tierra madre. Los españoles que en el solar vivimos no podemos abandonar la misión de reintegrar la raza dispersa en el suelo común; fórmulas jurídicas, dispendios económicos, agitación y propaganda, misiones de expansión nacional, todo debe prodigarse para esta gran obra, que a todos los españoles sin distinción obliga.



La grandeza de una nación no está vinculada en la vida interior de la misma, ni en la laboriosidad y magnitud de su población; a ella contribuyen muy especialmente los ciudadanos que fuera del territorio nacional viven. Por eso, todos los Estados que pierden parte de su población en la emigración, se esfuerzan para que se conserve en los emigrados el sentimiento patrio y cooperen desde los nuevos hogares en la expansión del país de origen, favoreciendo su penetración cultural, como lo hacen los alemanes en Norte-América, o la penetración económica, como los italianos consiguen en la Argentina. Los emigrados, a semejanza de los muzárabes, que abrían las puertas de las ciudades moras a los cristianos, facilitan el paso de sus compatriotas y la acción de su país en los lugares donde se establecen.

El problema de la emigración y sus malas consecuencias, que llegan a neutralizar los efectos beneficiosos de la misma, estriba en que la población emigrada no se pierda definitivamente, en que el país de inmigración no sea la colonia negativa, de que hablan los tratadistas, que absorbe la sangre, el dinero y el espíritu del expatriado.

Para resolver el problema no basta la fineza diplomática, ni los cónsules, ni las flotas de guerra. Hay que procurar por nuevos medios la cohesión de los expatriados y la vivificación del sentimiento patriótico. La protección de la bandera es mucho; pero cabe hacer aún más y no pararse en la concesión de la nacionalidad que piden ahora los judíos de Salónica a España, ni en el amparo a que tienen derecho los súbditos españoles emigrados. Hay que instituir una cierta extraterritorialidad política que vincule por completo al español emigrado y le interese hondamente, con más eficacia que el lazo ideal de las nostalgias, a la vida de la patria; una participación activa que no se limite ni al giro de ahorros ni a las suscripciones y póstulas que se practican en los casos de calamidad. No hay razón alguna, ni moral, ni jurídica, ni política, para que sea mermada la ciudadanía del expatriado.



¿Por qué el millón de españoles que viven en la Argentina, ardientes patriotas, siempre prestos a dar su dinero por España, los valerosos que supieron desafiar la suerte, no han de tener sus representantes en las Cortes españolas, y los han de tener ignorados rincones de la Península, ocupados por cuatro mil electores mal contados, cuneros y rurales embrutecidos, que no tienen ni idea de la Constitución?

No es argumento en contra el decir que el derecho electoral sólo alcanza adonde llegan los límites de la soberanía nacional. La conciencia política está en los hombres, no en el suelo. Más racional es que elijan representantes los súbditos expatriados, que esas ficticias divisiones geográficas que sirven de base a las elecciones de senadores.

Si los ideales de un millón de españoles representan algo para la vida nacional; si los fortalecidos en la lucha por la existencia, irradiadores del alma de la raza e hijos fieles de la madre común, han de aprovecharse de todo el potencial de que son capaces como material humano, no puede dudarse ni un momento que hay que realizar el programa *nacional* de su incorporación política. Su consecución equivaldría a robustecer el españolismo dentro y fuera de España.

No hay que dudarlo: ellos son los mejores, y hoy más aún que ayer. Los españoles emigrados, como aquellos «menonitas» de que habla Novicow, más fuertes al trasladarse a los Estados Unidos que en Rusia, donde vivían, son más prolíficos en la emigración. Ahí están las estadísticas argelinas para demostrarlo. El español siente como nadie esa afinidad electiva de la raza, que los sociólogos llaman *singenismo*. En la Argentina, nadie como los españoles ofrece el ejemplo de la alta nupcialidad entre ellos; los sentimientos morales heredados de la patria les empujan a buscar mujer entre las españolas, a diferencia de otras razas bastante menos homógamas. Ellos son los que regalan cruceros a España, los que festejan y pagan a nuestros artistas y conferenciantes, los que, en cambio, sufren y lloran por la patria lejana.



¿Es esta razón bastante para pedir la institución de las *Deputaciones hispano-americanas*?

Más que sobrada.

Establézcase el voto corporativo para tales elecciones, y se tendrá como efecto inmediato la asociación de todos los emigrados, la comunicación constante con España, la información fidedigna de sus necesidades, la corriente de pensamientos españoles, remozados al contacto de un mundo nuevo, la conservación de generaciones sucesivas para el españolismo, el ensanchamiento de mercados para la producción española y elecciones de maravillosa sinceridad.

Los judíos españoles deben ser incorporados a la ciudadanía española. Son tan españoles como cualquiera de nosotros, tal vez más castizos. Tienen nuestra sangre, nuestra cara y nuestro amor a España.

Los sin patria y los expatriados llaman a su madre desde más allá de los mares. Sólo la madre muerta deja de contestar a sus hijos. ¿Renunciaremos a la grandeza que nos brindan?

La pequeñez y la picardía políticas dirán que esto es un sueño. ¿Sueño? ¡Desdichados los pueblos que no sueñan ni saben despertar!

\*  
\* \*

Bolivia no será, dentro de no mucho tiempo, el pueblo enfermo de que hablaba un ilustre boliviano como Alcides Arguedas. Bolivia, como todo pueblo de grandes riquezas naturales, pero falto de medios de comunicación que le hagan entrar en las vías del cambio, tiene tesoros dormidos en su suelo, que vendrán a la vida tan pronto la vida de la civilización discorra por sus regiones. A los antiguos medios de comunicación, los mulos y las balsas, las caravanas de indios, aymaras con la recua de llamas de carga, suceden los ferrocarriles. En la *Review of Review* han publicado la señora Harriet Chalmers y el Sr. Franklin Adams, un notable trabajo que demuestra la transformación de Bolivia y sus causas.



Previendo la apertura del Canal de Panamá, Bolivia, que es el almacén de riqueza mineral de América, se ocupa activamente en construir ferrocarriles.

Durante largo tiempo Bolivia fue la República ermitaña. Hace años que perdió sus puertos y, sentada—por decirlo así—en el techo del mundo occidental, su metrópoli, La Paz, quedaba muy distante e inaccesible.

La Paz, que se halla tan elevada, se puso recientemente en comunicación con el litoral del Pacífico, mediante una tercera línea ferroviaria. El cuarto ferrocarril unirá las vías férreas de Bolivia con el gigantesco sistema de ferrocarriles de la República Argentina. Dos líneas conectarán las mesetas andinas con los ríos navegables tributarios del poderoso Amazonas. Dos más eslabonarán las ricas regiones orientales propicias para la industria agrícola y el camino del Río La Plata. Los encerrados innúmeros productos de esta prepotente República interior encontrarán salida en todas direcciones. Por tanto, la redención comercial de Bolivia es un hecho.

Este país, que por su extensión territorial ocupa el quinto puesto en el Nuevo Mundo, se halla situado enteramente dentro de los Trópicos, y, sin embargo, la altura, más bien que la latitud, es lo que determina sus condiciones climatológicas. Desde la empinada meseta del Occidente, indicada por los más altos picos de la Cordillera de los Andes, el vasto dominio de la República se extiende hacia abajo por los plácidos y templados valles hasta las densas maniguas tropicales del llano del Amazonas. No es posible contemplar un contraste más grande en el orbe que el que ofrece la incomparable Cuenca del Titicaca y la frontera oriental. La primera, desprovista de árboles, azotada por el viento, circundada por las más gigantes montañas del Continente americano; y la segunda, un mar de enmarañada verdura en el corazón del desierto más grande del mundo. En una tierra tan variada, los productos, naturalmente, son muy diversos. Los metales preciosos, arran-



cados de las titánicas profundidades de los Andes, rivalizan con los productos más abundantes de los bosques.

En esta árida región, situada a dos y media millas sobre el nivel del mar, se establecieron primeramente los españoles después de la conquista, y aquí se halla hoy la mayor parte de la población. Dos terceras partes de esta región yace en las tierras bajas, y, no obstante, un 88 por 100 de los habitantes viven sobre la meseta. Cuán cierto es el apego del hombre a su suelo natal. La vida del montañés boliviano es tan lúgubre como su medio ambiente, y, a pesar de este hecho, rara vez puede inducirsele a que baje a los huertos que hay precisamente sobre los muros andinos.

El clima de La Paz, capital de Bolivia, es menos severo que el de otras ciudades situadas en lugares elevados. Por más que la ciudad está a 12.500 pies sobre el nivel del mar, se extiende sobre el suelo de una angosta abra, resguardada de los helados vientos que soplan sobre el frío y desierto Puna, más arriba. La ciudad «Caleidoscópica», como hemos denominado a La Paz, es, sin duda, la ciudad más pintoresca del hemisferio occidental. Sus edificios, bajos y de techos encarnados, están apiñados entre macizas y torvas paredes. Más arriba se destacan imponentes los centinelas andinos, dominados por el Illimani, cubierto de nieve, «La Dama Blanca», fiel guardián de la ciudad de las nubes. Debajo, en las escarpadas calles, los trajes multicolores de las coquetonas cholas y de los vestidos de ópera bufa del cobrizo aymaras, dan vida a las escenas que ofrecen encanto y diversidad. Los caballeros y señoras de la clase alta de Bolivia, ataviados con arreglo a la última expresión de la moda, representan la minoría, y parecen extranjeros en este grotesco cuadro.

Ha llegado ya el momento en que el progreso, filibustero de lo pintoresco, le robará a La Paz su seductora individualidad adquirida durante los muchos años en que permaneció muy apartada de los activos mercados mundiales. En aquella época, los viajes por tierra a lomo de mulo hasta la costa du-



raban muchas tediosas semanas. La apertura del ferrocarril de Arica a La Paz, que se efectuó en Setiembre de 1912, ha hecho que de la metrópoli boliviana a un puerto del Pacífico pueda irse en catorce horas.

La primera línea que llegó al suelo de Bolivia se extendió desde el puerto chileno de Antofagasta, a una gran distancia hacia el Sur de La Paz. Esta vía férrea, cuya entrevía es nada más que de treinta pulgadas, fue construída originalmente para llevar carros de minerales desde los cercanos yacimientos de salitre hasta la costa. Habiéndose prolongado gradualmente a medida que se descubrían los nuevos yacimientos de salitre, se extendió finalmente de un modo más bien accidental, hasta el territorio boliviano. Habiéndose comprendido en seguida las ventajas que sobrevendrían de la comunicación con La Paz, y siendo ya demasiado tarde para efectuar un cambio de trocha o entrevía, esta línea de juguete, por decirlo así, se extendió hasta Oruro, o sea a una corta distancia de la capital. El aumento de tráfico fue enorme, y dió por resultado una sincera demanda para que se estableciera un servicio de pasajeros y el equipo final de la línea con carros dormitorios y comedores modernos. Es probable que éste sea el tren de lujo más angosto del orbe.

La Paz queda sólo a una distancia de 200 millas del mar, en línea recta, pero el ferrocarril de Antofagasta asciende una distancia de más de 574 millas de desierto y mesetas antes de llegar a Oruro, en donde entronca con la línea de entrevía ancha, que tiene 146 millas de longitud, hasta la capital. En los viajes directos bisemanales se invierten unas cuarenta y ocho horas. Una vez que se sale de los yacimientos de salitre, el paisaje es majestuosamente andino. Puede decirse que estábamos en la guardilla de la Naturaleza. El ramal de Collahuasi desde Ollague es el ferrocarril más alto que existe en la tierra, siendo así que llega a una elevación de 15.809 pies.

Sur-América no es ya «Tierra del mañana», puesto que el dicho de que «el tiempo es dinero» se ha generalizado ya en e



país. Sintiendo las treinta o cincuenta horas que dura el viaje al Pacífico, Bolivia ahora vuelve los ojos hacia el seguro puerto de Arica, que sólo dista 260 millas de La Paz. Cuando Chile adquirió el litoral de Bolivia como una indemnización de guerra, también retuvo la provincia peruana de Tacna, en la cual se halla Arica. Y, como una compensación parcial por la pérdida de su litoral, la capital chilena le dió a Bolivia el ferrocarril de Arica a La Paz.

Esta directa comunicación con el Pacífico, la cual hace que el viaje de La Paz a la costa pueda hacerse en catorce horas, requiere el uso de un sistema de riel dentado de 28 millas de longitud, cuya altura llega a 14.000 pies. Las 267 millas de vía costaron a razón de 45.000 pesos cada una. La compañía ha ideado un método original, con el fin de vencer el efecto que una ascensión rápida le hace a los corazones débiles. Con tal fin, se han suministrado compartimientos provistos de aire, que contienen la cantidad de oxígeno del nivel del mar. Ahora le toca al vivo ingenio del yanqui inventar una botella que huelga a oxígeno, para el que se baje del tren allá en las nubes, por decirlo así.

Recientemente se construyó un ferrocarril que tiene 67 millas de longitud, y que se extiende desde Río Mulato (estación en la línea férrea de Antofagasta a Oruro) hasta Potosí. ¡Potosí! ¡Cuán poco significa este nombre para vosotros los del siglo xx! Empero hace trescientos años era una palabra que hechizaba. Se le llamó la ciudad más rica del mundo, la Meca mágica y aérea allende los mares. En aquella época romántica, al principio de la dominación española, Bolivia era famosa por la plata que producía. Su fama descansa todavía sobre este pedestal, aunque hoy día es de estaño.

Potosí, la provincia productora de plata, ha venido a ser el centro de la principal exportación de la República. El año pasado, la cantidad de estaño que se exportó fue valuada en 16.000.000 de pesos. La colonia inglesa de la Indo China es la única que supera la producción de Bolivia. De los llamados



metales comunes, éste es uno de los que no se encuentra en muchas partes y de los más costosos. Los yacimientos del citado metal están situados en las provincias de la Cordillera, muy arriba en la Sierra Real. Conocemos algunas minas que están a una elevación de más de 17.000 pies. Las más importantes de éstas cuentan con plantas y elementos modernos. El estaño se extrae de la veta o filón de roca y yacimientos de aluvión, lo mismo que el oro; pero, a diferencia de este último metal, se encuentra en un compuesto, siendo así que el mineral de mejor ley contiene un 70 por 100 de estaño puro.

Por más que este reluciente metal constituye el principal producto de exportación de Bolivia, puesto que al alto precio actual suministra casi dos terceras partes de la producción mundial, hay razón para creer que la plata llegue a ser otra vez el principal producto de exportación. La Corona española acuñó más de 1.000.000.000 de pesos de plata, extraída del famoso Cerro de Potosí; pero después de 1873, cuando el precio comenzó a bajar, la producción también disminuyó rápidamente. Una baja en los precios de transporte contribuirá poderosamente a que sobrevenga el restablecimiento en la producción, y, además, el descubrimiento que este año se ha hecho de cuatro minas de plata extraordinariamente ricas, cerca de Oruro, dará mayor impulso a dicha restauración.

En las tierras altas y montañosas también abundan mucho el bismuto y el cobre. El nuevo ferrocarril de Arica a La Paz pasa por una de las áreas de cobre más grandes del mundo, sin exceptuar la región del Lago Superior. El año pasado, el distrito de Coro-Coro envió a la costa, en carretas tiradas por mulos, una cantidad de cobre valuada en 800.000 pesos, y la nueva era debe mostrar cifras sorprendentes. Hace mucho tiempo que se sabe que en Tacora se encuentra el yacimiento de azufre más rico que hay en la tierra, el cual también se saca por la ruta de Arica. El producto italiano, que dominaba el mercado, tiene ahora un poderoso rival.

Después de aludir a la construcción de ferrocarriles en las



espesuras como el de Madeira a Mamoré, por ejemplo, y la de los esfuerzos que hace la República por estimular la explotación de sus grandes recursos agrícolas, así como la probabilidad de la debida explotación de las minas de oro, los autores del citado artículo concluyen de la manera siguiente:

«Bolivia ha comprado su redención. Los 30.000.000 de pesos que en la actualidad está gastando en la expansión de sus ferrocarriles, representa 12 pesos por cada hombre, mujer y niño, dentro de su territorio. La canción de los rieles se ha convertido en el Himno nacional, y cada riel que se clava significa industria, actividad y progreso. Confiamos en que llegue el día en que las uniformes tierras orientales se pueblen. Allí, en la vasta extensión de la Naturaleza, las cosechas de increíble abundancia, que jamás fallan, esperan la recogida, y hacia este huerto de la América tropical es necesario que algún día se dirijan las corrientes de inmigración.

»La apertura del Canal de Panamá es el toque de corneta para iniciar el desarrollo de la costa occidental. El primer ferrocarril transandino tendrá rivales antes de mucho tiempo. La República ermitaña de antaño está destinada a ser el camino central más grande de Sur-América, tan luego como sus rieles unan las vías férreas del Perú y Chile con las de la República Argentina y el Brasil.»



Por lo menos, un 50 por 100 del área del istmo de Panamá está cubierta de bosques vírgenes, en tanto que las selvas representan, por lo menos, un 30 por 100. El resto son sabanas que se prestan para pastos de ganados de todas clases y para la industria agrícola. Las maniguas son relativamente claras y pueden limpiarse con el machete. Cuando esto se hace con el fin de cultivar el terreno, los árboles se derriban y quemán allí mismo. Todas las tierras montuosas son muy fértiles. Los tramos de sabanas y matorrales se encuentran, principalmen-



te, en las provincias de Juiriquí y Cocle, y la parte septentrional de Veraguas.

Hablando en términos generales, puede decirse que la faja de territorio que se extiende al Norte de la vertiente, desde la frontera costarricense hasta la zona del Canal, así como toda la región hacia el Este del Canal, no es más que un vasto bosque. Algunas partes de este territorio no se prestan a explotarse con provecho, debido a las lluvias torrenciales que ocurren en el litoral del Atlántico, y también al hecho de que aquella región apenas está poblada. No cabe duda de que, andando el tiempo, este almacén de riqueza latente se hará producir de una manera enorme. Sin embargo, en la actualidad, la inversión del capital se limita a las secciones, en las cuales la madera es de fácil acceso, los brazos se consiguen con facilidad y el transporte se hace con economía. Es evidente que estas condiciones no existen en los bosques superlativamente ricos de la Cordillera central.

Los terrenos que contienen bosques de maderas de construcción, y que son accesibles en Panamá, están situados en la costa del Pacífico de la provincia de Darien, y en la provincia formada por Veraguas y los Sanos. La primera región contiene 20 extensas porciones de terrenos que pertenecen a corporaciones americanas, inglesas y alemanas. En algunas de ellas se han comenzado los trabajos; pero la mayor parte de estas compañías están procurando que el comienzo de sus operaciones coincida con la apertura del Canal de Panamá. Es probable que el hecho de que en la actualidad no se haga caso a las urgentes demandas de los mercados domésticos y suramericanos, se deba a la esperanza de conseguir tipos de fletes más bajos y cotizaciones más altas en los precios de las mercancías, tan luego como pueda utilizarse la ruta marítima completa hasta Europa.

Durante los cinco o seis últimos años, el promedio de consumo de maderas en la ciudad de Panamá y en la zona del Canal ha excedido de 50.000.000 de pies anuales.



Por todos conceptos es muy probable que estas cifras se mantengan iguales durante los dos o tres años venideros. Tanto el Gobierno como los ciudadanos de Panamá, se proponen introducir importantes mejoras en la capital. Por ejemplo, ya se ha trazado, y la Asamblea nacional ha autorizado, la construcción de un ferrocarril de David, la ciudad principal de la provincia de Chiriquí, hasta la ciudad de Panamá. En Balboa, Ancón, Empire y Colón se construirán varios hermosos edificios para fines comerciales, así como para la futura guarnición y empleados del Canal.

Por más que la montaña de la falda oriental de los Andes contiene una inmensa cantidad de maderas de construcción, puede decirse que es lo mismo que si estuvieran en el Africa Central, porque las ciudades situadas en el litoral del Atlántico de Sur-América no puede utilizarlas. Como quiera que no tienen ninguna fuente cercana de abastecimiento de maderas, están obligadas a depender de las importaciones de este producto, procedentes del continente meridional. Cumple agregar que las maderas que se obtienen de esta última fuente son muy inferiores a las del país, por las cuales se pagan, de buen grado, precios mucho más altos.

En el istmo se han hecho pocas transacciones comerciales de maderas. En unos cuantos lugares del interior, los indios se ocupan en abastecer las pocas necesidades de los pequeños centros de la población. Los aserradores que hay en toda la extensión de la República no llegan a media docena. Empero, en los muelles de Panamá se desembarcan constantemente el pino de Oregón y el *Sequoia sempervirens*, o madera roja, de la familia del pino, procedente de California. La empresa de ferrocarril ha tenido que comprar travesaños de guayacán de Haití, a pesar de que a unas 100 millas de la zona del Canal abunda el material adecuado para ellos.

En los bosques de la costa del Sur hay muchos distritos que contienen una inmensa cantidad de maderas de varias clases, así como otros productos valiosos, tales como la goma,



el cacao, la zarzaparrilla y el marfil vegetal. No es exagerado decir que todas las maderas que allí se hallan tienen salida en el mercado. El tamaño de los árboles que pueden utilizarse en el comercio varía desde el guamero, que tiene una pulgada de espesor, hasta el bongo que tiene 10 pies de diámetro; y en cuanto al valor, desde las maderas blandas baratas, pero útiles, hasta las nudosas y otras variedades que se venden por libras. En muchas partes abunda la caoba. El diámetro de los árboles enteramente hechos varía desde 3 hasta 6 pies. El espave, níspero, roble, el cedro de varias clases, bálsamo y otras maderas amarillas se encuentran en gran cantidad en casi todos los bosques, así como otros árboles de gran valor. Aquí y acullá se hallan secciones de terrenos repletos de ciertas clases especiales de maderas, tales como la caoba, el guayacán o el coratu.

Los numerosos ríos proporcionan medios para conducir las tozas de madera; pero la densidad de algunos de los bosques impide el empleo de estos elementos para sacarlas, a menos que se apele al transporte en balsas, que rara vez es practicable, desde el punto de vista económico. En las localidades en donde se encuentran las maderas más valiosas, las malezas constituyen una rémora para la debida explotación de este producto. A mi juicio, una vía aérea de tracción de cable sería la manera más satisfactoria de vencer esta dificultad, puesto que para su funcionamiento no se necesitaría limpiar o desmontar, excepto entre las ramas más bajas de su ruta. En vista de que las distancias son siempre cortas y que el viaje se hace cuesta abajo, hasta la playa, creo que este método de sacar los maderos o tozas sería el más económico y conveniente en la mayor parte de los terrenos que contienen maderas de construcción, que he denominado prácticamente accesibles.

En las regiones a las cuales se ha hecho referencia, pueden encontrarse suficientes obreros del país. A estos últimos se agregarán, antes de mucho tiempo, dos o tres mil entre españoles y portugueses, ya adiestrados, a quienes la Comisión del



Canal está despidiendo gradualmente, los cuales son obreros sumamente hábiles. En la actualidad, el jornalero indio por lo general, gana un peso al día, equivalente a 50 centavos en moneda de los Estados Unidos, amén de una ración de tasajo, pescado, frijoles, arroz, ñame y café.

En alguna de las islas pertenecientes a la República abunda mucho la madera, en tanto que en otras se encuentran árboles escogidos y valiosos. Por ejemplo, en las Islas Catalina, cerca de la Bahía de San Lorenzo, existe una cantidad considerable de cocobolo. De cuando en cuando un indio se apropia un toza, sin permiso ni licencia; pero en estas regiones la madera no se explota sistemáticamente ni nunca ha sido explotada. La isla de Cciba, que tiene 15 millas de largo por unas 7 de ancho, ofrece una buena oportunidad para la industria de madera, a pesar de algunas dificultades extraordinarias que sería necesario vencer para llevar a cabo las debidas operaciones. El inconveniente principal surge de la densidad de las malezas, que son, en verdad, impenetrables, a una distancia de medio kilómetro de la playa, si no fuera por la ayuda que prestan los hábiles macheteros. Los espacios que hay entre los árboles están llenos de matorrales, bejucos, plantas de semilleros y una infinita variedad de plantas achaparradas, que comprenden la mayor parte—si no todas—las especies comunes en los bosques de la tierra Firme. Los indios aseguran que la caoba existe en gran abundancia en el lado del Sur.

En todos estos bosques hay una inmensa cantidad de maderas preciosas, que en la actualidad no se conocen en el comercio, y que tan luego como se introduzcan en el mercado, tendrán mucha aceptación y la consiguiente demanda. Las siguientes clases de madera de Panamá se encuentran en cantidades suficientes para que puedan exportarse con utilidad:

Espave, coratu, captivo, cedro (hay varias clases de cedro, entre las cuales las más conocidas son el espinoso, bapaya, amargo, granadino, tangari y deballa); mangle (hay tres clases de mangle, a saber: caballero, pinuelo y maringolo); al-



cornoque, mora, soro, algarrobo, roble (hay tres clases en los bosques de Panamá, a saber: blanco, negro y amarillo); cigua, marín jinto, mascerno, bálsamo, amarillo (de esta especie hay tres variedades. A su hermoso color amarillo de grano áspero puede dársele un pulimento muy brillante), bombo, níspero, palo de sangre, maría, bálsamo de copaiba, guayacán, cocobolo, caoba (hay dos clases, a saber: la negra y la encarnada).

Además, hay otros árboles que tienen bastante valor en el comercio, de los cuales existe la cantidad suficiente en los bosques panameños para exportarlos con utilidad, y entre ellos merecen especial mención el laurel, semejante al que existe en el Sur de California; el guayacán, que es una madera sumamente fuerte y duradera; el aguado, madera muy eficaz para las obras de resistencia; el agua, madera blanca muy bonita, que cuando se pule se asemeja al marfil; el caimito, madera de un color rojo obscuro y de grano liso; el madroño, alfajía, yaya, coco, naranjo, palo de rosa, ébano y frijolillo.

Estas riquezas se pondrán en circulación tan pronto las nuevas comunicaciones abran paso a la corriente comercial.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.



# ÍNDICE

---

|                                                                            | <u>Págs.</u> |
|----------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Crónicas del tiempo de Isabel II</i> , por Carlos Cambronero.....       | 5            |
| <i>Torrigiano</i> , por Carlos Justi.....                                  | 33           |
| <i>Padre e hijo</i> (novela), por Edmundo Gosse. . . . .                   | 72           |
| <i>El Clondic y la vida de los buscadores de oro</i> , por Jeremías Lynch. | 108          |
| <i>El sepulcro de «la Señora»</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....    | 141          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                      | 157          |
| <i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. . . . .                       | 181          |